



MORUENA ESTRÍNGANA  
**TORMENTA**  
VOCES DEL PASADO. II

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, noviembre 2019

© 2019 Moruena Estríngana

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Mercedes Tabuyo

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

<a href="#">Copyright</a>
<a href="#">Nota del Editor</a>
<a href="#">Prólogo</a>
<a href="#">Capítulo 1</a>
<a href="#">Capítulo 2</a>
<a href="#">Capítulo 3</a>
<a href="#">Capítulo 4</a>
<a href="#">Capítulo 5</a>
<a href="#">Capítulo 6</a>
<a href="#">Capítulo 7</a>
<a href="#">Capítulo 8</a>
<a href="#">Capítulo 9</a>
<a href="#">Capítulo 10</a>
<a href="#">Capítulo 11</a>
<a href="#">Capítulo 12</a>
<a href="#">Capítulo 13</a>
<a href="#">Capítulo 14</a>
<a href="#">Capítulo 15</a>
<a href="#">Capítulo 16</a>
<a href="#">Capítulo 17</a>
<a href="#">Capítulo 18</a>
<a href="#">Capítulo 19</a>
<a href="#">Capítulo 20</a>
<a href="#">Capítulo 21</a>
<a href="#">Capítulo 22</a>
<a href="#">Capítulo 23</a>
<a href="#">Capítulo 24</a>
<a href="#">Capítulo 25</a>
<a href="#">Capítulo 26</a>
<a href="#">Capítulo 27</a>
<a href="#">Capítulo 28</a>
<a href="#">Capítulo 29</a>
<a href="#">Capítulo 30</a>
<a href="#">Agradecimientos</a>

A mi marido y a mi hijo; os quiero.

# Prólogo

Andrea, a la que todos llamaban Andy desde que nació, miró a su padre y supo que, aunque no quería, tenía que seguirlo una vez más.

No tenía opción.

No tenía a nadie más en la vida y tampoco tenía dinero ni ganas de vivir sola. Por eso intentó que la felicidad que irradiaba su progenitor fuera la suya propia, como hacía siempre... Él veía de un nuevo comienzo algo positivo; en cambio, ella estaba harta de que las únicas raíces que echara fueran las de las plantas que compraba y siempre acababan por marchitarse en las mudanzas.

Buscó en el ordenador información del pueblo al que se trasladaban esta vez y encontró una web donde observó, gracias a las fotos que había colgadas, que se trataba de un bonito pueblo costero. En esa misma página había una sección que le llamó la atención, en la que ponía «leyendas». Abrió la sección y se encontró con una que habían subido no hacía mucho, en la que se contaba que habían tenido que trasladar el pueblo de sitio porque su anterior ubicación, cerca del mar, estaba maldita.

No había mucha más información, pero sí algunas fotos de curiosos que se acercaban a la ubicación original del pueblo para comprobar si de verdad estaba encantado.

Andy no creía en esas chorradas.

Sabía que no eran reales, sino un cuento para crédulos que buscaba llamar su atención.

Investigó un poco más sobre las leyendas de ese pueblo y en otra web de internet dio con un libro que parecía contener información sobre ellas. Se llamaba *Voces del pasado. Verdades ocultas*.

No encontró mucho más de él y, sin saber bien el motivo, sintió la necesidad de saber más sobre el libro. Era muy antiguo y seguro que contenía algo interesante.

Se fue al foro de la web del pueblo y abrió un nuevo tema donde preguntó por el ejemplar. Al ser una página que trataba sobre el pueblo, seguro que alguien sabía algo de él.

No esperaba respuesta alguna y menos tan rápido, pero la obtuvo por el chat privado del foro.

El nombre del usuario que le escribía estaba formado por unos simples números que no le ofrecían ninguna señal de quién podía esconderse tras el ordenador.

El mensaje que le mandaba decía: «No existe ningún ejemplar ya a la venta. ¿Por qué lo preguntas?».

Pensó en qué decirle, pero al final no le dio muchas vueltas a la respuesta: «Porque voy a ir a vivir allí y nunca es oro todo lo que reluce. Me gusta desentrañar los secretos que me rodean».

Esperó respuesta mientras oía a su padre guardando ropa en la maleta y no tardó en llegarle: «Este pueblo es solo lo que ves. Un lugar aburrido y lleno de leyendas estúpidas para engordar un poco las arcas del Ayuntamiento con los visitantes curiosos. No hay nada oculto».

Andy escribió al tiempo que su padre empezaba a cantar contento. La respuesta le había gustado porque ella había llegado a esa misma conclusión al ver la web.

«Tal vez, pero en ocasiones nada es lo que parece y ahora sí tengo ganas de ir para descubrir qué hay de verdad y qué de leyenda. Gracias».

El desconocido le respondió: «No me las des. Dudo que te guste mi pueblo o que encuentres algo interesante. Para lo que necesites, aquí me tienes. Siempre es bueno hablar con alguien a quien no conoces de nada cuando llegas a un lugar nuevo».

Andy le dijo que lo tendría en cuenta y guardó el ordenador. Se levantó para recoger sus cosas y así empezar de nuevo una vez más. Había perdido la cuenta de las casas en las que había vivido o las personas a las que había conocido a lo largo de su vida. Por supuesto, no era la primera vez que acababa cerca de un sitio supuestamente maldito o encantado, y en algunos casos había descubierto el secreto y cómo manipulaban la verdad. Tenía una mente curiosa desde que nació y un fuerte deseo de conocer la verdad, tal vez porque nunca podría saber de dónde descendían ella y su padre o descubrir algo más sobre su madre.

Fuera como fuera, le gustaba siempre mirar más allá de lo que se mostraba y desentrañar misterios, y este nuevo destino había pasado de ser uno más a ser otro lugar donde indagar verdades ocultas.

Había llegado el momento de empezar de cero otra vez y estaba deseando llegar a ese lugar para descubrir la verdad.

Ghostheart, allá voy.

# Capítulo 1

*Andrea*

No ha dejado de llover desde hace una hora y, poco antes de llegar al pueblo, se pone peor. Está diluviando.

Me quedo paralizada tras oír un relámpago; por eso, cuando mi padre pierde el control del coche y acaba muy cerca de un árbol, me cuesta reaccionar ante lo que acaba de suceder.

—Todo controlado —indica restándole importancia al hecho de que casi hemos tenido un accidente, y sigue conduciendo como si nada, hasta que se detiene donde le digo gracias a las indicaciones del GPS del móvil. Vamos a calarnos sí o sí.

Salgo del coche y el ruido de un potente rayo sobre nuestra cabeza me hace gritar por el impacto. Me quedo paralizada, mojándome con la potente lluvia. Está muy fría y ha empezado a calarme la ropa. La noto, pero me veo incapaz de moverme.

Siempre he odiado la tormenta... y más desde aquel día.

—Vamos, Andy. Nos estamos mojando.

Miro a mi padre y compruebo que no puedo moverme. Saca nuestras cosas y tira de mí hacia el porche al tiempo que otro relámpago ilumina nuestros pasos.

Es mediodía, pero el cielo está tan oscuro que parece de noche.

Llegamos al porche de la casa y esperamos a que venga nuestra casera tras haberle mandado un mensaje en el que le indicamos que ya hemos llegado.

—Dudo que venga, y esta casa es tan vieja que, como siga lloviendo así, va a caerse a pedazos —dice mi padre buscando una llave oculta tras las macetas del porche.

Yo me siento en el balancín que hay bajo el porche y observo, aterrada, la tormenta. Desde lo que nos sucedió a mi padre y a mí, me paraliza. Me veo incapaz de salir de la pesadilla a la que me llevan mis miedos.

—¡Bingo! Tengo una llave. —Mi padre abre la puerta y una vez más un relámpago se rompe en el cielo y veo ante mí el potente rayo que se forma.

No puedo moverme.

Ha caído tan cerca que es como si la piel se me hubiera erizado por su electricidad.

—Vamos, Andy. No va a pasar nada —me anima tirando de mí.

Una vez dentro de la casa, me siento en un viejo sofá y me quedo quieta a la espera de que acabe esa tormenta.

—Le he mandado un mensaje a la casera para decirle que estamos dentro y que venga cuando acabe la tormenta.

—No parece que vaya a pasar pronto, parece que vaya a inundarnos y llevarnos con ella —afirmo con la voz temblorosa.

—Eso no volverá a pasar —señala mi padre, firme.

Trato de creerlo, pero no puedo, y lo peor es que no dejo de revivir una y otra vez lo que nos pasó.

Revolotea a mi alrededor mirando la casa y colocando sus cosas. Cuando acaba, lo oigo en la cocina y al poco llega con algo para comer.



—No puedo comer nada.

—Vamos, Andy. No me hagas darte de comer a la fuerza.

Lo miro y solo me sonrío dejando claro que lo hará. Le divierte hacerme de rabiar.

Cojo el sándwich que ha preparado con las cosas que hemos comprado de camino y le doy bocados pequeños. A veces me olvido de comer. Cuando algo me preocupa o me inquieta, se me olvida hasta beber agua y, tras un desmayo que sufrí por ello, mi padre me vigila.

Lo miro a los ojos, azules como los míos, aunque los míos según la luz que les dé parecen más color humo y, si los observas de cerca, tienen pequeñas motas más oscuras.

Su pelo es castaño con puntas más rubias, no como el mío, que es color trigo.

No me parezco a él, pero prefiero decir que sí, ya que no quiero tener nada que ver con mi madre, la mujer que, tras tenerme, me dejó con mi padre, un joven de apenas quince años que vivía en un orfanato y no tenía nada que ofrecerme salvo su amor.

Mi padre siempre me ha hecho ver que lo que más ricos nos hace es el amor y eso nunca me ha faltado a su lado. Tal vez por eso lo seguiría hasta el fin del mundo si hiciera falta, aunque nos tuviéramos solo nosotros.

Desde que nació, mi padre ha vivido en un orfanato. No sabe nada de su familia ni de cómo llegó allí... Es un misterio que no he resuelto ni quiero resolver. Me gustan los misterios, pero odio ir detrás de las personas a las que evidentemente no les importo.

A mi padre le quedaba un año para poder salir de allí para buscarse la vida cuando yo irrumpí en ella.

Se vio seducido por una profesora unos años mayor que él que le daba clases extras por las tardes. Desapareció y, al cabo de los meses, me envió como si fuera un paquete. Le dijo que yo era su hija y que ella no quería saber nada de mí...

Tengo esa fría carta y, aunque me gustaría negarlo, alguna vez la he releído en busca de algo más.

Mi padre se hizo cargo de mí sin dudar si era hija suya o no, aunque tuvo que hacerse la prueba de paternidad porque, si no, no le daban mi custodia y no quería que nadie dudara de que era su hija. Salió positivo y pudo irse de aquel lugar conmigo para empezar una nueva vida.

Mi padre nunca me lo ha confesado, pero sé que siempre ha deseado tener una familia y al fin tenía a alguien al que llamar hogar y por el que luchar.

Me cuidó como pudo, buscando trabajos en los que podía tenerme cerca. No fue fácil y menos con alguien como él, que pierde la cabeza enseguida por las mujeres... Por ese entonces decía que era su hija, eso me contó, pero se cansó de que la gente lo mirara como un perdido por tener un hijo tan joven y acabó por decir que era su hermana pequeña. Entonces lo veían como un héroe que renunciaba a todo por mí.

Yo sigo esperando que deje de llamarme hermana ante todos.

Me cansa que, con treinta y tres años que tiene, no deje ya ese rollo de hermano mayor, pero sé que no lo hará por mucho que me duela.

Quiero a mi padre, lo es todo para mí, pero de los dos yo soy la que ha madurado y él hace años que se quedó en la adolescencia; aun así, no lo cambiaría por nada del mundo por mucho que nos enfademos o no soporte muchas de las cosas que hace. Es mi mundo y yo el suyo, y, aunque él siempre deseó una familia más grande, yo sé que las familias no se cuentan por personas, sino por el amor que reina dentro de un hogar. Pero es normal que un niño que ha vivido en un orfanato y al

que han devuelto de varias casas de acogida porque no se adaptaba o era un poco... inquieto desee todo lo que se le ha negado. Yo puedo imaginarme cómo se siente, pero he tenido la suerte de tenerlo, de tener a mi lado a esa persona que es para mí un apoyo. Él siempre ha estado solo y sin referente en el que apoyarse.

Termino de comer como puedo.

La tormenta no cesa. Cada vez es más fuerte.

—Menudo recibimiento. Con truenos y todo —dice mi padre mirando por la ventana—. Y esta casa está a tomar por saco del resto... Por lo vieja que es, parece que nadie ha vivido aquí en mucho tiempo.

—Lo mismo se cae a pedazos y morimos aplastados.

—Ven —me indica tirando de mí hacia la cocina. Llegamos y sobre la mesa están los ingredientes para hacer un bizcocho con trocitos de chocolate—. Vamos a cocinar.

Asiento y nos ponemos a preparar un bizcocho. Desde niña, cuando algo me preocupa, encuentro consuelo en preparar un bizcocho. El olor que se cuele por el horno me recuerda a una vecina que tuve y me hace imaginar cómo sería tener una madre que te esperara tras un largo día de trabajo con un postre recién hecho y los brazos abiertos.

No espero que mi madre vuelva, pero tristemente una parte de mí siempre será suya y tirará de mí hacia cientos de preguntas de por qué no fui lo suficientemente buena para ella... Preguntas que no pienso responder. Prefiero vivir sin respuestas que tener que enfrentarme al dolor de la verdad. Prefiero pensar en otros misterios y centrar mis energías en descubrimientos que no pueden lastimarme emocionalmente.

Metemos el bizcocho en el horno y el olor me tranquiliza.

—Por suerte, tu padre te conoce bien —indica con una sonrisa.

—Si me conocieras bien, dirías de una vez que eres mi padre. —Le cambia el gesto—. Tranquilo. No hace falta. Sé que te espanta los ligues.

—Es mejor dejar las cosas como están. Pero piensa que tú y yo sabemos la verdad. —Me guiña un ojo.

La tormenta está pasando. Saco el bizcocho del horno y, aunque es mejor dejarlo enfriar, siempre lo empiezo cuando está caliente.

—Te va a sentar mal... y no sería la primera vez.

—Peor que la tormenta lo dudo —le contesto con la boca llena.

Mi padre sonrío y coge otro trozo para chocarlo con el mío antes de comérselo.

Regreso al salón cuando la lluvia deja de caer y miro el lugar que tengo ante mí. Es muy antiguo, pero, como ahora estoy menos aterrada, veo la gran belleza que tiene este lugar y me quedo maravillada por sus grandes techos y los papeles de las paredes, que siguen conservando su antigüedad. Parece un museo.

Los muebles son la mitad modernos y la otra de tiempos lejanos. La tele es una pantalla plana de muy buena calidad. Nunca hemos tenido una así.

Subo las escaleras.

La casa tiene tres plantas. Veo dos cuartos en la primera planta y un aseo. Mi padre ya se ha instalado en uno de ellos. En el más grande.

Voy hacia la otra habitación por si ahí están mis cosas, pero no las encuentro. Salgo y veo la escalera que lleva al último piso. La subo y me encuentro con una buhardilla preciosa y cálida

decorada en tonos pastel. Lo hago al tiempo que el sol se abre paso por la tormenta e ilumina la gran cama a través de la ventana que tiene en el techo.

Mis cosas están aquí y me encanta, como mi padre suponía.

—Y tiene una puerta que va directa a la calle —dice señalándola tras un biombo—. Así, si en la universidad tienes un ligue, puedes traerlo a casa sin que me entere y perder la virginidad —me pica.

—¡Papá!

Se ríe.

—Solo te lo digo para dejes de darle tantas vueltas.

—Lo mismo la habría perdido ya si no hubiera tenido que salir corriendo una y otra vez. No es fácil mantener un novio cuando al poco de empezar le dices adiós y te indica que pasa de relaciones a distancia.

—Lo mismo esta vez es diferente y estamos aquí mucho tiempo —observa sentándose en mi cama.

—Eso dependerá de ti y de si puedes por una vez no liarte con mujeres casadas que hacen que tengamos que salir pitando de los sitios.

—Ellas siempre me dicen que están separándose... —Se tira en la cama.

Me siento a su lado y lo imito.

—Pues otra vez ten más cuidado.

—Lo haré. Lo mismo hasta decido pasar de tener nada con nadie por una temporada.

—Lo dudo mucho; solo espero que, si lo haces, esta vez uses más la cabeza que tu amiguito...

Mi padre se carcajea y acabo riéndome con él.

—Lo hago lo mejor que sé... —se disculpa por esta vida que llevamos.

—Lo sé. Y tampoco está tan mal esto de viajar...

—Pero cansa... Lo sé.

Tocan a la puerta y mi padre se levanta sonriente. Seguro que es la casera o los vecinos que quieren cotillear. Siempre es igual y a mi padre le divierte... A él le divierte todo.

Bajamos las escaleras y abrimos la puerta sin preguntar quién es.

Nos encontramos tras esta a una mujer rubia de unos cincuenta y pocos años que, al mirarnos, se queda pálida.

Mi padre me mira porque es la primera vez que alguien nos observa de esa manera. Sobre todo cuando me mira a mí.

Me pone nerviosa su escrutinio.

—Buenas tardes, señora. Soy André y ella es mi hermana Andrea.

Agacho la mirada afectada al escuchar a mi padre llamarme *hermana*. En el fondo esperaba que esta vez todo fuera diferente.

—Hola, André. —Mi padre me puso la versión femenina de su nombre porque, como su apellido estaba puesto al azar, quería que tuviera algo suyo. Por eso nos llamamos igual, aunque me llama Andy. Creo que en el fondo habría querido un chico—. Ya nos conocemos... Quiero decir... —Está tan nerviosa que todo me parece surrealista—. Soy vuestra casera, Sophie.

—¡Entonces ya es como de la familia! —exclama mi padre pasando el brazo por el hombro de la mujer y haciéndola entrar en la casa—. Hemos encontrado una llave oculta, espero que no le

moleste.

—No se preocupe. La dejé yo ayer porque había previsión de lluvia. Se me olvidó avisaros. Por suerte, la habéis encontrado.

Asiento. Una vez más, me mira de una forma que me da escalofríos.

—Si no os importa, me voy a deshacer la maleta —les digo, porque no soporto esa forma de observarme.

—Como quieras —me indica mi padre.

—Si no te importa, Andrea, luego vendrán mis sobrinos a conocerte. Son mellizos y de tu edad; seguro que te llevas bien con ellos.

—Puede ser —digo con una sonrisa antes de perderme para ir a mi nuevo cuarto.

Solo cuando cierro la puerta me siento tranquila.

No sé muy bien qué acaba de suceder. Entre la tormenta y lo de nuestra casera, este pueblo está empezando a ponerme los pelos de punta.

Me siento en la cama tras coger mi viejo portátil de segunda mano y lo abro. Veo que tengo un mensaje privado en el foro de la persona con la que contacté cuando buscaba información del pueblo y de ese libro misterioso del que, hoy por hoy, no he encontrado nada. Se ha cambiado el nombre y en vez de aparecer los números, ahora en nuestro chat privado pone que se llama Alma Oscura, un nombre que no sé si me hace querer salir corriendo o descubrir por qué se llama así.

Lo abro:

¿No me digas que has llegado al pueblo en plena tormenta? Seguro que más de uno estará nervioso con tu llegada. Hay mucho supersticioso por aquí... No hagas caso. Viven anclados en el pasado y les cuesta recordar que los cuentos son solo eso, cuentos.

Me hace gracia su comentario y le escribo. Mi idea era no hablar con él después del otro día, pero lo cierto es que me apetece conocer a alguien de aquí.

Le respondo:

Con rayos, truenos y un gran diluvio. Ha sido horrible. Ahora iré a dar una vuelta por el pueblo, aunque no sé si estoy preparada para que todos me miren tan raro como mi casera. ¿Conoces a Sophie?

Espero y no tarda mucho en responderme:

Nos conocemos todos, aunque en realidad nadie sabe nada de nadie. La gente siempre cree que te conoce, pero prefieren obviar la realidad. Y así es este lugar. Si ella te ha mirado raro, prepárate para lo peor. Sophie es de las que pasan de odiar a los forasteros. Le encanta la gente nueva...

Me pone nerviosa su comentario y siento que tiene razón. Le contesto:

¿Y tú estarás por el pueblo? Lo digo por si quieres quedar... Ni si quiera sé tu nombre y seguro que tú ya sabes quién soy.

Me responde:

Sé quién eres, porque no suele venir mucha gente a vivir aquí. Solo lo hacen si se casan y ya los une el matrimonio. Los pisos y casas que se ponen a la venta solo se les venden a personas del pueblo, y cuando la gente viene a trabajar a las fábricas, se les pone como requisito que se instalen en la ciudad cercana. No quieren a gente nueva por aquí. Por placer o trabajo, pocos o ninguno se queda y, si lo hacen, este pueblo se encarga de que salgan pitando... Seguro que lo harán con vosotros igual.

Su sinceridad me molesta, porque siento que él también quiere que me marche. Le respondo:

Supongo que tú también odias a los forasteros y me dices todo esto para asustarme y que me marche. Pues lo siento, no me gusta huir y me gustan los retos. Si no quieres conocerme, es tu problema. Adiós.

Espero a que me conteste y lo hace:

No quiero conocerte... de momento. Pero tiempo al tiempo. A mí me da igual que te quedes. Es tu vida; vívela como te dé la gana y, si te apetece soportar a un pueblo de mierda, hazlo. Nos vemos por aquí o... mejor, te paso este enlace de una aplicación por donde podemos hablar cuando quieras desde tu móvil sin que tengas que poner tu número de teléfono. Se inicia una conversación con solo añadir tu correo.

Me pasa el enlace y su correo.

Le doy el mío y me despido.

Ahora mismo no sé si le escribiré o no, solo sé que este pueblo encabeza la lista de los lugares más raros en los que he tenido la mala suerte de vivir. ¿Qué pueblo o ciudad no quiere que acuda gente nueva a vivir? No tiene ni pies ni cabeza y menos cuando sé por la web del pueblo que les encantan las visitas de turistas, pero, al parecer solo eso, visitas de hola y adiós. Eso me hace pensar por qué, si no quieren a nadie cerca, mi padre y yo hemos acabado viviendo en esta casa. Tiene que haber alguien detrás que quiera desafiar estas tontas normas y Sophie parece la indicada por la forma en la que nos mira. Al fin y al cabo, es nuestra casera.

## Capítulo 2

*Andrea*

El pueblo no es muy grande. Tiene edificios antiguos mezclados con algunos que se han construido hace poco. Otros están reformados para que parezcan nuevos pese a los años transcurridos y luego hay casoplones que se nota que son de gente de mucho dinero; de hecho, hay cinco casas antiguas juntas en la plaza del pueblo y a simple vista se nota el poder adquisitivo de sus dueños. Es como si quisieran que la gente, nada más entrar a la plaza, las viera y sintiera lo que puede hacer el dinero.

Este lugar es tan pequeño como escalofriante.

La gente no para de observarme y cuando yo les correspondo con una sonrisa, apartan la mirada como si temieran que mis ojos se entrelazaran con los suyos.

No hay duda de que saben que yo soy la que se ha mudado, pues a los turistas los tratan con una sonrisa y con amabilidad.

Cansada de esto, entro en el pequeño supermercado. Cojo varias cosas y, cuando llego a la caja, la dependienta pone el cartel de cerrado ante mí.

—Lo siento, pero una vez cerrada la caja no se cobra nada.

—Más lo siento yo, que como pierdas dinero voy a ver que cierras este lugar si es tuyo o vas a la calle si eres empleada.

Dejo las cosas en la cesta y me marchó. Si piensan que con estas tonterías van a asustarme o a hacer que me vaya, van listos. He sufrido suficientes desplantes en mi vida por ser la nueva y la que no tiene amigos como para dejar que estas cosas me afecten.

Regreso a mi casa y, sin decirle nada a mi padre, cojo las llaves del coche y me marchó a comprar a la ciudad, porque dudo que nos vendan nada en este pueblo.

Regreso entrada la noche.

Al aparcar el coche cerca de la puerta, me fijo en que solo hay una luz en la puerta de nuestra casa que alumbra alrededor. Lo demás está a oscuras. Solo la carretera llega hasta aquí, pero no así las farolas.

Abro el coche y voy hacia el maletero.

—¿Te ayudamos? —Doy un respingo y oigo una risa a mi lado—. Lo siento. No nos has visto —me dice la voz alegre de una chica a la que casi no puedo ver—. Soy Calipso y este —señala a un chico a su lado— es mi mellizo Damon.

—Encantada y si queréis ayudarme, no os diré que no. Me he pasado comprando.

Cogen las bolsas y me ayudan a meterlas en la casa.

Mi padre está en el salón viendo la tele y al vernos nos ayuda a llevarlo todo a la cocina.

—¿Has decidido que nos quedemos sin ahorros el primer día? —me pregunta.

—No, es solo que en este pueblo no van a vendernos nada, por lo que parece. —Miro a los mellizos.

Calipso sonrío y Damon niega con la cabeza.

Son los dos pelirrojos, de un intenso color cobrizo. Sus ojos son verdes y ambos son muy guapos. Tienen que tener mi edad más o menos.

Mi padre se presenta.

—Este pueblo tiene la mala costumbre de alejar a los forasteros —indica Damon—. Solo acepta a los que llegan nuevos si se han casado con alguien de aquí y los une el lazo del matrimonio; el resto son repudiados por un atajo de idiotas que se creen mejores. Vosotros ni caso, ya se cansarán. Tal vez paséis a ser los primeros que lo consiguen tras muchos años.

—Sí, porque no tenemos pensado irnos pronto —señala mi padre—. Más vale que se acostumbren a nosotros y si no... que les den. Esta vez no voy a cagarla.

—Lo dudo, pero oye, tal vez has decidido sentar la cabeza —lo pico.

Mi padre se ríe y, tras guiñarnos un ojo, se marcha dejándonos solos en la cocina.

—Tu hermano es muy guay...

—Di la verdad —la pica Damon—, te ha gustado.

—Está muy bueno, pero no es mi tipo.

Sonríe porque no sé qué decir. Siempre me siento algo incómoda cuando hablan de mi padre así, y es algo habitual. Es muy guapo y tiene un cuerpo de escándalo. Su sonrisa fácil y su simpatía nos han metido en muchos problemas. Una vez nos tocó recoger en cinco minutos y salir corriendo a medianoche porque el marido de la casera quería matarlo, literalmente. Yo tenía solo cinco años y no debería haber entendido tan bien la situación; debería haber sido más inocente y no haber comprendido que mi padre se acostaba con esa mujer casada. Que lo hiciera solo explicaba que tristemente esto pasaba muchas veces y mi padre no sabía separar los temas que no debía hablar con un niño. De pequeña me dormía escuchando sus marrones y quejas como si yo tuviera la respuesta.

Sé que solo necesitaba que lo escucharan.

—¿Te ha gustado el pueblo? —me pregunta Calipso mientras me ayuda a recoger, como si eso fuera algo habitual y no acabáramos de conocernos.

—Me ha encantado que me asesinaran con la mirada. Si fuera por ellos, ya estaría bajo tierra.

Damon se ríe.

—Odian a los forasteros y sobre todo las cinco familias más antiguas e influyentes de este pueblo —me explica la muchacha.

—Pues espero que se acostumbren, porque no tengo pensado irme —les digo tajante.

—Así me gusta —señala su hermano sonriente—, que no te amilanen todas estas cosas.

—No lo hacen —indico.

—¿Tampoco las maldiciones? —tantea Calipso con voz tétrica.

—No creo en ellas —digo—. Todo tiene siempre una explicación.

—O no... —replica Damon—. Tal vez descubras que algunas cosas parecen sacadas de un cuento de fantasmas.

—O tú que estos no existen. Cada vez me intriga más investigarlo todo y demostrar que hay que tener más miedo de los vivos que de los muertos.

La chica se pone seria.

—No lo hagas. Todos los que lo han hecho han acabado mal —me advierte—. Mejor dejarlo todo como está.

Asiento, aunque por dentro pienso que no voy a dejar que nadie me diga qué hacer o qué no puedo investigar.

—Hablando de otro tema —apunta Damon más alegre—, ¿vas a estudiar en la universidad?

—Sí. Arqueología.

—Lo que faltaba —suelta Calipso—. Andy, de verdad, vive tranquila. Se acostumbrarán a ti, pero todo lo que escuches del pueblo fantasma o de lo que pudo pasar déjalo estar.

—Si se lo dices tantas veces, al final no va a hacer más que llevarte la contraria —replica su hermano.

—Solo trato de ser buena vecina y decirle la verdad.

—Solo tratas de pegarle tu miedo para que las cosas no cambien nunca —repite su hermano. Esta le saca la lengua.

Hablamos un poco de la universidad. Ellos estudian periodismo y también van a comenzar el primer año de carrera en dos semanas, como yo.

Yo me había olvidado de estudiar, de poder tener dinero para pagar mi matrícula y todos los gastos que implica ir a la universidad, pero entonces a mi padre le llegó una oferta de trabajo para ser uno de los vigilantes de la universidad y lo mejor es que porque él trabaje allí yo no tengo que pagar gastos de matrícula ni nada. Solo el material.

Desconfié hasta que hace dos días me mandaron un correo electrónico para decirme que, tras haberles enviado todos los datos solicitados, estaba admitida en la carrera de Arqueología.

Solo por eso pienso soportar lo que sea en este lugar.

Nadie me va a quitar mi sueño de estudiar esa carrera.

Los mellizos se han ido después de que les haya prometido que mañana iré con ellos a merendar a la plaza del pueblo. Les he dicho que, por si no me sirven nada, me llevaré algo de comida en el bolso.

Me han parecido simpáticos. Ella un poco asustadiza, aunque al haber nacido entre leyendas y miedos, es normal que reaccione así.

Yo no creo en leyendas ni en cuentos; para mí, los Reyes Magos, Ratoncito Pérez y Papá Noel nunca existieron, porque como mi padre no tenía dinero para hacerme regalos, me dijo desde pequeña que no podía hacerme creer en ellos.

Así que ahora, con dieciocho años, todo eso me parecen tonterías que han pasado de padres a hijos para hacer que este pueblo se llene de personas curiosas en busca de lo inexplicable.

Abro mi ordenador y me tumbo en la cama tras cenar un poco con mi padre.

Descargo la aplicación que me recomendó Alma Oscura, que no tiene muchas descargas.

Meto el correo y enseguida estoy en un chat de móvil muy parecido al famoso WhatsApp. Tal vez por eso la gente no se lo descarga, porque parece una mala copia. Lo bueno es que va con mi correo y no tengo que poner mi móvil.

Una vez dentro, me pide que ponga un nombre. Lo pienso y pongo el mío; total, Alma Oscura sabe quién soy. Lo veo conectado y lo saludo tras pensarlo mucho:

**Andy:**  
Hola. ¿Sabes quién soy?



**Alma Oscura:**

Hola. Sí. Andrea y tu padre se llama André. Aunque te hubieras puesto el nombre que tenías en el foro habría sabido que eras tú. ¿Qué tal la visita por el pueblo?

**Andy:**

Han cerrado la caja del supermercado justo cuando iba a pagar y... la gente me mira como si fuera la peste en persona. ¡Yo que pensaba que lo había visto todo en mis viajes!

**Alma Oscura:**

Puedo imaginármelo. ¿Y te ha gustado el lugar?

**Andy:**

Lo poco que he visto no está mal. Es raro... como anclado en el tiempo, con algunos pisos que tratan de amoldarse al siglo veintiuno y otros que se niegan a avanzar. Un poco como sus propietarios.

**Alma Oscura:**

Les gusta así.

**Andy:**

¿Y a ti? ¿Te gusta este lugar?

**Alma Oscura:**

Es lo que hay. Estoy acostumbrado.

**Andy:**

No pienso irme por muy mal que me miren.

Me cuesta entender todo esto. No tiene ni pies ni cabeza.

**Alma Oscura:**

Te contaré cómo empezó todo. Lo que nos han contado y que alguna vez publican en la web es que hace más de doscientos años llegó al pueblo una mujer joven y guapa. Se instaló en la casa donde vives, mandada construir por un hombre adinerado que nunca llegó a vivir en ella. También caía una fuerte tormenta ese día. Se pasó muchos días lloviendo y granizando, lo que estropeó muchas cosechas.

Desde su llegada todo cambió. Volvió loco de amor a uno de los dueños de las cinco familias más influyentes del pueblo, la que más había perdido tras las fuertes lluvias. Sus cosechas estaban destrozadas, lo que le hizo prescindir de trabajadores. Pero no solo él tuvo que despedir a gente; los otros hacendados también tuvieron que tomar las mismas medidas. Por lo que se cuenta, el pueblo montó en cólera. Le echaron la culpa a la mujer, como si el mal tiempo lo hubiera creado ella. Luego llegó el hambre...

No se sabe la razón, pero la mujer acabó tirándose por el acantilado y su enamorado al poco la siguió, porque no podía vivir sin ella. Tras ello, el pueblo pasó las peores hambres y calamidades. Costó mucho reponerse... y por eso no gustan las personas nuevas. Es como si para ellos fueran un mal augurio.

Leo la historia mientras siento que me recorren cientos de escalofríos. Miro las paredes de mi habitación, que esconden la verdad de lo que me ha contado, y no tengo dudas de que en toda historia siempre hay dos versiones y de que la vida acaba por engordar lo sucedido hasta hacer que la realidad se desdibuje con el paso de los años y te cueste saber qué es real y qué ha creado tu imaginación.

Ni por un momento creo que ella fuera la causante del mal tiempo, pero sí sé que a muchas personas los cambios, por pequeños que sean, las aterran y eso es lo que debió de pasar.

Enfadada por no tener trabajo, por la pérdida de las cosechas y de su comida, la gente le echó la culpa a ella porque era lo más fácil.

**Andy:**

Como dices, eso pasó hace mucho tiempo. La gente debería aprender a pasar página y a vivir en el hoy. Yo no soy esa mujer y solo quiero vivir en paz. Si cayera el diluvio universal sobre este pueblo, no sería culpa mía.

**Alma Oscura:**

Te he contado esta historia para que entiendas mejor dónde vives y las rarezas de esta gente.

**Andy:**

Gracias, pero seguro que a esa historia le quedan cabos sueltos por atar.

**Alma Oscura:**

No remuevas el pasado, Andy. Es mejor dejarlo como está. No es de tu incumbencia lo que pasara.

**Andy:**

No lo es, pero cuando hay un misterio me gusta tirar de lo que sé para ver la verdad... como entretenimiento. Además, no me da miedo lo que pueda encontrarme; como has dicho, todo esto no va conmigo.

**Alma Oscura:**

Pues debería. El miedo nos hace ser prudentes. Tengo que dejarte. Escíbeme cuando quieras.

**Andy:**

Vale, solo una pregunta más... ¿Me has visto?

**Alma Oscura:**

No, estoy fuera del pueblo con unos amigos, pero me informan de todo. Tal vez pronto crucemos nuestra mirada.

**Andy:**

Si me aguantas la mirada y no huyes, sabré que eres tú.

**Alma Oscura:**

No lo sabrás. Ya me encargaré yo de ello ;). Nos vemos.

Dejo el móvil sobre la mesita de noche y trato de dormirme con todo lo que sé. Me cuesta, porque cada vez que el viento se cuele por las paredes y los árboles arañan la casa siento un escalofrío recorrerme la piel. No estoy asustada, estoy expectante, como si mi sangre fuera ahora mismo lava que corre deprisa por mis venas deseando entrar en erupción.

Me muero por saber más, mucho más de todo lo que esconde este lugar, y tal vez por eso les cuentan esa historia a los turistas, para dejarlos con ganas de más.

Esta casa ahora me parece más increíble que nunca. Tal vez entre sus paredes se escondan secretos. Cuando consigo dormirme, sueño con rayos y truenos. Me remuevo agitada, temblando y sin poder despertar, como si la tormenta me tuviera presa y tratara por todos los medios de

sobrevivir...

## Capítulo 3

*Andrea*

Me he despertado muy temprano y, aunque mi primera tentación ha sido ir al acantilado, he acabado andado cerca de mi casa, donde hay un campo lleno de hierbajos sin cuidar y un árbol talado hace ya mucho tiempo.

A lo lejos, una vez más, se ve llegar una tormenta.

Noto la piel erizada bajo mi corto vestido blanco.

Estoy aterrada por esta y por lo inmensa que parece sobre mi cabeza. Como está amaneciendo, el cielo está teñido entre colores azules y rojizos. Es impresionante, tanto como aterradora.

La miro desafiante, hasta que la veo tan cerca que no puedo más que correr hacia mi casa antes de que me paralice y me cueste moverme presa del miedo.

Llego y cierro la puerta al tiempo que un gran rayo interrumpe el silencio de la estancia.

Tiemblo de miedo y trato de llegar al sofá.

Un día superaré mi terror a las tormentas y así nada en esta vida me dará miedo. Nada.

—Pues esta es la plaza del pueblo, como ya sabes —dice Damon, que, cada vez que alguien me mira con asco, lo saluda.

Como quedamos el día anterior, estamos dando una vuelta por la tarde para merendar o por lo menos intentarlo.

Por suerte, ya no llueve.

Viven cerca de mi casa, al lado de Sophie, que ahora sé que vive sola desde que su marido desapareció y la dejó sin dar explicaciones.

Siento que hay algo más en esa historia, porque ambos se han mirado antes de contar el final y Calipso ha negado con la cabeza haciendo que Damon contara de carrerilla la última parte. Tal vez sean cosas mías.

Ellos viven con su madre, la cuñada de Sophie, y el hermano de esta, que es camionero y se pasa media vida viajando de aquí para allá.

Sus casas también parecen alejadas del resto de las viviendas del pueblo. Tal vez solo sea casualidad o puede que les guste vivir lejos de tantos supersticiosos.

Llegamos a la plaza del pueblo y, al tratar de entrar a tomar algo, los dueños nos dicen que no van a servirnos nada. Así, con esas palabras tan fuertes.

Nos sentamos en el centro de la plaza, donde hay una preciosa fuente con caballos que tiran de una calesa de piedra. Nunca he visto una fuente así.

—Normalmente veo caballos en las fuentes o esculturas, pero sobre ellos hay hombres de largo título o pertenecientes al ejército.

Saco un bizcocho de mi bolso y unos batidos, y se los tiendo. Ya preveía que esto pasaría tras lo de ayer.

—Gracias —dice Calipso—. Esta fuente tan austera la pagó una de las cinco familias más influyentes. Era la calesa favorita de su hija y... le hizo una fuente.

—Pues vaya historia más cutre —suelto y Damon se ríe.

—Así es este pueblo. Ellos deciden cómo debe ser y el resto nos callamos —explica.

—¿Ellos?

—Sí. —Señala las casas más destacadas de la plaza por su altura y porque se nota que dentro de ellas vive gente de dinero—. Los más viejos e influyentes son los Henderson. Ahora viven en la casa Will y su madre. El padre murió hace un año. Era el hombre más prepotente y capullo que podías tener la suerte de conocer —explica ganándose una mirada reprobatoria de su hermana—. Es la verdad, hermanita.

Veo la casa que me indica y se nota que es diferente al resto, como si quisieran que la gente al mirarla viera que ellos poseen más que ninguno.

—Luego están los Carter —sigue contándome Damon—. Están Ashley y sus padres. Ashley es de nuestra edad y es la eterna casi novia de Will. Se cree que acabarán juntos, pero, aunque Ashley besa el suelo por donde pisa Will y alguna vez se han liado, eso cuenta ella, este no termina de decir que son novios. Yo creo que Will pasa de ella y Ashley es una mentirosa.

Su hermana lo mira muy seria. Se nota que a ella Ashley sí le cae bien y no le gustan las palabras de su hermano hacia su amiga.

—Pero sabemos que la madre de Will lo obligará a casarse con ella quiera él o no.

—En serio, parece que he viajado en el tiempo... —digo.

—¿Acaso no has viajado nunca a un lugar donde las actitudes o los comportamientos estaban anclados en otra época? —me pregunta Damon con una sonrisa.

Lo pienso y tristemente es así; aunque yo creo que todo el mundo vive en la modernidad o que han avanzado, no es el caso siempre. Aún queda mucho por hacer y pasará mucho tiempo hasta que las cosas cambien. No debería sorprenderme que este pueblo parezca anclado en el tiempo en algunos aspectos.

—Tienes razón, pero eso no hace que me sorprenda menos.

—Al final te acostumbras —expone Calipso— y ahora sigo contándote yo. Luego está Roman, amigo de Will, que se cree que es el mismísimo Dios porque tiene una cara bonita. Es un imbécil...

—Como si Will fuera un santo. —Calipso pone ojitos—. Le gusta Will desde el colegio, por eso piensa que Roman es un idiota y Will un capullo con clase. Que no te engañe su cara bonita, es una persona fría y egoísta que solo mira por él mismo. Cada vez se parece más a su padre.

—Y está muy bueno. Lástima que en verano nunca esté por aquí para ver sus abdominales en la piscina del pueblo —indica su hermana, risueña—. Ya lo verás y me darás la razón, no hay nadie más guapo que él.

—Nunca me ha impresionado una cara bonita —digo.

—Esta lo hará —sentencia Calipso.

—Bueno, dejemos a Will lejos por un rato, no vaya a ser que me atragante hablando de él —propone Damon, al que se le nota que no lo soporta—. Luego está la familia Reed. —Me señala la casa—. Phoebe es la amiga de Ashley, una pelota de cuidado que parece no tener personalidad propia. Sus padres son igual de pavos. Siguen al resto en todo lo que hacen y nunca opinan o destacan por sí mismos. Han nacido los tres para que otros se sientan mejor teniéndolos de lameculos.

—¡Qué triste! —no puedo evitar decir.

—Pues sí —afirma Damon—. Pero es lo que hay. Y luego está Aaron Burrel, que lo mismo es íntimo amigo de Will como que no se soportan. Ahora creo que no se soportan. Aaron va más por libre... Hasta parece buen tipo.

—Está como un queso —dice Calipso—. ¡Joder! Parezco desesperada o algo parecido, pero no, es que los tres están muy buenos. Desde pequeños han sido los chicos deseados del colegio y ahora en la universidad les pasa lo mismo. Son un año mayores que nosotros. Ellas, por desgracia, no... Ashley me cae bien, pero a Phoebe no la soporto.

—Bueno, en la universidad todo será diferente —le indica Damon a su hermana.

—Espero, porque no soporto más todas esas tonterías de instituto.

—Yo las he vivido una y otra vez en cada nuevo lugar al que he ido —les confieso—. Parece mentira, pero las clases siempre se dividen en los mismos grupos.

—¿Y tú en qué lado estabas? —me pregunta Calipso.

—Nunca me he quedado lo suficiente en un lugar para poder elegir un bando, siempre he sido la rara nueva.

—Con lo guapa que eres, me extraña que más de uno no te quisiera cerca —señala Damon.

—Sí, pero solo los que me querían para un rato y se pensaban que por ser viajera y andar de un lado para otro he visto tanto mundo que entiendo mucho de posturas de cama —les explico suavemente.

—La gente es idiota. Juzga sin saber que no me importa que en la cama seas una fiera... Quiero decir...

—Te he entendido —señalo cortando a Damon, que cada vez está más rojo.

Su hermana sonrío por el azoramiento de su mellizo.

Yo le doy un golpe amistoso en el brazo.

—¿Y te gusta viajar? —me pregunta Calipso.

—Sí y no... Si fuera por placer, me encantaría, pero me cansa ir de un lado para otro. Me gustaría encontrar mi sitio. —Se lo confieso porque no tengo por qué esconderme, la verdad, por mucho que acabe de conocerlos. Creo que es la primera vez que al llegar a un lugar tengo amigos que quieren ser mis confidentes. No voy a desaprovechar esta oportunidad, porque con mi padre nunca se sabe si estaremos aquí un año o en pocos meses saldremos corriendo.

Regresamos a casa y quedamos para vernos al día siguiente. Quieren que vayamos a la piscina. Cuando les he preguntado por la playa, me han dicho que nadie se baña en ella porque trae mala suerte pisar sus aguas.

Tal vez por eso, o por llevar la contraria, me acuesto pensando que iré a verla al día siguiente.

# Capítulo 4

*Andrea*

Al final fuimos a la piscina, pero no me dejaron pasar.

Los mellizos tenían un plan B, que era ir al patio de su casa y mojarnos con la manguera mientras tomábamos limonada fresca hecha por su madre.

Su madre me cayó muy bien. Es de las pocas personas de este lugar que no me miran raro. Luego vino Sophie y no dejó de mirarme fijamente, hasta el punto de que puse una excusa para irme.

Mi padre lleva todo el día fuera del pueblo. En dos días empieza a trabajar y quiere disfrutar del descanso que le queda.

Vamos, que se ha ido a quedar con algún ligue de los que conoce con el móvil. No puede engañarme.

Cuando era niña y veía que estaba con alguien, imaginaba que podría ser una buena madre o hacer que mi padre dejara de viajar tanto. Imaginé tanto esta posibilidad que, al no cumplirse, acabé por aniquilarla de mi mente. Las parejas o ligues de mi padre eran tan cotidianos en mi vida que ya ni me preocupaba de recordar sus nombres. Sabía que solo estaban de paso.

Acabo en la playa y lo hago sin poder dejar de mirar a mi derecha, donde están las casas malditas, como las llaman aquí. Tienen un muro muy alto que apenas deja ver nada. Solo desde el acantilado que está antes de llegar se atisba entre la maleza un viejo caserón en lo alto.

Han dejado que el tiempo lo destruya.

Miro hacia la pequeña playa que tengo ante mí.

Me quito los zapatos, el vestido y, sin pensarlo mucho, me meto en sus frías aguas. Alguien que nace en martes trece acaba por dejar de creer en todo lo que circula sobre la mala suerte.

El agua está buenísima. Siempre me ha encantado el mar.

No hemos vivido en muchas ciudades con costa, por eso no pienso dejar que una maldición me aparte de este placer salado.

Se me pasa el tiempo dentro del agua. Está tan clara y transparente que me veo los pies y hay pequeños peces jugando a mi alrededor.

Salgo cuando el atardecer tiñe de anaranjado estas bellas aguas. Me siento cerca del agua y hago fotos. Dudo, pero al final le mando una de ellas a Alma Oscura. No sé qué me impulsa a saber más de él.

**Andy:**  
Estoy maldita.

Le digo en una foto que se ven mis pies mojados y, de fondo, el mar.

Me sorprende que Alma Oscura se conecte enseguida al ver mi mensaje.

**Alma Oscura:**  
Entonces yo también y desde hace años.  
Guárdame el secreto. No lo sabe nadie.



**Andy:**  
No sé quién eres. Lo mismo hasta eres Damon y te estás divirtiendo con todo esto a mi costa.

**Alma Oscura:**  
Ya te dije que no estaba en el pueblo. ¿Cómo das por hecho que soy un tío?

Lo pienso y tiene razón. Le he puesto cara de hombre en mi mente, pero lo mismo es una mujer. Lo mismo hasta es Sophie y por eso me mira tan raro, aunque ella sí está en el pueblo.

**Andy:**  
Siento que es así.

**Alma Oscura:**  
Soy un chico, sí, pero no vas a saber nada más de mí.

**Andy:**  
¿Por qué?

**Alma Oscura:**  
Me gusta este juego.

**Andy:**  
Tal vez a mí no y me canse un día.

**Alma Oscura:**  
Lo entenderé. Cambiando de tema. ¿Has visto las murallas de las casas encantadas?

**Andy:**  
Sí. No se pueden escalar... ¿Lo hicieron así a propósito?

**Alma Oscura:**  
Sí, y nadie tiene la llave. Se perdió... o la perdieron para que nadie entrara tentado por ver cómo está todo.

**Andy:**  
Menudo pueblo supersticioso y... estúpido.

**Alma Oscura:**  
¿Ya tienes ganas de irte?

**Andy:**  
No, y menos ahora que tengo una playa para mí sola. No pienso moverme.

**Alma Oscura:**  
Entonces te veré pronto... sin que lo sepas.

**Andy:**  
Que te aproveche la vista. :)

**Alma Oscura:**  
¿Te consideras guapa?

**Andy:**  
No soy fea... y me encanta cómo soy, pero no voy de guapa, si es eso lo que me preguntas.  
¿Tú te consideras guapo?

**Alma Oscura:**  
Soy guapo, sí, pero no es lo que más me gusta de mí. La cara no se elige. Tu carácter, sí.

**Andy:**  
Pienso como tú. Te sorprendería a la cantidad de gente que he conocido que solo lucía una cara bonita.

**Alma Oscura:**  
Me hago una idea. Tengo que dejarte. Si pasas por el acantilado y te ves tentada de mirar hacia abajo, no lo hagas. La tierra es engañosa y muy resbaladiza. Podrías caerte.

**Andy:**  
Gracias, pero haré lo que quiera.

**Alma Oscura:**  
Al menos no te mates hasta que pueda haberme empachado con tu cara bonita.

**Andy:**  
Qué gracioso... Nos vemos ;)

Acabo sonriendo como una tonta.

Nunca he hablado por el móvil con desconocidos en chat o foros, y empiezo a comprender por qué mi padre está tan metido en todo esto. El misterio le da un aliciente extra a la conversación. Es como estar en una fiesta de máscaras donde nadie sabe quién eres y por unos segundos puedes ser ante todos quien tú quieras y no quien creen que eres.

Guardo el móvil y me visto.

Cojo el camino que se aleja de la playa y que está muy empinado, aunque eso no impediría que pudiera bajarse en moto o coche.

Llego al acantilado y hago lo que antes dejé para luego.

Me acerco a él con los últimos vestigios del sol iluminando mis pasos y miro hacia abajo.

No se ve muy bien el fondo. Hay matorrales que han crecido salvajes a pocos centímetros del borde y no dejan ver bien nada.

Me recorre un escalofrío al saber lo que pasó aquí hace años. Me hace preguntarme si es verdad o si solo es un cuento más para asustar a la gente. Me encantaría descubrirlo, porque creo que aquí hay mucho de cuento y poco de real.

Tras llegar a casa y darme una ducha, me pongo a recorrer la casa a en busca de algo, no sé bien qué. Tal vez cartas ocultas en los muebles viejos o algún retrato de la mujer que vivió en esta casa y por la que este lugar parece anclado en el tiempo.

No he encontrado nada y me ha desilusionado un poco.

Cada vez tengo más claro que este no es más que un pueblo antipático que odia a los nuevos vecinos y cuyos habitantes hacen lo posible para que estos salgan corriendo.

Es mejor no creer nada de lo que me digan. Solo son chismes para engordar sus arcas con los turistas. Lo mismo hasta me tratan mal para que lo cuente en mis redes y así darles más popularidad. Por desgracia para ellos, no tengo redes sociales. Tenerlas haría que la gente que conozco supiera de mí allá donde fuera, y cuando me marchó de un sitio me gusta no tener enlaces con ese lugar, porque eso me hace echarlo más de menos.

## Capítulo 5

*Andrea*

Estoy en la que será mi universidad con Calipso y Damon.

La verdad es que este lugar no tiene nada que ver con su pueblo. Viene gente de todos los lados y se nota que la diversidad de culturas lo enriquece y no al contrario.

¡Qué alivio que sea así!

Tras dos semanas viviendo en un lugar donde la gente me mira como si fuera un monstruo de dos cabezas que puede matarlos de solo un soplido, es reconfortante ser solo una más.

Hemos venido a ver el lugar y a recoger unas cosas que necesitábamos para empezar. Solo queda una semana para estar aquí y lo estoy deseando. Lástima que los mellizos vayan a estudiar periodismo... Lo positivo es que sus clases no están lejos de las mías y compartimos la misma cafetería.

—Ahora nos vemos en la cafetería —les digo a punto de entrar a mi pabellón.

Abro la puerta al tiempo que lo hace otra persona y me voy hacia atrás cuando esta sale sin mirar y sin importarle arrollar a alguien.

Al hacerlo, me choco con otra persona y me muero de vergüenza porque no sé si he llegado a pisarla. Me giro para pedir disculpas y mi mirada se cruza con los ojos más azules y más intensos que he visto en mi vida.

No sé qué me pasa. Me cuesta reaccionar perdida en ese mar azul oscuro. Mi cuerpo está muy cerca del suyo, tanto que siento la electricidad que circula entre los dos. Nada de esto tiene sentido. He conocido chicos increíblemente guapos, y, además, soy más de morenos que de rubios... y él es rubio.

Aparto la mirada y mis ojos van a sus labios, gruesos y atrayentes.

Me separo, esperando que todo esto no haya pasado tan lento como he sentido y mi escrutinio no haya sido tan evidente.

Se separa de mí como si quemara.

—Lo siento —le digo.

—¿Por devorarme con la mirada como si fuera un plato de comida o por joderme los dedos del pie?

¡Pero será imbécil!

Todo lo que he sentido se va a la mierda en un instante. Así de rápido pasa de ser un *joh!* a un *agh*.

—Siento no haberte roto los dedos del pie con mi pisotón.

—Otra vez ten más cuidado de por dónde vas y evita joder a la gente.

—Y tú si ves que alguien te va a arrollar, apártate, que no tengo ojos en el culo, pero tú sí tienes dos muy grandes en tu fea y común cara. Eso era lo que miraba, para tu información. Siento fastidiarte el ego.

Me mira divertido un segundo antes de ponerse serio y apartarse más de mí.

Lo veo irse pensando en cómo una personalidad de mierda puede joder algo tan bello.

—Acabo de flipar —dice Damon, que no sé de dónde ha salido.

—No sé por qué... Menudo idiota.

—Sí, pero como está bueno a muchas les parece sexi que sea un capullo.

—¿Lo conoces?

—Sí, te presento a Will Henderson, el hijo de la familia más influyente de nuestro pueblo.

—Genial. Solo espero no encontrármelo más.

—Difícil, estudia Arqueología... ¡Sorpresa!

—Genial. Lo evitaré como sea. No pienso cruzarme más en su camino.

—Qué alivio saber que no has caído rendida a sus pies. —Me pasa el brazo por el cuello—. Venía a decirte que Calipso se ha ido con unas amigas y que si quieres, yo te acompaño y luego a tú a mí.

—Acepto. Así no tengo que entrar a este lugar sola.

Damon me sonrío y entramos juntos a conocer las que serán mis clases. Volvemos a encontrarnos con Will. Esta vez va con un chico moreno, muy guapo pero con cara de creído, que, como su amigo, pierde mucho por la personalidad que lo acompaña. Damon me informa de que es Roman, el hijo de otra de las influyentes familias, que sigue a Will como si fuera un perrito faldero.

Antes de salir, cuando ya tengo todo lo que necesito, sin saber muy bien por qué, mi mirada se cruza con la de Will. Nos miramos serios y otra vez está ahí esa electricidad que me corre por las venas alterándome de una forma que no comprendo.

Le sonrío y, a modo de saludo, le levanto el dedo corazón.

Me marcho sabiendo que me he rebajado, ya que yo no soy así. Odio las peleas, pero soy bastante guerrera ante las injusticias. Si algo no me gusta, no puedo quedarme impasible, y él no me gusta.

Solo espero, de verdad, no encontrármelo más y que mi mirada no busque más perderse en sus ojos azules.

## *Will*

—¿La nueva acaba de sacarte el dedo corazón? —me pregunta Roman sorprendido.

—Eso parece —respondo algo divertido—. No la he seducido con mi encanto natural.

—Si fueras feo y pobre, nadie te querría —me dice Iván, un compañero del curso anterior.

Le guiño un ojo antes de saludarlo. Al contrario que mis amigos de toda la vida, él no trata de repetirme cientos de veces lo maravilloso que soy.

—¿Qué tal el verano? —me intereso ante la atenta mirada de Roman.

—Genial. Trabajando para que mis padres no pierdan la casa. Algunos no hemos nacido con una flor en el culo.

—Trabajar es para los pobres —dice Roman desplegando su estupidez habitual.

—En eso tiene razón. Los listos nos ganamos la vida viviendo del cuento —indico para picar a Iván.

Roman se ríe.

—¿Y qué le has hecho a la pobre chica que acaba de saludarte con tanto encanto? —indaga.

—Es nueva en nuestro pueblo y la queremos fuera —explica Roman.

—Ahh... Es cierto. En vuestro pueblo de mierda los nuevos no son bien recibidos. —Pone los ojos en blanco y Roman asiente—. De verdad, no sé cómo lo soportáis.

—Las cosas van muy bien mientras se siguen esas normas —dice Roman.

Iván me mira a la espera de que yo diga lo que pienso.

—Las normas son así. Los nuevos no son bien recibidos —repito haciendo que Carter sonría.

—Lástima que algunas veces tus comentarios me hagan olvidar por qué te soporto como amigo —me dice Iván.

—Porque te gusta que te pague las fiestas, como a todos —señala Roman—. Mucho ir de superior por tener un de trabajo y ganarte la vida, cuando en verdad solo esperas darle lástima a Will y que te invite a todo.

—Déjalo en paz, Román —le indico serio—. ¿No tenías que irte a la cafetería a buscar a tu nuevo ligue?

—Cierto. Ahora nos vemos. Si me necesitas para lidiar con la plebe, llámame.

Se marcha y me giro para mirar a Iván.

—Si descubren tu secreto, dejarán de mirarte como si fueras un dios.

—Por suerte, eso es algo que nadie sabrá nunca —le señalo en voz baja y muy serio, sabiendo que él no lo contará, pero advirtiéndole que esté calladito.

Nadie de mi entorno puede saber la verdad, y menos mi madre.

## *Andrea*

Llegamos al pueblo y paramos cerca de la plaza para comer.

Damon dice que tal vez ya se han cansado de ser hostiles y me dejan comer en algunos de sus restaurantes. Antes de entrar, veo las caras de los que están tras la barra y me invento una excusa para irme a mi casa y que así ellos puedan comer con sus amigos sin tener que cargar conmigo.

Cada vez entiendo menos este lugar. No tiene sentido que me traten así.

Llego a mi casa y me preparo algo para comer. Tras tomármelo de pie en la cocina, me pongo a preparar un bizcocho con mucho chocolate, para relajarme.

Estoy a la mitad de la receta cuando, sin saber por qué, mi mente me lleva a Will. Me quedo un segundo recordando sus facciones y sus preciosos ojos azules.

Aparto ese pensamiento de mi mente.

Solo es un chico guapo más que tiene una personalidad tan horrible que eclipsa todo lo demás.

Meto el bizcocho en el horno al tiempo que suena el timbre de la puerta de mi casa.

Enseguida pienso que será Sophie, que, cuando puede, se pasa para no decir nada y mirarme mucho.

Voy hacia la puerta y abro sin mirar por la mirilla.

Cometo un gran error, porque abro la puerta de par en par y esto hace que algo me impacte en la cara. Me duele y no me deja abrir los ojos. Trato de quitármelo, pero me llegan más. No sé de dónde salen.

Son cosas blandas y duras, y no puedo ver nada. A tientes y dolorida, me echo hacia atrás, con la mala suerte de que me resbalo con todo esto y caigo hacia atrás. Me quedo echada en el suelo, notando que los objetos no dejan de caer.

Me quito un poco de los ojos y veo a lo lejos a varias personas, con ropa oscura y la cara tapada, tirando cosas a la casa.

Veó la puerta cerca de mi pie y le pego una fuerte patada que la cierra con un gran estruendo.

Cuando se pasa, sigo escuchando las risas y los golpes en la fachada mientras tiran sobre mi nuevo hogar cientos de cosas. Lo último que oigo es cómo se rompe el cristal de una de las ventanas del salón antes de que uno de ellos grite que paren y se acaba todo.

Me cuesta moverme y me pregunto una vez más en qué pesadilla de locos nos hemos metido.  
¿Ha llegado la hora de irnos?

## Capítulo 6

*Will*

—Seguro que la nueva está haciendo las maletas para irse —dice Roman entrando al *pub* donde Aaron y yo estamos echando una partida de billar.

—¿Qué le han hecho esta vez? —pregunta Aaron cansado. Es de los pocos que pasa de todas estas tonterías.

Acaba de volver de viaje y ya lo han puesto al día de todas las tonterías que han pasado en este lugar que cada vez soporto menos.

Aaron a veces me cae bien y me parece un buen tipo, y otras no lo soporto. Ahora estamos en plan amigos.

—Le han llenado la casa de fruta podrida, huevos y piedras, y a ella también.

—¿Y tú no has tenido nada que ver? —pregunto un segundo antes de meter una bola de billar en una esquina.

—Si yo quisiera hacer algo así —me dice Roman—, mandaría a alguien. No voy a ensuciarme las manos.

—Eso me cuadra más —señalo antes de fallar y tener que dejar que mi contrincante siga jugando.

—El caso es que espero que se marche —dice firme Roman—. Los nuevos no traen nada bueno y más si acaban viviendo en el lugar que hizo que este pueblo experimentara la peor época de su vida.

—Cuando viajas, te olvidas de que vivimos en un lugar tan anclado en el tiempo y con gente tan estúpida —dice Aaron.

—A mí me gusta este lugar —replica Roman—. Los que no me gustan son ellos... Y terminad de una vez, que quiero jugar.

—Dame un momento y lo gano —digo con una sonrisa mirando a Aaron.

—Adelante, porque hasta ahora estás jugando como el culo —me pica—. Has venido oxidado de las vacaciones.

No le hago caso y decido centrarme y ganarle.

—Os dejo jugar, así no seré el único en llevarme todo el mérito.

Roman se ríe y Aaron coloca las bolas.

Me acerco a la barra a por unas cervezas y oigo que relatan una y otra vez lo que le ha sucedido a la nueva. Uno dice que se fueron de allí sin saber si estaba viva o muerta, porque se cayó al suelo al resbalar con todo lo que había.

Lo mejor que podría pasar es que se fuera, porque así volvería todo a la normalidad.

*Andrea*

—Intenta forzar la mano lo menos posible —me dice una enfermera.

Asiento y cojo como puedo el parte médico. Por suerte, han sido pocos puntos de sutura y en la mano derecha, cerca del dedo gordo.

Estaba recogiendo los cristales cuando me corté con uno de ellos. Me lo vendé como pude al



ver que no dejaba de sangrar, ya que el corte era profundo. No me molesté en ir la enfermería del pueblo, sino que pedí un taxi para que me recogiera a la entrada del lugar y me llevara al hospital.

Entro en otro taxi para regresar y le digo la dirección mientras me quedo mirando la noche tras la ventana, llena de rabia por lo sucedido.

No tiene sentido.

Le digo al conductor que me deje en la entrada del pueblo. Pago y me bajo tras coger mis cosas. Ando hasta mi casa notando cómo me miran y sabiendo que cualquiera puede ser mi atacante.

Al llegar a la plaza, alguien se pone ante mí cortándome el paso.

Intento esquivarlo.

—¡Eh! No te vayas... —Alzo la mirada y me encuentro con un chico moreno muy guapo de ojos verdes—. Me llamo Aaron. Tú tienes que ser Andy.

—Sí, como ya sabéis todos.

Me aparto para marcharme hasta que me coge la mano.

—¿Eso te lo hiciste tras el ataque?

—No es nada.

—Estás sangrando. —Me miro la venda y veo que es cierto—. Ven, te llevaré a que te curen.

—No te molestes, no lo harán. Dejarán que me desangre hasta morir para que así deje de interrumpir sus aburridas vidas.

—Seguramente lo harían si mi padre no fuera el jefe del centro médico. Somos de los pocos que pasamos de todas estas tonterías.

—Debéis de serlo, sí.

—Sí, por eso no saben cómo clasificarme. Suelen decir que soy el raro de los cinco más influyentes de este pueblo.

Eran cinco familias con tres chicos. He conocido a dos. Solo me queda por conocer a uno y por descarte sé quién es.

—Ahora recuerdo... Eres Aaron Burrel.

—Sí, encantado de conocerte. —Me sonrío con calidez.

Llegamos a la enfermería y me atienden con amabilidad; de haberlo sabido, no me habría ido tan lejos, pero en ese momento no podía soportar más hostilidad.

Me curan con rapidez. Se me había soltado uno de los dos puntos que me habían dado en la palma de la mano.

Salimos de la enfermería y Aaron me propone ir a tomar algo a un *pub* que hay cerca.

—A menos que sea de tu familia, dudo que me dejen entrar.

—Es que es de mi familia. Mi madre lo abrió hace años. ¿Vamos?

—Hoy no. Otro día. Quiero volver a casa y descansar.

—Te acompaño. Está muy oscuro por allí.

—No tengo miedo a la oscuridad. Gracias, pero prefiero ir sola.

—Como quieras. —Me mira como si quisiera decir algo más—. ¿Vas a irte?

—¿Es lo que quieres?

—No, por eso lo digo.

—Solo me he ido de los lugares siguiendo a la persona más importante de mi vida. No lo haría por personas que ni me conocen ni me importan, van a tener que acostumbrarse a mí.

—Me gusta tu forma de pensar. Nos vemos pronto.

Me marcho y por un momento pienso en que Aaron pueda ser Alma Oscura.

Me giro para mirarlo y lo pillo observándome. Me sonrío antes de decirme adiós con la mano.

Al menos es de los pocos, junto a los mellizos, que no me han tratado mal.

Me cambio de ropa y me pongo cómoda. No tengo ganas de prepararme nada para cenar y el bizcocho que metí en el horno se me quemó porque me olvidé de él mientras recogía. Por suerte, el olor a quemado me hizo recordarlo y lo saqué antes de irme.

Cojo el móvil y tecleo con la mano izquierda evitando utilizar la derecha. Busco el chat de Alma Oscura y le escribo:

**Andy:**  
Hola, hoy he conocido mucha gente.  
¿Estabas entre ellos?

Veo que aparece en línea y al poco pone que está escribiéndome.

**Alma Oscura:**  
Sí, nos hemos visto.

**Andy:**  
¿Nos hemos llevado bien?

**Alma Oscura:**  
Si te respondo a eso puedes saber  
quién soy yo.

Sonrío porque el hecho de que no lo haga me hace presuponer que es Aaron y la idea no me disgusta. Me ha parecido un chico atento, creo que por eso quiero que sea él. No entra en mi cabeza que alguien que me trata bien por el chat se lleve mal conmigo si me ve en persona.

**Andy:**  
Vale. Lo entiendo.

**Alma Oscura:**  
Genial. ¿Cómo llevas la mano?

Esto lo confirma del todo y me hace ponerle cara a mi amigo misterioso, aunque él, por alguna razón, no quiera delatarse aún. Nadie sabe lo de mi mano salvo Aaron.

Decido seguirle el juego.

**Andy:**  
Bien, aunque me tiran un poco. Espero que no se me suelten más los puntos.  
La sangre me pone nerviosa y eso que desde niña he tenido que curarme sola los cortes.

**Alma Oscura:**  
¿Y eso? ¿No tenías a un adulto cerca?

**Andy:**  
Siempre hemos sido mi hermano y yo, y para poder pagar los gastos él tenía que trabajar. No podía pasarme todo el rato en su trabajo.

**Alma Oscura:**  
Entiendo. Yo siempre ando rodeado de gente y me cansa. Tal vez por eso, cuando puedo, busco la soledad.

**Andy:**  
A mí me gusta la soledad hasta que se convierte en parte de mi día a día y me asfixia.

**Alma Oscura:**  
Y cuando te sientes así, ¿qué haces?

**Andy:**  
Preparo bizcocho. Cuanto más chocolate le pongo, más depre o más enfadada estoy.

**Alma Oscura:**  
¿De verdad? Es lo más raro que he escuchado nunca.

**Andy:**  
Yo no soy como los demás. Me gusta ser así. No me gusta seguir a nadie para parecerme al resto y encajar mejor. A la hora de la verdad, solo te seguirán los que han visto tu verdadera cara y son capaces de entender con una mirada cuánto los necesitas.

**Alma Oscura:**  
¿Y cuánta gente te ha seguido?

**Andy:**  
Solo mi hermano, por eso solo iría al fin del mundo por él.

**Alma Oscura:**  
¿Y nunca ha habido alguien especial?

**Andy:**  
Nunca me he quedado el tiempo suficiente en un sitio para enamorarme o eso quiero creer... Tal vez sea que no estoy hecha para amar a alguien.

**Alma Oscura:**  
Todos estamos hechos para amar. Los hay valientes a los que no les da miedo arriesgarse y los hay de los que prefieren decir que no creen en el amor solo para sentirse más protegidos y seguros.

**Andy:**  
¿Tú has estado enamorado?

**Alma Oscura:**  
Nunca, pero sí he deseado estarlo de alguien que supiera ver cada parte de mí, sobre todo las que oculto.

**Andy:**  
Te entiendo.

Mi padre me llama y escribo a Alma Oscura para despedirme al tiempo que escucho a mi progenitor subir los escalones hasta mi cuarto con rapidez.

—¿Estás bien? —me pregunta alarmado.

Ve mi mano vendada y se acerca asustado.

—Estoy bien. Me corté al recoger los cristales rotos.

—¿Qué ha pasado? —Se lo cuento—. Esta gente está enferma. Vamos a denunciar...

—No nos harán caso, y en este pueblo, menos.

Mi padre me mira sabiendo que tengo razón. No es la primera vez que nos pasa algo desagradable y al denunciarlo no nos toman en cuenta.

—Entonces, nos vamos...

—¿Y dejar que me quiten mi única oportunidad de estudiar en la universidad? Ni loca.

—Podemos buscar un piso cerca de la universidad.

—Esta casa nos sale gratis y eso nos da un respiro que nunca hemos tenido. No vamos a dejar que nos lo quiten. Merecemos ser felices.

—No quiero que te pase nada. —Me lo dice mostrando esa parte suya vulnerable que le sale sin poder evitarla. Él creció sin amor de ningún tipo, a diferencia de mí, que siempre he tenido la suerte de tenerlo a él.

Lo abrazo con fuerza y hace lo mismo.

—Mientras estemos juntos, nadie podrá hundirnos; hagamos que se acostumbren a nosotros.

—Esa es mi chica. —Me da un tierno beso en la frente antes de irse.

Siempre le pasa. Cuando muestra su vulnerabilidad, necesita estar solo para mantener sus

miedos a raya. Nadie lo conoce y lo quiere como yo.

# Capítulo 7

*Will*

La universidad empieza de nuevo. Voy a segundo, pero arrastro asignaturas del primer curso. Podría habérmelas sacado a la primera, pero quería implicarme más en las que aprobé para tener mejor nota; de hecho, la primera clase que tengo es de una asignatura de primero y por suerte este año no tengo a Roman detrás de mí. Aprobó todo con un suficiente y fue porque contrató a un estudiante para que se hiciera pasar por él en los exámenes. Yo nunca haría algo así, pero ese es Roman. Le da igual pagar lo que sea con tal de conseguir sus fines. Derrocha el dinero como si creciera de los árboles.

Entro a clase y me pongo al final; me gusta tomar notas tranquilo y a mi bola sin sentir la mirada del profesor constantemente.

Estoy llegando cuando alzo la mirada y veo a Andy peleando con su estuche, tratando de sacar los bolis sin dañarse más la herida de la mano, que sujeta como puede para abrirlo con la izquierda.

Pienso en irme, pero no lo hago porque nunca he dejado que nadie me eche de un lugar, aunque el único sitio libre sea a su lado.

Me siento y, nervioso por como trata de hacer las cosas, cojo el estuche y le saco los bolis para ponérselos en la mesa.

—De nada —digo antes de sentarme.

Me asesina con la mirada y me doy cuenta de que sus ojos grandes y azules relucen.

—¿De nada? ¿Acaso te he pedido ayuda?

—La gente ayuda sin que se lo pidan.

—No pienso darte las gracias.

—Tú misma.

El profesor entra y empieza la clase.

Andy trata de tomar notas como puede, pero va tan lenta que se pierde media clase.

Al acabar, su herida se ha abierto y le sangra. La mira pensando en cómo la gente del pueblo puede llegar a estos extremos por miedo a maldiciones estúpidas.

Me levanto y dejo mis apuntes en su mesa.

—No hace falta que me des las gracias —digo con voz seca antes de irme.

—¡Gracias... pero no los necesitaba!

Que añada eso me hace ver que es una persona a la que, como a mí, le cuesta pedir ayuda.

Me marcho a la siguiente clase, que ya es de segundo, y me encuentro a Roman en la puerta esperándome. Si lo soporto es por mi madre, porque se lleva bien con sus padres y no quiero causarle un conflicto con esto, pero es una obligación para mí. Es más fácil aguantarlo que explicarle a todo el mundo por qué no lo soporto.

Por suerte, también está Iván. Él sí es un gran amigo.

Las clases siguen y, cuando llego a la última, de primero, dudo en si ponerme o no al final, por si me encuentro con Andy. No me queda más remedio que hacerlo, porque la clase está llena y solo hay sitio al fondo. Esto siempre es así. Los primeros días la gente viene decidida a comerse

el mundo con su carrera; luego, ya suele pasar más tiempo en la biblioteca o en la cafetería, y solo vienen a las clases que son presenciales o te bajan la nota.

Llego al fondo y veo a Andy.

Esta vez ya tiene los bolis listos y me fijo en que su vendaje tiene más sangre.

—¿No has ido a curarte?

—No he tenido tiempo —me responde sin mirarme.

Por norma general, las mujeres se mueren porque les hable; que ella pase así de mí hasta me hace gracia.

Es refrescante.

—Pues deberías.

—Lo haré luego. Gracias. ¿Puedes ahora pasar de mí?

—Lo haría, pero tu cara fea es imposible de ignorar.

—Por Dios, eres un crío —me recrimina antes de mirarme a los ojos.

Lo he dicho justo por eso, para ver ese fuego en sus ojos. No es fea, al contrario, es muy guapa y no parece importarle. No hace nada para resaltar más sus rasgos. No lleva apenas maquillaje y sus ropas no acentúan las curvas que tiene. Su ropa es de muchas temporadas pasadas y se nota que está desgastada del uso.

Es todo lo contrario a mí.

Mi ropa siempre es la más actual, la más nueva... Mi madre no dejaría que fuera de otra manera. Odia que parezca que nuestros negocios van mal. Opina que una imagen lo dice todo.

Viendo a Andy, con esa seguridad brillando en los ojos, vestida con esa ropa, me cuestiono las palabras de mi madre. Tiene más seguridad en lo que hace, en sí misma, que muchas de las mujeres que siempre me rodean.

Los del pueblo creen que lograrán echarla; yo, al mirarla, sé que no lo conseguirán.

Esta vez han dado en hueso y todo esto es atractivamente refrescante. Ya era hora de que en mi pueblo pasara algo diferente.

Aunque Andy no es mi tipo, me divierte... Pero nunca estaría con alguien como ella. Ni con nadie más. Con una mala experiencia he tenido suficiente para no querer intentarlo de nuevo.

—No tomes apuntes —le digo antes de empezar la clase—. El profesor los sube luego a su web para que puedas descargarlos.

—Ah... Gracias.

—Hay muchos más profesores que lo hacen. Deberías informarte y no perder el tiempo tontamente.

—¿Siempre tienes que añadir algo que deje claro lo estúpido que eres?

—Por regla general, sí —le digo con una sonrisa.

Bufa.

Sonríó sin que me vea.

La clase empieza.

Podría no haber venido, pero si lo hago es porque me encanta cómo explican los profesores de esta carrera de Arqueología. Ya me fijé en ello el año pasado y es como si nos trasladaran a una excavación donde podemos desentrañar los secretos ocultos y dar sentido a lo que a simple vista no se percibe.

Siempre me ha gustado esta carrera o tal vez más desde que en mi casa encontré pasadizos

ocultos. Aún sigo buscando más, porque no dudo de que algo gordo se encuentra tras las paredes de mi casa a la espera de que le dé voz.

## *Andrea*

Will se marcha nada más terminar la clase, como si tuviera prisa por irse. ¡Qué chico más raro! Me ayuda, pero lo hace con mala cara. Para eso que se esté quieto. Yo no le he pedido nada.

Por muy guapo que sea y bueno que esté, no voy a bailarle el agua como sé que le hacen muchos, y más porque tiene dinero. Por lo que me dijeron los mellizos, en el pueblo se mueren porque Will los mire aunque solo sea una vez. Es tan patético que tal vez por eso yo lo miro dejando claro que paso de ser como el resto. Lo mismo me he pasado y he sido borde de más... pero me da igual.

Nunca seremos amigos. Su mundo y el mío no están en sintonía... por mucho que tenerlo cerca altere mis sentidos hasta ponerme nerviosa. Me molesta reaccionar así solo porque sea un chico increíblemente guapo y sexi.

No pienso hacer caso a esta electricidad que parece recorrerme cuando lo tengo cerca. Por mí ya puede empezar por apagarse.

Salgo de clase y voy a buscar a mi padre a su puesto de trabajo. Llegar y encontrarlo ligando no me sorprende; solo espero que esta vez sus pasiones no nos hagan salir corriendo.

La mujer se va y voy hacia mi padre.

—Por favor, pídele un certificado de soltería antes de irte con ella a la cama.

Mi padre se ríe.

—Está soltera y no es mi tipo. Estoy empezando a replantearme lo de ir de cama en cama...

—No bromees conmigo. Los dos sabemos que, aunque pienses así, te puede más tu lado sexual.

—Cómo me conoces... —Mi padre sonríe hasta que ve mi vendaje—. Vamos a la enfermería. No puedes dejar que se te infecten los puntos.

—Yo creo que la antigüedad del cristal y los cientos de años de mierda sobre este han hecho que se me cure peor.

—Puede ser, porque han puesto el nuevo antes de que entrara a trabajar y canta mucho entre el resto.

—Alguien del pueblo nos ha ayudado... ¡Qué raro!

—Qué va... Llamé a uno de la ciudad y le mandé fotos. —Mi padre me guiña un ojo—. Me dijo que los cristales eran muy antiguos y ya no los hacían así. A mí me da igual con tal de que esté arreglado y Sophie dijo que antes de cambiarlo tenían que encontrar a alguien que los hiciera iguales, por lo que es mejor que, mientras ella lo busca, nosotros tengamos nuestro cristal reparado.

—Sophie me pone nerviosa —reconozco.

—¿Y quién de este pueblo no? Es mejor pasar de todos y dejarlos con su locura.

—En eso tienes razón.

Nos vamos a curarme y por suerte no es mucho. Tras esto, aprovechamos su rato de descanso para comer juntos. Ha encontrado un bar que tiene un menú a muy buen precio y la comida es buena. Siempre encuentra sitios así. Se mueve mucho, pregunta entre la gente hasta que da con lugares donde comemos y cenamos casi todos los días porque nos sale mejor de precio que



cocinar en casa.

Regreso usando el autobús que me deja cerca del pueblo y camino hasta casa teniendo que pasar por la plaza del pueblo, donde varias personas me miran y me señalan. Son tan patéticos que hasta me causan gracia.

—¡Andy!

Me giro y veo a Aaron venir hacia mí con una amplia sonrisa.

Lo miro sabiendo que es Alma Oscura y siento que mi forma de observarlo cambia con respecto de cuando lo conocí. Es como si fuera más especial.

—¿Qué tal?

—Genial. Te he visto y he venido a ver si tienes algo importante que hacer ahora.

—Tenía pensando ir a casa a ponerme al día con los apuntes...

—Vamos, que no tienes nada importante que hacer —dice cogiéndome ligeramente el codo para instarme a andar.

—¿Qué plan tienes? —le pregunto.

—De momento, invitarte a un café con tarta; luego, ya veremos. —Me sonrío y me dejo llevar por él.

## Capítulo 8

*Andrea*

El café que estoy tomando está delicioso. Me encanta cómo su fuerza se me pega al paladar y cómo la espuma se me derrite en la boca, cosquilleándome los labios. Desde muy pequeña tomo café, es uno de los pocos lujos que nos permitíamos. Mi padre es adicto al buen café y como ha trabajado también en bares y cafeterías siempre ha tenido descuentos a la hora de comprarlo.

—Veo por tus ojos que te gusta.

—Sí, está muy bueno. Ahora voy a probar la tarta.

—No es de las mejores... La cocinera está de baja por maternidad y nos está costando encontrar a alguien que la sustituya; que en este pueblo no dejen entrar a gente de fuera lo hace todo más complicado.

—¿Y por qué no abris este *pub* en la ciudad? Os iría mejor.

—Tenemos otro allí y dos más en otras ciudades importantes, pero tenemos que tener este. — Su forma de decirlo hace que sienta que hay algo más tras su explicación—. ¿Sabes jugar al billar?

—Soy la mejor. Incluso con los puntos te ganaría —señalo alzando la mano.

—¿De verdad?

—Me he criado en bares esperando a que mi... hermano dejara de trabajar. Me aburría y mucha gente me enseñaba a jugar a los dardos, billar, las cartas... Suerte tienen de que no me guste apostar.

—Estoy deseando retarte y ver lo buena que eres —dice levantándose y cogiendo nuestras cosas para llevarlas a una mesa alta, cerca de la mesa de billar.

Lo ayudo a colocar las bolas de billar y me dice que me deja tirar primero. Lo hago con una sonrisa antes de decidir que, aunque me dé igual ganar o perder, voy a jugar para ganar.

Cuando meto tres seguidas, su cara cambia.

Le toca y trata por todos los medios de ganarme.

Gano yo y esto parece no gustarle, porque me pide la revancha una y otra vez.

—Ahora vengo —me indica antes de perderse un momento tras coger su móvil.

Me apoyo en la mesa de billar y observo el lugar. Es media tarde y está lleno de gente de mi edad. Para ser un pueblo pequeño, hay muchos jóvenes, más de los que esperaba.

Al poco regresa y mira hacia la puerta.

Hago lo mismo y veo entrar a Will, con cara de pocos amigos, seguido de una chica morena muy guapa que trata de pasar cerca de él, pero la esquivo. La situación parece hasta divertida.

—¿Tan buena es? —pregunta Will observándome con desagrado.

—Me ha ganado todas las partidas —dice Aaron mirándome.

—Dudo que me gane a mí...

—Estoy delante, podéis incluirme en la conversación... y puedo ganarte, incluso con los puntos en la mano. ¿Apuestas algo?

—¿Quieres sacarme el dinero así? ¡Qué lista!

—No me refería a dinero.

—¿Alguna apuesta de niños? —Asiento—. No me gusta jugar a juegos infantiles —dice con una sonrisa que me hiela la sangre—. Si gano, serás mi chica de los recados un mes. Si ganas tú...

—Si gano yo, serás mi chico de los recados y me llevarás a la universidad durante un mes.

—No voy a perder.

—Tú me has propuesto esto, yo solo pensaba que el perdedor se bañara en el mar...

—Eso es mucho peor —dice la morena—. Esas aguas están malditas.

—Eso es un cuento para niños. Yo me baño casi cada día y sigo intacta. —Su cara de espanto me hace gracia—. Los cuentos son solo eso: cuentos. Ya sois adultos para creer en tantas tonterías.

—¿Me estás llamando infantil? —me pregunta la morena altiva.

—Sí. Bueno, a ti y a todos, porque si no me dejaríais en paz en vez de joderme la vida por miedo. Sois patéticos.

—Tú sí que eres patética, que no sabes ni vestir —me replica.

—Tengo mucho estilo a la hora de vestir, porque le doy a la ropa la importancia que se merece; es decir, ninguna. Valoro más otras cosas de la vida.

—Es lo que dicen las ratas como tú que no tienen ni para un mísero vaquero; por mucho que los rotos estén de moda, se nota que en el tuyo es por el uso.

—Qué pecado más grande que mi vaquero se gaste porque lo uso y no por tener tanta ropa en el armario que ni me acuerdo de ella. ¿Eso es lo más importante de tu vida?

—Estudio moda y entiendo de buen gusto.

—Yo estudio Arqueología y entiendo de cosas antiguas y viejas, por eso encuentro atractivos los rotos y desgastes de mi ropa, porque cuentan una historia en ella que tú nunca entenderás.

Me mira desafiante hasta que Will se pone delante y corta lo que tenía que decir.

—He venido a jugar, no a escuchar chorradas. ¿Aceptas la apuesta o te lo has pensado mejor?

—Acepto. —Alzo la mano para cerrar el trato.

Will hace lo mismo. La levanta y, cuando nuestras respectivas manos están a punto de tocarse, la aparta y se aleja.

La morena sonríe ante su rechazo. Paso de ella y del desplante de Will, y decido centrar mi rabia en el juego para ganarle.

Empieza a acercarse gente que no tengo ni idea de dónde ha salido. Yo me centro solo en la partida y cuando veo a los mellizos, los saludo.

—Puedes romper tú, que estás lisiada; no quiero que nadie piense que me aprovecho de ti —me dice Will de manera sobrada.

—Hazlo tú. Mis puntos no me perjudican para nada, ya se lo he demostrado a Aaron mientras lo ganaba. No quiero que luego llores cuando te haga perder hasta con la mano herida.

Sus ojos azules brillan y siento que todo esto le divierte.

«Ni que yo fuera un mono de feria», pienso.

Empieza la partida y enseguida me doy cuenta de que es muy bueno y de que el más mínimo descuido por mi parte le dará la partida. Cuando llega mi turno, me exprimo al máximo para hacer una jugada perfecta. Me tiran un poco los puntos, pero es un dolor soportable que, como ya sabía, no me afecta al juego.

Y él hace lo mismo, pero, por suerte para mí, tengo en mi poder la victoria.

Miro mi objetivo. Sé cómo tengo que hacerlo para conseguir que la bola negra entre en el agujero indicado. Lo tengo fácil... Levanto la mirada un segundo, solo un momento, y veo ante mí, al otro lado de la mesa, a Will observándome de una forma que me pilla desprevenida. Por un segundo veo algo parecido a la admiración en sus iris.

Me quedo desconcertada.

Solo ha sido un segundo y tal vez lo he malinterpretado todo, pero lo peor es cómo he reaccionado. Ahora mismo tiemblo y esto no lo esperaba. No me gusta. No me atrae. No es mi tipo y por eso no comprendo por qué mi cuerpo tiene vida propia cuando lo tengo cerca.

Trato de concentrarme, tiro y... fallo.

Lo miro.

Will sonríe y, sin dejar de observarme un segundo, se agacha para golpear la bola negra. Su prepotencia me pone de los nervios y solo despega de mí la vista un segundo, el necesario para golpear la bola y ganarme al meterla en el agujero correcto.

La gente aplaude.

Will sonríe ganador.

—Bien jugado —digo tendiéndole la mano y una vez más no me la coge. La gente se ríe—. No tengo la peste, idiota.

Recojo mis cosas y me marcho de allí.

Los mellizos me siguen y no paro hasta que estoy cerca de la fuente de la plaza.

—Ha sido increíble —indica Damon—. No sabía que eras tan buena. Y Ashley estaba que rabiaba porque Will quisiera jugar contra ti. No le gusta perder su tiempo con nadie, ni tan siquiera para una partida de billar —me confiesa y ahora sé eso y que la morena se llama Ashley, la chica que se cree la futura novia de Will.

—No tendría que haber fallado —le respondo.

—Así serás una chica de los recados —dice Ashley, que no sé de dónde ha salido—. Lo único a lo que puedes aspirar.

—Tú a ser la niña de papá a la que le compran todo los caprichos. Yo al menos valoro el dinero y no lo malgasto en tonterías.

Ashley me mira desafiante. No entiendo que me tenga esta inquina. No tiene sentido, pero, como nada aquí lo tiene, hasta lo veo normal. Al mirarla a los ojos, me pregunto si ella estaba cuando me atacaron... No lo descarto. Es muy capaz... Y mis palabras cobran más sentido cuando sonrío, se me acerca y me empuja; me pilla desprevenida y caigo en la fuente.

—No te queremos aquí. Es mejor que la basura se quede lejos de este lugar.

Salgo de la fuente y busco mi móvil. Lo veo mojado y seguramente roto.

Voy hacia ella y la cojo del brazo.

Grita.

—Más te vale que me pagues el móvil y no quiero uno caro. Solo uno igual. —Se lo pongo en la mano.

Lloriquea con cara de asco.

—Ni de coña, bonita. Si no te gusta cómo son las cosas aquí, ya sabes dónde está la salida. Yo lo hago por el bien de todos. Ahora mismo soy una heroína. Tú solo traerás la destrucción a este sitio.

—Ahora mismo solo eres una cría. Lo que has hecho ha sido una chiquillada de preescolar y

no, no pienso irme, así que jódete, bonita.

Me marchó a mi casa pensando en la locura que es este lugar.

No es la primera vez que sufro acoso. Siempre he tenido claro que no iba a dejar que nadie me hundiera, que yo era más fuerte que los prejuicios de la gente por hacerme sentir inferior y diferente. Ahora mismo pienso lo mismo, pero todo esto solo me ha dado más ganas de saber por qué han llegado a este punto y desentrañar los misterios ocultos de este lugar. Es como si al hacerlo pudiera darles en la cara a todos los que esperan de mí lo peor.

La verdad nos hará libres... Yo quiero conocerla por lo mucho que parece que la temen aquí.

## Capítulo 9

*Will*

Voy hacia la casa de Andy, aunque no sé muy bien por qué. Lo que sí sé es que lo que ha hecho Ashley ha sido una chiquillada, pero ella es así. Los demás hemos crecido y madurado... bueno, tal vez yo y alguno de mis amigos, pero ella sigue haciendo las mismas tonterías que cuando estábamos en el instituto.

Solo la soporto porque mi madre es amiga de sus padres, como al resto...

Llego a casa de Andy y veo a Aaron en la puerta de esta dándole un móvil nuevo.

Toco el que yo tenía para ella en el bolsillo. Nadie sabrá que fui a buscar uno sin comprender muy bien por qué quería ser bueno con ella.

—Will —dice Aaron al verme aquí.

—Solo venía a recordarle a Andy que ahora es mi chica de los recados —indico quedando como el capullo que ella y todos creen que soy.

—No pienso faltar a mi pago —señala mirándome seria—. ¿Qué quieres de mí?

—Aparte de que te marches... —algo que quiero por lo que me provoca tenerla cerca—, que vengas mañana a mi casa antes de irnos a la universidad. Supongo que sabrás cuál es.

—Lo sé y allí estaré.

La miro un segundo antes de alejarme de allí. Lo hago al tiempo que oigo a Aaron hacer reír a Andy. Está claro que esa chica le gusta. Aaron siempre ha ido a contracorriente, nunca le ha gustado seguir las normas. A mí tampoco... pero algunos no tenemos la suerte de poder elegir nuestros pasos.

*Andrea*

Me tumbo en la cama con mi nuevo móvil. Me ha costado aceptarlo, pero Aaron ha insistido en que no lo usa. Una parte de mí pensaba que si era Alma Oscura querría poder seguir hablando conmigo.

Pienso en darle las gracias cuando voy a escribirle, pero no lo hago, porque quiere seguir con este misterio y me divierte seguirle el juego.

Aaron no me gusta, pero me cae cada vez mejor.

**Andy:**  
Buenas noches. ¿Qué tal el día?

**Alma Oscura:**  
Supongo que mejor que el tuyo. Has perdido al billar y te han tirado a la fuente de la plaza...

**Andy:**  
Sí, he tenido un día completo.  
Por cierto, ¿dónde puedo encontrar el libro de Voces del pasado?

**Alma Oscura:**

Ya te dije que era difícil de encontrar; de hecho, nadie ha visto ningún ejemplar.

**Andy:**

Pero sale una foto en internet...

**Alma Oscura:**

Cómo apareció esa foto ahí es todo un misterio. ¿Para qué lo quieres?

**Andy:**

Este pueblo me quiere fuera porque les inquieta mi presencia al ser una extraña. He pensado regalarles el libro que desentrañe la verdad y les dé realidad a las maldiciones para que vean que, tras todo misterio, hay una explicación lógica.

**Alma Oscura:**

No seas tan buena y deja las cosas en paz. Es mejor que se acostumbren a ti, no les des más motivos para quererte fuera. ¿Te has olvidado de cómo acabaste la última vez? Va a quedarte una buena cicatriz en la mano para recordártelo.

**Andy:**

Yo decido qué pasos quiero dar. Nadie decide por mí.

**Alma Oscura:**

Tú lo has dicho. Eres libre. No dejes que secretos que no son tuyos te aten a este lugar.

**Andy:**

Tal vez quiera hacer de este sitio mi hogar.

**Alma Oscura:**

Yo no. Si pudiera, me iría lejos y no volvería.

**Andy:**

Yo sé lo que es volar sin tener hogar. Al final, te cansa no tener un sitio al que regresar y que nunca cambie, aunque sé que eso lo siento cada vez que estoy al lado de mi hermano. Él es mi puerto seguro y mi hogar esté donde esté.

**Alma Oscura:**  
Eso es cierto.  
Las personas valen más que todo lo demás.  
Por eso mismo, vive tu vida sin más.

**Andy:**  
Me encanta desenterrar secretos,  
pero... tal vez tengas razón.

**Alma Oscura:**  
La tengo. Que tu vena de buscadora de  
tesoros se esté quieta esta vez.

**Andy:**  
Tal vez... Me voy a dormir. Buenas noches.

**Alma Oscura:**  
Buenas noches.

Registro la casa donde vivo como si necesitara una señal para desentrañar tantos misterios, pero me voy a la cama sin encontrar nada y sabiendo que tal vez los que me avisan tienen razón. Es mejor que deje el pasado en paz. Este no es mi lugar ni mi problema. Dudo que mi padre aguante mucho sin liarla y tener que salir corriendo; ya debería saber que no debo encariñarme de un sitio ni disfrutar mucho de él, porque pronto estaremos lejos.

El mayordomo de Will me deja pasar a la casa y me dice que lo espere en el salón pequeño.

Me acompaña y de camino veo lo ostentoso de este lugar. No está decorado con gusto, está decorado para que la gente, al mirarlo, sepa que les sobra dinero a raudales.

Me agota ver tantas paredes llenas de cuadros de pintores famosos... Hay tantos y tan mal puestos que casi ni se aprecia el arte.

Llegamos al salón que se supone que es pequeño y que para mí es más grande que muchas de las casas en las que he vivido. Está, como ya esperaba, lleno de objetos y las paredes, repletas de cuadros. Hay una vitrina que contiene objetos viejos y antiguos.

Voy hacia ella cuando el mayordomo me dice que el señorito William no tardará en llegar.

«Por mí como si se pierde en este *casoplón* y no viene», pienso.

Me fijo en que hay varios fósiles, un jarrón medio roto muy antiguo y un trozo de roca donde se puede apreciar el paso de los carros en la antigüedad. Trato de abrir la vitrina para tocar esta parte de historia, pero no puedo.

—Cuidado, que si los robas te denunciaré —me dice Will tras de mí antes de coger una llave escondida arriba y abrir la vitrina—. Es broma. Es lo que menos vale de esta casa.

—Lo dudo. Estas piezas contienen historia.

—Coge la que quieras.

Me sorprende su ofrecimiento y lo miro un segundo antes de elegir.

Va vestido impecable, con un polo de marca azul claro y una chaqueta. Parece un niño pijo sacado de una de esas revistas donde las madres eligen la ropa para sus hijos. El pelo, rubio, lo



lleva hacia atrás y se nota que acaba de ducharse porque todo huele al jabón que usa y a su perfume. Es lo que más me gusta de su atuendo, porque tiene una personalidad que parece más propia de alguien que desafía las normas y que no va como el resto de sus amigos.

Me giro hacia la vitrina y cojo el trozo de roca pasando los dedos por la marca que han debido de hacer mucho tiempo atrás los carros de caballos.

—Cuando veo algo así, siempre me pregunto adónde iban, qué pensarían y si serían conscientes de que sus acciones dejaban una marca imborrable en la piedra a la espera de que muchos años después alguien la estudiara.

—No creo que lo hicieran. El hombre solo piensa en el ahora, no en lo que sus actos pueden hacer a largo plazo. Si no, solo hay que ver el mar lleno de mierda o cómo estamos acabando con cientos de especies por nuestra codicia. Tal vez dentro de unos años los que van a padecer las consecuencias miren nuestro legado y digan que por nuestra culpa tienen una vida de mierda.

Me gusta su reflexión y hace que sonrío.

—Opino como tú. ¿Estos tesoros los has encontrado tú?

—Sí, y ahora vámonos o llegaremos tarde.

—No tienes que cargar conmigo, podríamos habernos visto allí.

—¿Y arriesgarme a que llegues tarde y no puedas cumplir mis deseos?

—¿Cómo puedes pasar de ser un chico profundo a un capullo en un segundo?

—Es una de mis cualidades —me contesta con una media sonrisa.

Bufo y se ríe.

Vamos hacia el garaje y me lleva hacia un moderno coche negro. Me fijo en que aquí solo hay coches de grandes marcas.

—Por tus ojos veo que mi cochazo no te impresiona.

—¿Esperas que toda esta riqueza me impresione? A mí solo me parecen objetos sin valor que, oye, tal vez si viajo en el tiempo y pasan a ser antigüedades puedan llegar a llamarme la atención. Pero si necesitas que flipe con tu coche para mantener tu ego intacto, me pongo a chillar como una loca.

—No lo necesito. Sé que es un buen coche, no necesito que nadie me baile el agua.

—Habló el que va vestido como el maniquí de una tienda de ropa cara.

—Mejor ir con ropa de hace años.

—Por supuesto. Mira este roto —le digo tocándome un agujero que mi pantalón tiene debajo de la rodilla—. Me lo hice tras perseguir a un idiota que le robó el bolso a una vieja. Al llegar a él y tirar del bolso, me caí y se me rompió el pantalón. El hombre se cayó también y los que pasaban por ahí lo sujetaron. Así la policía pudo pillarlo. La mujer recuperó su bolso con la pensión de ese mes; si no, no habría tenido para comer. Me llevó a su casa, me arregló el pantalón y me dio de merendar unas deliciosas galletas de mantequilla hechas por ella. Así que, cuando miro mi roto, pienso en esa mujer.

—Muy bonito y... patético —dice y me hace mirarlo con rabia—. ¿Ves este bolsillo de aquí? Pues cuenta la historia de un chico al que le importan una mierda todas esas chorradas. Ahora, si has dejado las historias lacrimógenas arranca sonrisas, entra y vámonos.

Lo miro con rabia y me marcho pero del garaje.

—¡Que te den! Ya nos veremos en la universidad, paso de pasar más tiempo del necesario a tu lado. Yo no te he contado eso para darte pena... Pero tú nunca entenderás el significado de una

batalla vivida. Ojalá te atragantes con el betún de tus zapatos de niño bonito.

Me marchó sabiendo que he perdido el autobús y que llegaré tarde. No sé cómo este chico se soporta a sí mismo. Tiene de guapo lo que tiene de idiota.

¡No lo soporto!

# Capítulo 10

*Will*

Entro a la cafetería con Iván. Por suerte, Roman se ha ido a hacerle la pelota a Aaron y no tengo que soportar sus tonterías durante un rato.

Busco a Andy, por si estuviera aquí, y la veo al fondo tomando notas de algo que lee en el móvil.

—Vamos hacia allí. Voy a presentarte a alguien.

—¿Tú haciendo amigos nuevos? Lo dudo —ironiza Iván.

—Digamos que no somos amigos.

—Vamos, que has desplegado tu encanto natural y no quiere saber nada de ti.

—Ya sabes que me cuesta un poco confiar en la gente.

—¿Un poco? Eres impenetrable. —Iván mira a Andy justo cuando esta nos ve acercarnos y su gesto cambia de tranquilo a enfadado—. Acaban de matarte con la mirada. ¿Qué le has hecho?

—Se lo cuento—. ¿De verdad necesitas una asistente?

—Una apuesta es una apuesta. Yo habría cumplido si hubiera perdido.

—Tú nunca pierdes.

—Si ella no se hubiera distraído por un segundo, me habría ganado aun con la mano mal.

—Joder, pues ya tiene que ser buena jugando al billar.

—Lo es, pero yo tuve la suerte de mi lado.

Llegamos a donde está sentada Andy y me siento frente a ella.

—Hola, me llamo Iván. Soy uno de los pocos amigos del ogro —dice señalándome.

Andy le estrecha la mano.

—Andy, y sí, es un ogro. ¿Cómo lo soportas?

—Me cuesta mucho... —bromea—. Deja de ser así cuando lo conoces de verdad. Le cuesta confiar en la gente.

—No hace falta que me hagas bueno ante ella, no vamos a ser amigos. Solo será mi asistente durante un mes.

—Y supongo que has venido a pedirme algo... —me dice Andy.

—Claro. Tráenos unos cafés y algo para comer. —Le dejo el dinero sobre la mesa.

Andy lo coge con mala cara y se marcha a hacer cola.

—Te odia —dice Iván—. Creo que es la primera vez que una tía te mira así y no hace oídos sordos a las estupideces que sueltas por lo bueno que estás. Es refrescante y voy a divertirme un montón.

—Puede estar fingiendo.

—Tú y tu desconfianza. Te vas a quedar solo como sigas así.

—Prefiero eso a estar rodeado de mentirosos.

—Estás rodeado de mentirosos y pelotas...

—Sabes por qué lo hago y ellos no son mis amigos, solo la fachada que me da la libertad.

—Lo sé... pero Andy parece diferente. Tal vez te sorprenda, como te pasó conmigo.

No le digo nada y observo que Andy pide nuestros cafés y algo para comer. Al poco regresa

con la bandeja y la lleva con gracia, lo que me hace suponer que tal vez ha trabajado como camarera.

Deja la bandeja y, como si trabajara aquí, nos sirve los cafés. Me sorprende al ver que ha acertado con lo que me suelo pedir; un café doble muy cargado con poca leche y a Iván uno con leche y mucha espuma. A Iván le ha puesto dulce y a mí salado.

—¿Por qué yo salado?

—Intuición.

—¿Has trabajado de camarera? —le pregunto cuando se sienta.

—Sí —me responde dejando las vueltas del dinero sobre la mesa.

—Muchas gracias, Andy —le dice Iván—. Me pierde el dulce.

—Me alegra haber acertado. Se nota que no necesitas el amargor del café para fastidiar la vida de la gente.

Iván se ríe.

Yo observo a Andy, que me mira desafiante.

—¿Puedo irme o necesita algo más el señorito?

—Quédate, anda —le pide Iván partiendo su dulce—. Podemos ignorarlo mientras hablamos y compartimos este bollo.

—No quiero, gracias.

—Estás muy delgada y dudo que seas de las que lo hace porque evita engordar —le dice mi amigo.

—No lo quiero. Gracias —dice Andy seria.

Iván la mira a los ojos y lo envuelve en una servilleta.

—Pues para luego. Está muy bueno y no lo hago por caridad, lo hago porque nos ha invitado aquí el agarrado y hay que aprovecharse.

Andy se relaja dejando claro que se sentía ofendida por si Iván estaba dándole la comida porque, viendo su ropa, pensaba que no tenía para comer. Es cierto que está muy delgada, pero no creo que sea por falta de comida. Creo que es más bien porque la ropa le queda tan ancha que confunde a la gente.

Andy coge el dulce y lo prueba.

—No está mal, pero a mí me salen mejor los dulces —dice sincera.

—Por favor, si haces uno, tráeme.

—Lo haré; cuando estoy cabreada o molesta, cocino bizcocho y últimamente hago muchos. Sobre todo cada vez que lo tengo delante —indica mirándome.

—Míralo por el lado bueno —digo—, mi presencia hace que te salga dulce por las orejas. Luego no podrás decir que tenerme a tu lado no te hace tirar azúcar por las orejas.

—¿Cómo puedes ser amigo suyo? —le pregunta a Iván.

—La verdad es que tuve suerte de encontrarlo.

—No lo cuentes —le pido serio a Iván.

—Claro que sí. Es que odia que la gente vea que tiene corazón —me pica.

—Y a ti te encanta joderme.

—La verdad es que sí. —Andy le sonrío a Iván y me gustan los hoyuelos que se le forman cerca de la boca. Cuando sonrío, parece más inocente, más dulce...—. Iba a robarle la mochila que se dejó... —me mira y niego con la cabeza imperceptiblemente— por ahí olvidada. Me pilló

y, tras mirarme de manera asesina, me preguntó que si iba a devolverla. Le dije con sinceridad que no. Me preguntó que para qué la quería. Le confesé muy avergonzado que necesitaba el dinero para mi madre, que estaba enferma y necesitaba comida caliente...

—Por tu cara ya sé que me dirás que te ofreció el dinero.

—Sí, pero trabajando para él. Creo que, si no, yo no lo habría aceptado. Era la primera vez que robaba y lo hacía entre lágrimas, pero mi madre es lo más importante de mi vida... Tenía tanto miedo de que por falta de comida se muriera, que me daba igual todo lo demás.

—¿Está bien tu madre?

—Ahora sí. Mi padre consiguió también trabajo en una de las empresas de Will y con los dos sueldos dejamos de tener problemas de alimentación, y mi madre se recuperó. Ella se quitaba de comer para que a mí no me faltara de nada.

—Sé lo que es eso. Mi padre lo hacía cuando era necesario hasta que me di cuenta y empecé a obligarlo a comer la mitad de mi comida. Es muy duro.

Iván y Andy se miran a los ojos y se comprenden. Se entienden y se avergüenzan a partes iguales por contar esto de su vida. Yo siempre lo he tenido muy fácil en ese sentido, pero eso no me hace ser ajeno a estas cosas.

Miro a Andy y me entra la duda de si lo que cuenta es verdad o quiere dar lástima. Estoy pensando en eso cuando me mira y ve la insensibilidad en mis ojos.

Por un segundo odio ser así, tan desconfiado, pero la vida me ha hecho de este modo.

Yo siempre he tenido un plato de comida en la mesa y desde niño cientos de personas me han adorado por ser quien soy y por tener dinero. Siempre he tenido un amigo falso a mi lado y cientos de personas que han querido aprovecharse de mí. No pienso cambiar. Hace años que aprendí que lo mejor era ser desconfiado. Así se sufre menos cuando te la pegan los que parecen buenos. Además, mi padre se tomó muchas molestias para que no lo olvidara...

## *Andrea*

Iván me cae bien enseguida. Es de esas personas a las que miras a los ojos y ves que son todo corazón. Cuando me ha contado lo que le pasó, he visto la vergüenza en sus ojos al relatarlo y también que lo ha hecho para que vea que Will no es tan malo como quiere pintarse.

Will no habla mucho, solo nos mira. Me ha sorprendido que a Iván y a su padre les diera trabajo y no soltara el dinero sin más. Eso me hace ver que es más empático con lo que le rodea de lo que quiere hacer ver.

Voy hacia la siguiente clase e Iván se despide de nosotros.

—Yo no soy tan perfeccionista como Will y prefiero aprobar y pasar de curso, aunque sea con un seis.

—Los hay conformistas en la vida —lo pica Will.

—O los hay que valoran más otras cosas que la perfección, porque esta no existe. Buscarla es una quimera.

—O no, porque yo soy perfecto —dice Will sobrado—. Vete o llegarás tarde. Aprende a vivir sin mí unos minutos.

Iván se ríe y Will deja esa seriedad que lo acompaña siempre, y sus ojos azules parecen más cálidos, pero en cuanto me mira, recupera la seriedad.

Entramos a clase y nos sentamos juntos al final.

Estar cerca de él me pone nerviosa. Me dan ganas de alejarme al tiempo que siento la necesidad de no hacerlo nunca... Eso es algo que me tiene inquieta; ahora mismo no me comprendo. No quiero estar a su lado, no me gusta, me cae mal... No debería mirarlo de vez en cuando en busca de algo más. No debería...

Lo observo coger notas cuando la clase empieza y su perfecta letra es clara y legible. Ya lo vi en los apuntes que me dejó.

Will me desconcierta, porque, al mirarlo así vestido, parece disfrazado. La ropa le queda genial, pero... algo en él no me encaja.

Se gira y me observa. Pienso en apartar la mirada, pero se la aguanto un segundo.

Me pierdo en sus ojos azules, que, como siempre, están recelosos. Mi respiración se agita... No me gusta cómo reacciona mi cuerpo a él.

—Sé que estoy muy bueno, pero... ¿puedes dejar de mirarme?

—Estás muy bueno —admito—, pero no me gustan las carcasas vacías. Me atrae más la inteligencia de un hombre que sus músculos.

—Ya, claro. Eso piensan todas. —Mira hacia delante y vemos a dos compañeras que se lo comen con la mirada—. La que quiere meterse en mi cama no piensa en si soy más o menos listo. Solo quiere correrse sobre mi fibroso cuerpo.

—Eres un bruto.

—Soy sincero y eso conlleva decir las cosas sin filtro.

—No todas somos como ellas...

—Ya, claro, por eso tú no puedes dejar de mirarme...

—Creo que ellas te miran porque no han tenido la suerte de escucharte hablar y saber que, en cuanto abres la boca, toda la belleza que tienes se esfuma.

—Qué suerte la tuya, que conoces mi verdadera cara.

—Dudo que la conozca.

Me mira un segundo y parece que hasta sonrío.

—No me conoces en absoluto y ahora, ¿quieres prestar atención a clase? Yo ya me la sé de memoria, pero tú no tienes la suerte de poseer mi inteligencia.

—Ni de ser tan irritante. Tienes la suerte también de eso.

Me parece ver que Will sonrío con mi comentario. Sigo la clase y evito prestarle atención. Lo mejor es pasar de él. Hacer como que no existe.

# Capítulo 11

*Andrea*

—¿De verdad tienes que llevarla? —pregunta Ashley cuando nos ve a Will y a mí ir hacia el coche de este con cara de asco.

Esta es la típica persona que no cambia nunca, que da igual donde vaya, siempre será igual, y no es un halago.

—Una apuesta es una apuesta.

—Voy con vosotros —dice yendo hacia el coche.

—No —le responde Will tajante y Ashley se detiene.

—Adiós, bonita —la pico antes de entrar al coche.

Veo la rabia en sus ojos y me siento un poco triunfadora por hoy.

No soporto a las personas como ella, que se creen que por ser guapas y tener dinero pueden conseguir todo lo que quieran.

—Ten cuidado con Ashley —me señala Will una vez que pone el coche en marcha y nos alejamos de aquí.

—He conocido a cientos de personas como ella, no me da miedo. Que tenga cuidado conmigo, porque, al contrario que ella, yo no sigo unos patrones de personalidad establecidos. Soy impredecible.

—Por eso, mientras lo dices estás retorciendo tu mochila. Te afecta que te trate mal, pero quieres creer que puedes con todo. —Lo miro. Está centrado en la carretera y aun así se ha dado cuenta de ese detalle. Suelto la cartera—. Haz lo que quieras. Solo trataba de darte un consejo.

—Dudo que sea bueno, porque los dos sabemos que no nos soportamos.

—No confío en nadie ni soporto a nadie. No es nada contra ti, no te sientas tan importante.

—No te sientas tan importante —repito imitando su dura voz.

Lo observo y veo que emite una pequeña sonrisa que me desconcierta.

Hacemos el resto del camino de vuelta en silencio.

Me sorprende cuando vamos a una biblioteca. Pensaba que iríamos al pueblo.

Aparca y lo sigo adentro. Se para en la máquina y compra algo de comida y bebida. Lo lleva hacia el final de la biblioteca y lo deja sobre la mesa.

—Tengo que mirar unos libros —me dice—. Si te apetece, puedes quedarte y aprender del mejor.

—¿No puedes decir simplemente quédate y te ayudo con lo que sé?

—Umm... No.

—Idiota. —Dejo mis cosas sobre la mesa y, sin que me dé permiso, cojo algo de beber y de comer—. Esto por soportarte.

—Era para ti de todos modos. No soy un inhumano.

—Lo dudo —digo con la boca llena de comida.

No responde. Mejor.

Saca algunos libros y veo que son muy buenos. Me los anoto para poder revisarlos otros días que no vaya con él. Lo veo tomar notas y hacer fotos a los libros.

—¿No tienes dinero para comprarlos?

—Sí —dice sin más.

—¿Y por qué no los compras?

—De hecho, son míos.

—¿Cómo?

—Esta biblioteca es de mi familia. He recopilado la mejor selección de libros de arqueología del mundo y los dejo aquí para que la gente que quiera estudiar e informarse los use igual que yo.

—Ah...

—Sigo siendo un capullo. Esto solo lo hago porque soy muy bueno en todo lo que hago e hice la mejor recopilación, no por nada altruista.

—Y yo que empezaba a pensar que hasta tenías corazón y todo...

Will emite otra pequeña sonrisa ladeada. Estoy acostumbrándome a ellas.

Miro los libros mientras como algo y tomo notas. Estamos casi toda la tarde. Es raro, porque Will me tensa desde que lo vi y, sin embargo, el tiempo a su lado se me pasa volando. Por extraño que parezca, hasta me siento cómoda; tal vez porque no espero nada de él.

Regresamos al pueblo y me sorprende cuando me lleva directo a mi casa. Para en la puerta y sale para mirar mi hogar.

—Esta casa estaba deshabitada y de repente la habilitan y aparecéis vosotros. Alguien tenía mucho interés por que todo estuviera perfecto cuando llegarais.

—Sophie es la casera.

—No lo es. Es lo que os han hecho creer. —Me sorprende esta afirmación—. Nadie sabe quién es el dueño de este lugar, solo quién lo habitó hace años.

—¿La mujer que sedujo a tu familiar y lo hizo enloquecer de amor, lo que provocó que la gente perdiera su trabajo?

—Es lo que se cuenta. Sí... La última fue ella. Se llamaba Joanna Spark.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque sé que eres curiosa. Lo mismo encuentras un agujero secreto, te cueles por él y desapareces para siempre.

Me río.

—¿Por qué me has contado esto? La verdad.

Will me mira. Sus intensos ojos azules parecen más misteriosos que nunca.

—Porque no creo en las casualidades. Alguien quería que vosotros estuvierais aquí. Ahora quiero saber por qué y tal vez tú lo descubras y sacies mi curiosidad. Me gusta desenterrar secretos.

—Y por eso no sabes la verdad de lo que pasó en este pueblo, solo lo que cuentan.

—He tratado de buscar la verdad. Hasta intenté entrar en el pueblo cercado por el muro... No lo intentes si no quieres morir. Hay un foso lleno de estacas de madera esperándote al otro lado. Alguien se tomó muchas molestias para que la verdad quedara enterrada para siempre.

—Con esto que me dices solo me dan ganas de ir y ver la forma de entrar.

Will se ríe.

—Descubre primero por qué estáis aquí y el resto déjalo. No es tu pueblo ni son tus raíces. Nos vemos mañana en mi casa a la misma hora que hoy. No tardes.



Se monta en el coche y me deja con la intriga.

Entro en la casa tras verlo alejarse con el coche. Me desconcierta. Hoy solo le he servido un café y ya está. La apuesta no incluía que tuviéramos que soportarnos o hacernos compañía. No sé qué esperar de él.

Oigo a mi padre en la cocina. Está cocinando y solo de pensarlo se me hace la boca agua. Mi padre cocina poco, pero, cuando lo hace, es una delicia.

—Hola, papá.

—Hola, hija. ¿Qué tal tu día?

—Un asco, pero he sobrevivido. —Me sonrío—. Una pregunta... ¿Quién te contrató? ¿Fue Sophie?

—Eso creía hasta ayer —me dice mi padre—. Pero cuando fui a darle el recibo de la reparación de la ventana, me dijo que ella solo había sido la intermediaria. No es quien me encontró el trabajo y me preparó la casa. Hasta ahora le había dado igual que creyera que sí lo era.

—¿De verdad? ¿Y quién fue?

—No lo sabe. Es todo un misterio.

—¿Y no te molesta no saber quién te buscó, te dio un trabajo tan bueno y nos trajo a este pueblo de mierda?

—No, porque mi hija estudia la carrera que quiere, esta casa es la más grande que hemos tenido nunca y podemos ahorrar un poco al no tener que pagar alquiler. No me importa, Andy, mientras esto nos dé un respiro. Además, este pueblo no está tan mal.

—Yo quiero saber la verdad.

—No la busques, no vaya a ser que no nos guste y tengamos que salir corriendo, y esta vez no sea por mis líos de cama.

—¿Y aceptar todo esto sin más?

—Sin más no. Tú estudias y yo trabajo. Nos estamos ganando estar aquí y, por si fuera poco, tenemos que soportar a una panda de locos. Déjalo estar. No quiero salir corriendo esta vez.

Miro a mi padre. Sé que piensa que tal vez sea una de sus examantes y teme que, si lo descubrimos, ella quiera algo más y tengamos que huir.

Asiento, porque la verdad es que yo tampoco quiero irme de aquí.

Tras cenar me meto en la cama y, como viene siendo habitual, escribo a Alma Oscura:

**Andy:**  
Buenas noches. ¿Qué tal tu día?

**Alma Oscura:**  
No ha estado tan mal como esperaba.

**Andy:**  
Eso es bueno. Yo me acuesto con una gran curiosidad.

**Alma Oscura:**  
¿Cuál?

**Andy:**

Quién contrató a mi hermano y por qué. Mi hermano no lo sabe y no lo quiere saber, dice que si lo supiéramos tal vez tendríamos que irnos.

**Alma Oscura:**

Entonces hazle caso y no hagas nada.

**Andy:**

¿Tú lo sabes?

**Alma Oscura:**

No, pero desde que Sophie dijo ayer en la plaza del pueblo que ella no tenía nada que ver, la gente anda nerviosa. Esa casa lleva muchos años cerrada.

Sophie llevaba muchos años tras ella para comprarla. Cuando se hizo pasar por vuestra casera, todos creían que lo había conseguido al fin; fue profesora en la universidad, por lo que tiene contactos que podrían haber contratado a tu padre. Pero no es así y no sabe quién le pidió que hiciera de intermediaria. Lo hizo solo para ver si así le vendían la propiedad al descubrir al dueño. Parece ser que, una vez más, se han negado y eso le ha molestado.

Puede ser alguien cercano a Joanna Spark, la mujer por la que este pueblo cayó en desgracia, pero ella murió sin descendencia y no se sabía nada acerca de su procedencia ni por qué estaba aquí.

Lo que está claro es que no saberlo los pone a todos muy nerviosos...

**Andy:**

Siento que si investigo tendré que irme de aquí y no quiero perder la oportunidad de estudiar la carrera que siempre he soñado. Por esta vez, tengo que dejarlo pasar.

**Alma Oscura:**

Es lo mejor. A menos que quieras irte.

**Andy:**

De momento, no... De momento, estoy bien aquí.

## Capítulo 12

*Will*

Andy llega puntual. Lleva sus eternos vaqueros y, aunque no son los mismos del día anterior, siguen quedándole grandes por el uso y con muchos desgastes. Lleva una camiseta de media manga azul que resalta sus ojos, y la antigua mochila de cuero cargada al hombro.

Estoy en la cocina tomándome un café recién hecho.

—Te he preparado un café. Tú supiste cómo me gusta el mío... A ver si yo he acertado.

Que supiera que me gusta solo y sin leche me sorprendió mucho; quería demostrarle que solo había sido una casualidad. Le he preparado un café corto de leche intuyendo que le gusta no perder del todo el sabor amargo del grano.

Andy lo prueba y le echa más leche.

—Me gusta menos fuerte, pero gracias por el detalle.

Que haya fallado me molesta y me hace preguntarme si he fallado o está engañándose. No confío en ella. No me fio de nadie, pero de ella, menos.

—Me sobra y no quería tirarlo.

—Me da igual que sean sobras, lo estoy disfrutando, por mucho que te fastidie no haber acertado —me dice adivinando mis pensamientos.

Me callo porque, por una vez, no sé qué decir, molesto porque con tan poco tiempo haya sabido leer tan bien mis pensamientos.

No me gusta que nadie vea lo que oculto.

—Vamos, que llegamos tarde —la apremio cuando veo que ha terminado.

Recoge la taza y la deja en el fregadero.

Yo suelo hacer lo mismo. No me gusta que nadie me vaya detrás. Hoy no lo hago porque ella está mirando a la espera de que lo haga. Vamos hacia mi coche y entramos.

Al salir del garaje, me encuentro con Roman esperándome.

Me hace bajar la ventanilla.

—¿Me llevas? —me pide.

Pienso en decirle que no, que se busque la vida, pero al final asiento y lo dejo entrar.

Andy se tensa dejando claro que Roman no le gusta. Yo tampoco le gusto, por lo que no tiene que estar muy cómoda ahora mismo.

Roman empieza a hablar y a contar chorradas.

Andy saca los cascos de su mochila y, tras conectarlos al móvil, se pone música. Lo hace a un volumen que deja claro que no quiere saber nada de nosotros ni oír nada.

—Esta chica es muy rara.

—Pues pasa de ella.

—No puedo. Está muy buena. Cuando Ashley la tiró a la fuente se vieron las pedazo de tetas que tiene...

—Eres un cerdo.

—Ya, eso ya lo sabes. Me niego a creer que no te fijaste.

Me fijé como todo el mundo, pero porque era algo evidente, no porque disfrutara mirándola

como un cerdo, como seguro que hizo Roman.

—Recuerda que puede traerte mala suerte —le digo sabiendo que eso lo alejará. Roman es muy supersticioso.

—Ya, tío, por eso no he ido tras ella... Pero siempre puedo recordar una y otra vez su par de tetas...

—Ahórrate esos comentarios delante de mí.

—A veces pareces gay.

—Si lo fuera, lo diría.

—Solo es una mujer...

—Y merece el mismo respeto que los capullos como tú. Si vuelves a insultarla así a ella o a otra mujer, paro el coche y te bajas. Las mujeres no son trozos de carne, pedazo de idiota.

Roman se calla al fin y durante el resto del viaje no abre la boca.

No lo soporto y no me gusta cómo habla de las mujeres. Su padre es igual, y repite los mismos comentarios que ha escuchado toda la vida. Para nadie es un secreto que su padre le pone los cuernos a su madre cada dos por tres y esta no dice nada.

Yo nunca soportaría una infidelidad, porque si alguien estando contigo se va con otra persona, es que no te quiere, por mucho que luego te cuente que al hacerlo se dio cuenta de que te quería... No me lo creo.

Lo dejo en donde ve a sus amigos y me voy a otro sitio a aparcar para estar lo más lejos posible de ellos por un rato.

En cuanto se baja, Andy se quita los cascos y me observa.

—Menudo imbécil. Odio cuando hablan así de las personas, ya sean hombres o mujeres; todos merecemos un respeto.

—¿Estabas haciéndote la sorda? —le pregunto con una media sonrisa.

—Claro, no sabes lo que se aprende cuando la gente piensa que no estás escuchando. Gracias por defenderme... —Abro la boca para hablar—. No hace falta que añadas que no lo has dicho por mí, que lo harías por cualquiera; sé que no soy importante para ti. Ahórrate decírmelo mil veces.

—Iba a decir que de nada. —Es mentira, pero me fastidia que me lea tan bien—. Hoy no te necesito. Te doy el día libre.

Salgo del coche y espero que ella haga lo mismo.

—Gracias por librarme de tu presencia.

Se marcha y la veo irse justo donde está Aaron, al que no ve hasta que este se le pone delante y Andy le sonrío... como una tonta. ¿Acaso le gusta?

Me quedo más rato del que debería viendo cómo hablan y cómo la mirada de esta se dulcifica en presencia de mi amigo. No sé si le gusta o no, pero está claro que a su lado no saca a relucir su lado más serio como hace conmigo.

Tal vez quiera algo de Aaron y por eso cambia... Seguramente será eso. Nadie hace nada por nada.

*Andrea*

Me ha gustado mucho tener el día libre sin Will.

Lo he visto en clase, pero se ha puesto en primera fila para evitar sentarse a mi lado. ¡Qué

tranquilidad! Me gustaría decir que no lo he seguido con la mirada, que no he sido consciente de cuando se ha ido o de cuando nuestros caminos se han cruzado en la cafetería sin que ninguno mirara al otro... Me encantaría decirlo, pero... me mentiría. Saber que soy tan consciente de él me pone nerviosa. No me entiendo. No me gusta lo que mi subconsciente está haciendo. Es como si se hubiera separado de mí y fuera por libre. No tiene sentido que reaccione así por alguien como Will.

—Te invito a comer —me suelta Aaron nada más verme tras mi última clase.

—No hace falta que me invites, puedo pagar mi parte.

—Otro día me invitas tú donde elijas. Hoy lo elijo yo.

—Vale.

Aaron sonrío y me guía hasta su coche.

Llegamos a su coche, que está cerca del de Will, justo cuando este también lo hace.

Will alza la cabeza y me mira con mucha intensidad.

Hago lo mismo, perdida en sus ojos azules, en esos en los que cada día, aunque no quiera, encuentro más secretos escondidos. Una parte de mí quiere desenterrarlos; otra, la racional, sabe que es mejor alejarse como he hecho con los misterios del pueblo donde vivo. Hay descubrimientos ocultos que no son para mí.

Aparto la mirada y me centro en Aaron, que sé que es mi amigo de los mensajes: Alma Oscura. Cada vez tengo más claro que es él.

Me lleva a un restaurante que está decorado como si fuera un taller de motos y lo observo sorprendida.

—¿A que esperabas un lugar pijo? —me pregunta divertido y asiento—. Tengo mi lado de malote —dice señalando sus tatuajes del brazo derecho, que le llegan a la muñeca.

—Sí, esperaba un lugar pijo y llevar tatuajes no te hace ser un malote —le indico sacando la lengua—. Así puedo invitarte a mi casa sin sentirme mal por no ir a un sitio caro.

—Acepto esa invitación y seguro que tu comida está mejor que ninguna, pero esta no está mal. Descubrí este lugar por internet. Lo recomendó un amigo mío en su Instagram y vine seducido por las fotos de comida que subió. El dueño tenía un taller de motos, pero se rompió una pierna y le recomendaron no seguir trabajando si no quería empeorar su recuperación. Su hijo, que había estudiado para ser chef, cogió su afición y la de su padre y creó este lugar único.

—Pues hizo muy bien —respondo.

Nos sentamos cerca de la puerta, donde pueden verse varias motos aparcadas. Las hay de todo tipo, desde modernas hasta antiguas reformadas. No entiendo mucho de motos, la verdad, pero algo sí sé por las películas que ve mi padre. A él le encantaría este sitio.

Hago fotos y se las mando al móvil con la dirección, para que venga un día.

Me responde enseguida para decirme que son una pasada y que si estoy sola para acercarse en ese momento.

Le digo que no y me indica que use precaución.

Me pongo roja como un tomate y me cuesta mirar a Aaron por culpa de mi padre.

La verdad es que Aaron es muy guapo, pero al mirarlo no siento nada. No hay fuego ni mariposas ni tranquilidad... Soy de las que piensan que el amor te trae una gran explosión de emociones y la tranquilidad de saber que estás al lado de la única persona que, al mirarte a los ojos, sabe comprender cada parte de tu alma, y eso te da tranquilidad, porque puedes relajarte y

ser tú mismo dentro de la ebullición que estalla dentro de ti a su lado.

Por Aaron solo siento amistad.

—¿Te gustan las motos, entonces? —le pregunto.

—Mucho, tengo un par de ellas que conduzco a menudo. ¿Qué tal tienes la mano? —La coge y mira los puntos, que ya se me están cayendo.

—Bien, por eso he decidido dejar los puntos al aire. No es el primer corte que tienen que coserme.

—Vamos, que has sido guerrera.

—No, odio las peleas. Por eso mismo, cuando veo una injusta, me meto en medio a separar. No sé estarme quieta ante las injusticias.

—Pues has venido al pueblo indicado. Ya te habrás dado cuenta de que en muchos aspectos no han evolucionado. Sobre todo mentalmente.

—Eso he visto. Pero he decidido dejar de investigar, aunque me cuesta no hacerlo y no saber quién nos trajo aquí y por qué.

—Lo he oído, no se sabe quién lo hizo y todos creían que era Sophie quien había comprado la casa. Yo no sé quién es, pero tal vez la verdad un día nos estalle a todos en la cara.

—No creo que sea para tanto.

—No se sabe.

—Solo es un trabajo y una casa vieja...

—Donde se dice que se paseaba el fantasma de Joanna...

Me entra la risa.

—Los fantasmas no existen, solo son cuentos para asustar a la gente o para atraer turistas. Yo creo que vuestro pueblo solo trata de asustarme para que lo suba todo a redes y crear así más misterio para los turistas que vienen, a los que, por cierto, se les atiende estupendamente y les venden de todo, no como a mí.

—Puede ser. Yo dejé de buscarle sentido hace años y no, no creo en los fantasmas, pero muchos, sí.

—Bueno, pues si me la encuentro por la noche, la invito a un café y le pregunto por la verdad de todo —bromeo.

Aaron sonrío.

—Al final, acabará gustándote nuestro pueblo a pesar de sus rarezas.

—Lo dudo, porque el pueblo me gusta, el misterio me encanta, pero no soporto a las personas que prefieren juzgar o dejarse llevar por engaños antes que conocer a las personas nuevas que llegan a su vida.

—Lo nuevo siempre da miedo, porque se corre el riesgo de sentir cosas que nunca has experimentado, tanto para mal como para bien, y eso asusta. Mis vecinos viven en la comodidad de sus creencias por miedo a lo desconocido.

—Yo no he tenido la suerte de vivir en esa comodidad. Perdí la cuenta de los sitios en los que he estado cuando con ocho años ya nos habíamos cambiado diez veces de casa. Dejé de contarlas y de hacer el esfuerzo por recordar a las personas que dejaba atrás. Con el tiempo, acababa por olvidarlas cuando llegaban otras nuevas.

—Dudo que las olvidaras del todo, solo lo hacías porque te era más fácil que añorarlas.

—Puede ser, pero ya sabes, cuando me vaya, acabaré por olvidarte.

—Dudo que te olvides de mí. Yo soy especial.

—No te lo creas tanto —lo pico.

Se ríe y por fin vienen a atendernos. Tienen mucha gente y están algo liados, pero, tras probar la comida, ha merecido la pena la espera. Está deliciosa y me hace olvidarme por un segundo de todo, salvo de las sensaciones que me producen estos sabores en el paladar.

Terminamos de comer y Aaron me dice que tiene que ir a un lugar. Parece algo tímido y, cuando me pide que lo acompañe, acepto curiosa, porque puede que sea lo que le da tanto apuro.

Conduce hasta un barrio poco agraciado de la ciudad y me mira antes de entrar.

—Este lugar también pertenece a mi familia. Me gusta venir a ver si necesitan más comida o ver cómo van las cosas.

—He estado en muchos sitios así. Sé cómo son y siempre se necesita más comida y más de todo. Tú lo ves como una obra de caridad, pero para mí estos sitios son parte de mis recuerdos.

—Si quieres, espérame en el coche —dice al ver que observo con tristeza a la gente que no tiene dónde estar o que no pueden dar de comer a sus hijos y vienen a recoger lo que pueden.

—No, pero prefiero ir por libre. Tú haz lo que tengas que hacer.

Se marcha y me pregunto si me ha traído aquí porque no le quedaba más remedio o porque quería que viera que hace buenas obras. Está claro que, sin estas, estos lugares lo pasarían peor, pero vi a muchas personas falsas ir para hacerse la foto y quedar bien de cara a la galería. En una de esas fotos me cogieron a mí y mi padre se enfadó mucho. Salía como una pobretona que no tenía para comer ni nada, cuando en realidad me había caído en un charco al salir del colegio y por eso estaba sucia. Veníamos a estos lugares cuando nos costaba pagar la casa, comer o cuando nos cambiábamos de trabajo mientras mi padre encontraba una nueva casa. Que me usaran para la foto de un periódico para que el señor rico quedara como buena persona no le gustó a mi progenitor, porque, en realidad, ese hombre no dio nada para que ese lugar tuviera más recursos. Se pensó que por ir y sonreír ya estaba todo arreglado.

Las desgracias de la gente nunca deberían usarse con fines egoístas. Quien de verdad quiere ayudar no necesita una palmadita en el hombro por su buen gesto.

Ando por el patio para jugar con los niños y miro a la gente que hay aquí a la espera de que sirvan la cena. De repente, un balón cae a mis pies, lo cojo y voy a lanzarlo cuando mis ojos se encuentran con los de alguien a quien conozco muy bien.

Will.

Me mira serio.

Me cuesta reconocerlo con ese chándal sencillo y para nada pijo. Parece otra persona. Le lanzo el balón y se gira para seguir jugando como si no me conociera.

—¡Andy! —Me vuelvo hacia Aaron, que está en la puerta del patio y lo veo venir—. Ya he acabado. Podemos irnos.

—Acabo de ver a Will.

—¿A nuestro Will? —Asiento—. Me extraña mucho.

Miro hacia donde estaba y no lo veo. No hay rastro de Will. Es como si lo hubiera soñado todo, pero sé lo que vi.

—Tal vez me equivoqué.

—Tiene que ser eso. Will nunca estaría en un lugar así... No es como yo.

Por como lo dice, siento que no se llevan tan bien como quieren aparentar siempre, y no me

extraña. Will es muy complicado.

—No era él. —Veo a uno parecido y se lo señalo—. Qué confusión más tonta.

—Se parecen —dice riendo—. Vámonos.

Lo sigo sin saber muy bien por qué he protegido a Will, ya que de pronto he sentido que debía hacerlo.

Me lleva a mi casa.

Entro y no veo a mi padre; como casi siempre, ha salido del trabajo y se ha ido de fiesta con los amigos.

Espero a que sea de noche y me marcho hacia la casa de Will buscando las sombras, que son muchas.

Voy por la parte de atrás.

Estas casas siempre tienen una parte de atrás para el servicio. La encuentro y veo que la puerta está abierta. Paso y veo al mayordomo tirando unas cosas.

—Hola... ¿Está Will en casa?

—Un momento. —Saca su móvil y escribe algo. Supongo que es a Will, para preguntarle por mí—. Sí, la acompaño a su cuarto.

Lo sigo sin saber muy bien qué hago aquí. Debería irme, alejarme de Will y, sobre todo, no guardarle las espaldas. No me importa su vida, no está ligada a la mía y nunca lo estará.



## Capítulo 13

*Will*

Espero a Andy en la salita que hay pegada a mi cuarto. Al poco, entra mi mayordomo y después ella.

Cuando nos quedamos solos, veo que me estudia. Acabo de darme una ducha y llevo puesto un chándal cómodo de marca.

—¿Por qué saliste corriendo cuando te vi?

—¿Me has visto? ¿En la universidad?

—¿Vas a hacerte el tonto? Sé que te vi jugando con esos niños.

—Debes de haberte confundido. Yo nunca iría a un lugar así... —Andy sonríe. Me he delatado solo. Ella no ha dicho dónde me ha visto—. Solo estaba allí para quedar bien en las fotos. La prensa estaba haciéndome un reportaje.

Veo la desilusión en sus ojos. Ella de verdad esperaba que estuviera allí de forma altruista.

—Claro, cómo no caí... Me marchó. No sé qué hago aquí ni por qué no le dije a Aaron que estaba segura de que eras tú cuando, al volverme, no estabas. Él me dijo que era imposible que estuvieras allí. Te conoce muy bien. De haber sabido que solo estabas por ese fin, seguro que no le habría extrañado. ¡Qué asco dais los que usáis a los que no tienen la suerte de nacer con una flor en el culo para quedar bien ante las cámaras!

Dejo que se vaya sin contradecirla, porque no me creo que de verdad me haya protegido sin un fin. Ahora solo quiero saber y descubrir cuál es.

Al final daré con ello.

—No deberías desconfiar de todo el mundo —me regaña mi mayordomo Sebastian, que aparece de entre las sombras.

—Es lo que hay.

—Deberías empezar a dejar que el pasado no marque más tus pasos... Solo cuando lo hagas de verdad lo habrás superado. Él ya no está aquí...

Me recorre un escalofrío.

—Es que no quiero superarlo.

Me mira y veo tristeza en sus ojos. Él ha sido más un padre para mí que el mío propio, uno de los causantes de que yo sea así y, tras su muerte, su estela sigue haciendo estragos en mí.

Tal vez por culpa de las palabras de mi mayordomo, cuando veo a Andy en la universidad le digo que de momento la libro de la apuesta y que los días que corran sin que la necesite se descontarán de ella.

Andy acepta con una sonrisa, dejando claro lo poco que le gusta estar a mi lado. Por suerte, es mutuo y ninguno de los dos soporta al otro.

Quizá por eso no entiendo por qué si no la soporto, no puedo dejar de seguirla con la mirada y por qué soy tan consciente de ella en los quince días que pasan sin que nos hablemos.

Me fijo en que cada vez habla más con Aaron. Se han vuelto inseparables, al contrario que los mellizos. Damon sigue a su lado, pero Calipso se ha alejado, cosa que no me extraña, porque

Ashley se lo habrá ordenado. Calipso siempre se ha muerto de ganas por ser parte de su círculo de amigas y ahora le hace caso para alejarla de Andy, alguien que nunca le bailará el agua ni hará lo que ella quiera.

Tenerlo tan claro me hace pensar si estoy empezando a conocerla más de lo que me gustaría.

—Te necesito —me dice Iván muy serio al acabar las clases— y necesito a Andy. Me he metido en un lío.

—Que me necesites a mí, vale, pero ¿a Andy?

—Vamos a buscarla antes de que se vaya o la lleve a casa el idiota de Aaron.

Sale corriendo tras ella. Lo sigo sin muchas ganas, la verdad. No me importa ayudarlo, pero que eso implique a Andy, sí.

No es la primera vez que tengo que salir en su defensa o que tengo que ayudarlo. Si Iván tiene un defecto, es que es un gran bocazas cuando quiere, y esto lo ha metido en más de un embrollo.

—¿Qué has hecho esta vez?

—Puede que se me haya ido un poco la boca en la cafetería diciendo que conocía a una pareja de jugadores de billar imbatibles.

—¿Andy y yo? —pregunto adivinando por dónde van los tiros—. Estás loco.

—Tal vez, pero tú eres el mejor y reconociste que ella casi te ganó. Eso la convierte en alguien muy digno de ser tu pareja. Sabes que a veces me gusta ir un poco de sobrado.

—¿Qué has apostado esta vez?

—Mi coche —responde mirándome agobiado—. Te juro que creía que estaba mejor, pero... me ha vuelto a salir esa vena de apostar por todo, de querer dinero fácil...

—¿Tienes problemas en casa?

—¿Y cuándo no los he tenido? —me dice con lástima—. ¡Allí está! ¡Andy! ¡Andy! —Al segundo chillido, se da cuenta de que vamos hacia ella y deja de hablar con Aaron. Mira a Iván, no sin antes echarme a mí un rápido vistazo—. Te necesito.

No le dice más y veo que la actitud de Andy cambia. Se pone a la defensiva y no duda en decirle a Aaron que gracias por querer acompañarla a casa, pero que volverá más tarde.

Aaron me mira serio. Yo lo saludo alegre, como sé que le joderá. Ahora mismo estamos en ese punto en el que no nos soportamos.

—¿Qué ha pasado? —Andy me mira seria.

—No es cosa mía —respondo.

—Si fuera algo tuyo, no habría venido.

—Me debes una apuesta...

—Deseando estoy que pasen los días que quedan y no me necesites para nada —me pica.

—Bueno, en este caso te necesito yo —interviene Iván—. Me he metido en un lío y me he jugado mi coche, por bocazas.

—¿Por bocazas?

—Tengo problemas con el juego —le confiesa a Andy.

—Es un gran problema —le dice esta.

—Lo sé, estoy mejorando, pero... a veces se me va un poco la pinza, como hoy.

—¿Y qué has apostado?

—Que tú y Will ganaréis a los mejores jugadores de billar de la universidad. No es tan complicado.

—Sería fácil si Will y yo nos entendiéramos como equipo, pero ni siquiera podemos estar juntos sin picarnos —señala sincera.

—Tenemos hasta las ocho de esta tarde para que eso cambie. Podemos entrenar —Iván lo dice contento, como si hubiera olvidado que su coche está en juego—. Por favor...

—Solo si me prometes que será la última vez —le indico serio.

—Lo prometo —dice rápido, tanto que sé que como las otras veces no lo cumpliré.

—Necesitas ayuda, Iván —le recomienda Andy.

—Lo sé, pero no es fácil cuando no tienes dinero para pagarla.

—Yo te ayudo si me dejas ayudarte. Conozco a un buen profesional que me debe algunos favores. Te pasaré su número —dice Andy.

—¿Y eso?

—Le gusta apostar.

—¿Y va a ayudarme alguien que tiene el mismo vicio que yo? —pregunta Iván.

—Sí, ¿acaso los médicos no fuman sabiendo que es malo para la salud? Pues lo mismo. Es muy bueno haciendo que otros dejen el juego, pero es muy malo para dejarlo él. Dice que es porque no ha encontrado a nadie tan bueno como él que le dé los consejos adecuados.

—Lo probaré. No pierdo nada.

—Entonces, trato hecho. Podré soportar a Will unas horas —me pica.

—Lo mismo digo. —Me sonrío y me pierdo en sus labios rojos como las fresas maduras—. Vamos a comer algo y a empezar a entrenar; que ella y yo nos entendamos va a llevar mucho tiempo.

—Yo apuesto a que no. —Miramos serios a Iván—. Era solo una forma de hablar... Tranquilos, que es la última vez que apuesto.

Nos coge a cada uno de un brazo y, con una sonrisa que muestra que todo esto le gusta más de lo que debería, vamos a comer y a entrenar.

Vamos a un *pub* que conocemos y pedimos unos bocadillos que nos comemos cerca de la mesa de billar, que está vacía.

Iván nos indica algunos trucos de billar y Andy asiente atenta, aunque ya sé, por su forma de jugar, que ella podría darle clases a Iván.

—Todo irá bien. Solo tenéis que entenderos y, por un día, dejar las diferencias en la puerta —nos dice mientras Andy y yo preparamos la mesa de billar.

—Nada complicado —ironiza esta.

—¿Qué has apostado si ganabas? —le pregunto a Iván.

—Su moto...

—Cuando la ganemos, me la llevaré para venderla y le daré el dinero a tu madre. Tú no sabes administrarlo.

—Vale —dice algo más serio; quería la moto, pero a su madre le hace más falta el dinero que a él la moto—. Pues a ganar.

—Eso está hecho —indica Andy.

Empezamos a jugar uno contra otro y es muy buena, pero se distrae con mucha facilidad. Está muy pendiente de quién entra o sale del bar.

—Eres buena, pero demasiado distraída —comento—. Mírame solo a mí. Olvídate del resto del mundo.

—¿Acaso quieres que coja empacho de Will?

Su forma de decirlo me saca una sonrisa.

—Sé lo que digo.

—Solo si tú haces lo mismo, si solo te centras en mí. A ver quién aguanta más de los dos sin buscar una vía de escape del otro.

—Trato hecho.

Nos miramos a los ojos.

Me pierdo en sus matices, en el brillo de su mirada. Tiene una fuerza que te atrapa si la miras fijamente. Me cuesta seguir pendiente de ella porque odio sentirme atrapado, pero lo hago por Iván y decido dejar de lado todo lo demás.

Andy hace lo mismo y empezamos una nueva partida fijándonos solo en el otro. Pronto descubro que sonrío cuando cree que tiene la jugada a su favor, alzando el labio para arriba, y, para que no se note, se lo muerde ligeramente. Es muy expresiva y alguien en su pasado debió de avisarla de ello y por eso lo recuerda.

Como ella esperaba, hace una jugada perfecta. Sus ojos relucen, la sonrisa que atrapó sale libre y me mira segura de sí misma.

Se dispone a tirar de nuevo.

Me pongo tras ella y veo la trayectoria que va a tomar.

Va a fallar.

—Mueve un centímetro a la derecha —le aconsejo muy consciente de la atracción que mana entre su cuerpo y el mío. Es como si luchara contra dos imanes que se mueren por atraerse y estar juntos.

Me aparto ignorando ese deseo y me centro más en ser de los imanes que se repelen y nunca acortarán sus distancias.

Andy me hace caso y acierta.

Me mira con el triunfo brillando en los ojos.

Le doy algunos trucos y ella me aconseja a mí.

Me cuesta aceptar que tiene razón, pero al final dejo mi prepotencia a un lado y le hago caso. Solo así ganaremos esa noche.

Seguimos jugando y, al final, mientras merendamos, hasta nos reímos juntos con las tonterías que cuenta Iván.

Llega la hora de irse y noto que Andy se pone nerviosa.

—Todo irá bien.

—Tu coche no es el que está en juego.

—No, porque solo apuesto si sé que puedo ganar. Nunca haría una apuesta si corriera el riesgo de perder.

—Conmigo casi perdiste.

—Vale, admito que contigo me la jugué.

—Me subestimaste.

—Nunca lo hago. Solo me dejé llevar —le confieso y siento que he dicho demasiado.

# Capítulo 14

*Will*

Salgo del *pub* hacia mi coche y espero que me sigan. Lo hacen y sigo las indicaciones de donde nos esperan los que se supone que son los mejores jugadores del campus. No es la primera vez que me retan, pero nunca caigo en sus tonterías y por eso han usado a Iván sabiendo que tiene facilidad para caer en apuestas que piensa que va a ganar.

Llegamos al lugar. A mí no me gusta ese sitio, está lleno de lo peor de la universidad. Andy lo mira y noto que su mirada se torna cautelosa.

—No te separes de nosotros, somos los menos malos —le aconsejo.

—No es el primer antro de mierda en el que he tenido la mala suerte de caer.

—Como sea, céntrate solo en mí. No escuches lo que te digan... No creas lo que puedan decirte —le indico al llegar y verlos—. Cuando sienten que pueden perder, se ponen nerviosos y suelen decir cosas que hacen daño. No los escuches. Y, cuando ganemos, no caigas en una revancha.

—Lo he pillado... Gracias. Ahora vamos a machacarlos.

Llegamos a la mesa y, cuando ven a Andy, primero se la comen con los ojos hasta que saben que ella jugará conmigo y se ríen.

La observo. Está seria y concentrada mirándome.

—¿Los humillamos, por capullos?

—Por supuesto —le respondo.

Llegamos hasta donde están e Iván informa de las condiciones de la partida. Si él gana, se quedará la moto de uno de ellos y si pierde, les dará su coche. Ponen las llaves de ambos vehículos sobre una mesa.

Iván me mira preocupado. Su coche es de segunda mano y muy viejo, pero es lo único que tiene y que puede permitirse. Le costó mucho trabajo pagarlo. Ojalá un día deje de verdad su obsesión por creer que el dinero llueve del cielo.

Nos preparamos para jugar.

Andy está concentrada, pero noto su nerviosismo. Estar toda la tarde fijándome en ella para estudiar sus puntos fuertes y débiles me hace poder leerlos con facilidad.

—Solo existo yo —le susurro al oído y noto que los bellos del brazo se le ponen de punta cuando mi aliento le acaricia la piel.

—Por esta noche solo existimos los dos —me repite mirándome con fijeza muy cerca y ahora soy yo el que siente que la piel hace el amago de erizarse.

Estamos muy próximos, tanto que puedo sentir el calor de su cuerpo llamar al mío.

Asiento y me alejo para centrarme solo en la partida y así acabar con eso cuanto antes. La partida empieza y dejamos que rompan ellos.

Nos miran como si fuéramos tontos hasta que fallan; empieza a jugar Andy y se dan cuenta de que quienes van a tenerlo complicado son ellos.

Andy me mira cada vez que tira y, cuando falla, porque no puede meter más bolas, lo hace dejando la bola blanca de manera estratégica para que ellos lo tengan muy complicado en su

mano.

Se lo dije antes. Le dije que a veces es mejor aceptar que con esa mano no vas a hacer nada y complicarle la partida al siguiente, en vez de tirar para ver si por casualidad metes alguna bola.

Es el turno de ellos y no lo hacen bien.

Es entonces cuando empiezan a ponerse nerviosos y me atacan verbalmente cuando llega mi turno.

—Ahora el famoso Will necesita a una chica que le solucione los problemas —me dice el más bocazas de los dos, que es el que se apostó la moto con Iván. Miro a Andy un segundo y noto que se muerde la lengua para no contestarle.

Me centro en la mesa y, cuando siguen hablando, los ignoro. Me centro en la partida y en ella; en Andy, que me mira desde la otra punta como si quisiera darme toda su fuerza.

Yo no la necesito... puedo hacerlo solo.

Cierro los ojos un segundo y tiro, y me pasa lo que nunca he vivido. Estoy desconcertado por ella y por mi necesidad de buscar su mirada, y, al no querer admitirlo, fallo.

Se ríen.

Andy viene hacia mí.

—No hemos perdido. Vamos a ganar —me dice con mucha seguridad.

—Más te vale hacer una buena mano. Yo acabo de cagarla; nunca me había pasado.

—A mí sí. Muchas veces. No pienses en lo mucho que esto estropea tu trayectoria intachable, Will; solo piensa en remontar y ser el último en reír. Céntrate solo en mí.

Me lo dice como si nada, como si fuera fácil y... es fácil. Lo complicado es tener que admitir que no me molesta tanto como debería el perderme en ella y que, cuando lo hago, es como si de verdad el resto de las personas desaparecieran.

Miro a Iván y lo veo preocupado, más cuando nuestra odiosa pareja mete dos bolas seguidas, pero por suerte todo acaba ahí.

Andy se centra en la partida que le ha quedado y me mira un segundo.

Noto que sonrío un momento antes de morderse el labio para no delatarse. Tira y mete dos bolas a la vez. No sé cómo lo ha hecho, pero cuando mete una tercera, el silencio se hace en la sala.

Me mira un segundo antes sonreír y meter una cuarta.

Después falla, pero los mira con una seguridad que calla todos sus comentarios.

Nos ha puesto por delante. Tenemos la partida casi ganada.

No puedo evitar sentir admiración por ella.

Es el turno de ellos y al final los nervios por hacer una gran jugada como la de mi compañera les pasan factura.

Llega mi turno y me centro en la partida y en ella, en Andy. Esta vez no dejo que el miedo me haga fallar. Por un segundo solo estamos los dos y me dejo llevar.

Tiro y meto las bolas que nos faltan hasta que solo me queda meter la negra en el lado opuesto al que ha entrado la última. Me sitúo donde mejor puedo tirar, que es justo al lado de Andy, quien no se mueve. Se queda cerca y noto su presencia con cada poro.

Me agacho, me centro en la partida, tiro...

¡Y la cuelo!

Me giro y la miro. Me sonrío ampliamente y mis ganas de abrazarla para celebrarlo son

grandes, algo que no haré. Hace mucho tiempo que no abrazo a una persona, que no toco a nadie intencionadamente, que no dejo que otras personas se me acerquen tanto. La única vez que lo hice, todo salió muy mal.

Por eso, me aparto como si quemara.

—Bien hecho. Ha sido gracias a ti —le digo y eso hace que la sonrisa de Andy se amplíe aún más y no tiene en cuenta cómo me alejo de ella siempre.

—Habéis tenido suerte de tenerme —le señala Andy a Iván antes de que este la abrace y le dé vueltas cerca del billar.

Se detienen cerca de nuestros adversarios.

Andy alza la mano, pero se la rechazan.

—Esto no puede quedar así. Seguro que habéis hecho trampas... No eres más que una mujer...

Noto que Andy se enciende y abre la boca para hablar, seguramente para decir que mujer o no, puede ganar otra vez.

—Vámonos —digo a su lado.

Andy me mira con la rabia brillando en los ojos. Pienso en que no me hará caso hasta que asiente y sale del lugar rabiando.

Al salir, grita y me mira rabiosa.

—Podría haberlos ganado otra vez...

—O no. Mejor retirarse a tiempo —respondo.

—Puedo con ellos...

—Sí, pero no cegada por la rabia y con la sed de ser mejor para callarles la boca. Podrías fallar por tus deseos de hacerlo mejor que nunca. No caigas en su juego, eres mucho mejor.

—Tienes razón, pero odio los comentarios despectivos... No soporto que la gente los use para hacer daño.

—Los dos sabemos que no es cierto. Todos somos igual de fuertes; la indiferencia es la mejor arma.

—Entonces, entiendo por qué tú eres tan bueno. Pareces indiferente a todo.

—Hago creer que todo me importa una mierda, que es diferente.

—Pensaré en ti cuando quiera parecer indiferente —me dice con una sonrisa.

Iván sale feliz con las llaves de la moto y se va hacia su nueva conquista.

—Me marcho a casa con mi moto nueva...

—Que vas a llevar a mi casa mañana mismo para que la venda —señalo.

—Tú sí sabes cómo joder una fiesta. Buenas noches, Andy, que no te amargue la noche este cascarrabias.

Iván se aleja mientras nos quedamos solos. Andamos hacia mi coche y regresamos a casa. A medio camino empieza a llover y noto que cada vez se pone más tensa. Al llegar al pueblo, una gran tormenta cae sobre nosotros. Estamos a punto de llegar a su casa cuando se va la luz de todo el pueblo.

—Tengo un paraguas detrás... —La miro, pero no responde. No hace nada—. ¿Andy?

Me mira con la vista perdida. Está aterrada. El miedo puede leerse claramente en sus iris azules. No puede moverse. Está paralizada.

Un nuevo trueno aún más fuerte que el último resuena sobre nuestra cabeza. La lluvia es más

intensa... y por eso no comprendo cuando abre la puerta del coche y sale corriendo hacia el porche de su casa.

La sigo y noto que su respiración se agita, que está a punto de tener un ataque de ansiedad. Me pongo a su lado y alzo las manos hacia su cara. Me lo pienso un segundo antes de tocarla y, cuando mi piel toca la suya, un potente rayo lo ilumina todo en el cielo. Siento como si la electricidad que ahora atraviesa el cielo nos recorriera a los dos en ese instante.

—Andy... Solo estoy yo.

Me mira y noto que su respiración se normaliza. Sus ojos azules van centrándose en mí hasta que poco a poco consigue dejar la tormenta en un segundo plano.

Cuando un nuevo rayo suena justo encima de nuestra cabeza y cae no muy lejos de aquí, se acerca hasta caer sobre mi pecho buscando protección, como si fuera su ancla y ella un barco a la deriva.

Agarra mi camiseta con fuerza.

Soy muy consciente de su menudo cuerpo y de mis brazos muriéndose de ganas por estrecharla contra mi pecho. No lo hago. Ahora el que está paralizado soy yo. Me muevo entre mi deseo de abrazarla y mi miedo por hacerlo.

Hace años, alguien se preocupó mucho de quitarme el deseo de tocar a las personas...

Aspiro para poder salir del pozo en el que me encuentro y su aroma a vainilla se cuele entre mis sentidos. Mi madre olía así... Me aparto de ella como si quemara y me alejo, porque siento que, si me quedo, el que pasará a ser un barco a la deriva seré yo.

No puedo estar cerca de Andy, despierta demasiadas cosas en mí que no sé cómo controlar, que pensé que hacía tiempo que tenía bajo control.

Me hace desear demasiado...

Me hace volver a ser ese niño que creía que el mundo era perfecto antes de que la realidad se impusiera.



# Capítulo 15

*Andrea*

Me costó mucho dormirme la noche de la tormenta; por suerte, mi padre estaba en casa y en cuanto Will se fue y oyó el coche alejarse, salió a ver si era yo. Me vio ahí parada y me metió en casa.

Me encontraba entre afectada por los truenos y sin comprender muy bien lo que había sucedido con Will aquel día.

Han pasado quince días desde entonces y no he vuelto a verlo.

Si me costó dormirme esa noche, no fue por los truenos, que ya se alejaban, sino por lo que sentí estando tan cerca de Will. No solo físicamente. Ese día vi muchas cosas de Will que trata de ocultar al mundo y me gustó lo que atisbé. Lo sentí más cerca de mí que nunca... hasta que me mandó una nota al día siguiente con su mayordomo en la que me decía que iba a irse unos días y que ya volvería al acabar la apuesta, que me libraba de ella.

Lo que me extrañó fue que me dejó su móvil apuntado en la nota y me dijo que era solo por si lo necesitaba, como último recurso.

Que dejara el teléfono apuntado me sorprendió y me gustó.

Creo que empiezo a conocer un poco a Will, pero ignoro qué pasará cuando vuelva. Siento que la distancia que hay entre los dos va a ser la misma esté cerca o no.

Debería darme igual... debería, pero una parte de mí se muere por saber más cosas de él. Aunque no me guste nada de nada... o eso me empeño en creer cada vez que lo busco con la mirada, sin querer, en la universidad.

Creo que Will es como un yacimiento cubierto de tierra, que conforme empiezas a excavar encuentras cientos de tesoros escondidos a la espera de que alguien los entienda y dé sentido a lo que en un primer momento no es visible a los ojos.

Me meto en la cama y me tapo. Ya estamos en octubre y empieza a refrescar por las noches, y por el día ya va haciendo falta llevarse una chaqueta fina.

Cojo el móvil y busco el chat para hablar con mi Alma Oscura o con Aaron, quien yo sospecho que es. Más cuando Aaron estuvo tres días en cama y coincidió con los días en que Alma Oscura no me respondía. Luego supe por Aaron que la fiebre lo deja tan atontado que solo quiere dormir y se le pasan los días sin hacer nada más que estar en la cama. Otra coincidencia más que se suma a mis sospechas de que es él.

Aunque me desconcierta que cuando hablo con él por el móvil siento más conexión que cuando estamos cara a cara. Creo que es porque se abre más a mí o porque el misterio de hablar de esta manera les da puntos extra a nuestras conversaciones.

Ahora mismo estoy respondiendo a su mensaje, en el que me preguntaba qué tal mi día.

**Andy:**

Bien... Bueno, en la universidad genial, lejos de la locura de este pueblo, pero es llegar aquí y recordar cómo nos odian a mi hermano y a mí...

**Alma Oscura:**  
¿Qué ha pasado esta vez?

**Andy:**  
Han dejado varias cajas con ratas muertas en el porche.

**Alma Oscura:**  
¿De verdad?

**Andy:**  
Sí, ha sido muy desagradable, la verdad. Por suerte, mi hermano las recogió sin inmutarse. A mí me han dado lástima.

**Alma Oscura:**  
Solo eran unas ratas.

**Andy:**  
Eran animales que no se merecían esa falta de respeto por su vida.

**Alma Oscura:**  
¿Eres vegana?

**Andy:**  
No, pero cuanto más consciente soy de lo que como, más me da por pensar si un día no terminaré por serlo.

**Alma Oscura:**  
Ahora está de moda ser vegano. Yo no lo soy, pero respeto a la gente que decide seguir sus ideales.

**Andy:**  
Yo también. Aparte de eso, ¿qué tal tu día?

**Alma Oscura:**  
Una mierda. La fecha que es me recuerda a alguien a quien trato de olvidar cada día.

**Andy:**

Lo siento. Si quieres hablar de ello, sabes que puedes contar conmigo.

**Alma Oscura:**

¿De verdad? Porque lo dudo y no es por ti, me cuesta abrirme a la gente. Me cuesta confiar en las personas.

**Andy:**

A mí también, pero como no me quedo mucho tiempo en un sitio, trato de sacar lo mejor de cada lugar. Por eso me guardo mis recelos y disfruto todo lo que puedo.

**Alma Oscura:**

Tienes suerte de poder hacerlo, no todos somos como tú.  
Cambiando de tema, me he enterado de que mañana vas al escape room.  
¿Estás segura de querer ir?

Sonríó porque Aaron me invitó y me preguntó varias veces si de verdad quería ir cuando acepté, y me recordó que irían sus amigos y los mellizos de los que ahora me he distanciado por completo. Damon tuvo que elegir entre su hermana y yo, y, sintiéndolo mucho, tiró por ella. Lo entiendo, yo haría lo mismo; por eso le dije que no pasaba nada.

En verdad no sé por qué he aceptado ir... Bueno, sí lo sé, me encantan esos sitios. He ido a algunos. Cientos de habitaciones con pruebas y misterios que tienes que descubrir para pasar al siguiente cuarto. Solo pensé en eso y no en lo que sería soportar a Ashley y a su séquito de pelotas.

**Andy:**

Estoy deseando que sea mañana para estar allí. Me puede la emoción de descubrir los misterios ocultos.

**Alma Oscura:**

Diciendo eso no sé cómo sigues sin investigar lo de nuestro pueblo de mierda.

**Andy:**

Porque no quiero irme y tengo la esperanza de que, con el tiempo, se acostumbren a mí y mi hermano no la cague... y así pueda tener un hogar al que volver.

**Alma Oscura:**  
Tu hogar siempre serán las  
personas a las que quieres.

**Andy:**  
Lo sé, pero es solo dice alguien que seguramente  
siempre ha tenido una casa sobre la cabeza  
y no ha tenido que temer vivir en la calle sin  
nada que llevarse a la boca.

**Alma Oscura:**  
Eso no puedes saberlo. Mejor no tener techo  
que tener uno que puede derrumbarse sobre  
tu cabeza hasta aplastarte. No es oro todo lo  
que reluce.

**Andy:**  
Te doy la razón.

**Alma Oscura:**  
Buenas noches. Intenta no  
meterte en líos mañana.

**Andy:**  
Soy muy buena... que se preocupen ellos de no  
sacar mi lado malo.  
Buenas noches.

Dejo el móvil y pienso en las palabras de Alma Oscura sobre su hogar. Sé que Aaron se lleva bien con sus padres, pero también que últimamente discuten mucho.

Desde el apagón de la otra noche.

Con el apagón, una de sus fábricas se vio muy afectada y cuando la luz volvió, muchos de sus ordenadores y máquinas sufrieron una sobrecarga tan grande que dejaron de funcionar.

Está cerrada hasta que el seguro se haga cargo de todo o hasta que decidan reponerlos.

Muchos de los trabajadores están ahora de vacaciones hasta que todo se arregle y, cómo no, muchos me echan la culpa. Dicen que esto solo acaba de empezar, que hemos traído la mala suerte al pueblo.

Sus tonterías ya me dan hasta risa. Mejor pasar de todos ellos.

Voy en el autobús que para cerca de la casa vieja donde hemos quedado. Me ha dejado un poco apartada y me ha tocado andar un poco por el camino del bosque. Por suerte, el lugar está muy bien indicado por los organizadores del evento.

Aaron me ha dicho que se pasará luego, que si quería, podía dejarlo para otro día y ya iríamos los dos. Iba a decirle que sí hasta que me di cuenta de que solo lo hacía por no estar con gente que no me quiere... Que se fastidien, yo también quiero estar aquí.

Llego y veo el lugar.

No se parece a los otros *escape rooms* en los que he estado. Esta casa es muy antigua y seguro que encierra cientos de misterios en su interior. De hecho, creo que solo estará disponible unos pocos días. De ahí, que haya tanta gente.

Veo al grupo de los del pueblo, pero paso de acercarme.

Voy a entrar sola.

Me gustan los retos.

El monitor nos explica cómo se juega. Dice que hay que ir entrando en las habitaciones hasta encontrar las pistas que abrirán el siguiente cuarto y nos advierte de que es una casa vieja, antigua y cargada de paredes secretas y misterios que tal vez a los que han organizado este juego se les hayan pasado por alto. Nos advierte de que corremos el riesgo de perdernos.

Pensaría que lo dice para darle más misterio al juego, pero teniendo en cuenta que están aquí los de mi pueblo, puede ser hasta cierto. A mis vecinos les gustan las cosas raras.

Empiezan a entrar; cómo no, Ashley la primera.

Antes de entrar, me mira de una forma que me da escalofríos.

Me quedo hacia el final y me inquieto cuando veo que nadie sale de la casa, que no van pasando las pruebas. ¿Tan difíciles son?

—¿Vas sola? —me pregunta el monitor.

—Sí.

—Es mejor que no entres tú sola. Este sitio es peligroso para entrar sola.

—¿Tratas de asustarme para dar más realismo a este lugar?

—No, el dueño de este lugar está como una cabra. Yo solo estoy aquí porque paga bien, pero no entraría a este lugar ni loco. Mucho menos solo.

Estoy por decir que no entraré cuando la voz de Ashley se cuela en nuestra conversación.

—Vaya mierda de lugar. Es demasiado fácil —dice saliendo con sus amigos de la casa—. Un niño lo haría con los ojos cerrados.

—¿De verdad habéis entrado? —pregunta el chico, incrédulo.

—Por supuesto. —Ashley le da las llaves, que seguro son la prueba de que han ido pasando por las diferentes habitaciones—. Un juego de niños.

El monitor me mira.

Cojo la primera llave para abrir la puerta de la casa y entro. Solo le tengo miedo a una cosa, a las tormentas, y por eso me empeño en no hacer caso al miedo en nada más. Suficiente ya es el paralizarme cuando oigo un trueno como para dejar que esta casa vieja me asuste.

Entro en la primera sala, la puerta se cierra y veo el lugar. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—¿Acaso estás loca? —Me giro y veo a Will apoyado en la puerta.

## Capítulo 16

*Andrea*

Verlo tras tantos días sin saber de él hace que mi traicionero corazón dé un pequeño vuelco. Mi mente me recuerda nuestro último encuentro. Su aroma, su calor... yo siendo más consciente de él que los truenos. Mi corazón martilleando más fuerte por su cercanía que la misma lluvia torrencial que nos asolaba.

—¿Has entrado a protegerme? Me basto y me sobro.

—Ashley y sus amigos no han entrado. He visto que les ha dado las llaves otro grupo al salir. Los han sobornado. Está claro que te quieren dentro, tal vez para que te pierdas y no vuelvas al pueblo. Este lugar no es seguro. ¿Acaso no ves las noticias?

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Me invitaron a venir. Llegaba tarde y, cuando estaba cerca, lo oí todo. Esperaba que tú no entraras, pero te puede tu vena de tirarte de cabeza a los desafíos.

—No me conoces tan bien y no te necesitaba.

—Al contrario que ellos, no puedo quedarme impasible ante una muerte segura. Solo lo hago por mi conciencia, no por ti.

—¿Qué dicen las noticias? Evito verlas. Me ponen muy triste y me paso muchas horas decaída por ellas —le confieso.

—Alertan de que este lugar es peligroso. No cumple las reglas de seguridad de estos juegos y un chico casi perdió la vida cuando una trampilla oculta se abrió y cayó a un foso. Está bien, pero han obligado al dueño a cerrarlo.

—¿Y por qué sigue abierto?

—Por idiotas como los de mi pueblo, que ven un reto y quieren pasarlo solo para ser famosos en las redes sociales.

—Yo paso de todo eso.

—Yo también.

—Pero estás aquí.

—En verdad solo he venido por curiosidad. No pensaba entrar.

Se pone a mi lado para buscar la primera pista.

Yo voy hacia la puerta de salida, pero no se puede abrir.

Estamos atrapados.

—¿De verdad es tan peligroso?

—Sí, pero yo soy muy bueno resolviendo misterios. ¿Y tú?

—La mejor.

—Entonces será como jugar juntos al billar. Ganaremos seguro.

Me guiña un ojo y parece más cercano que nunca, aunque siempre acabe por soltar algún comentario de esos que te dan ganas de ahogarlo con tus propias manos. Will es así, nunca sabes si cuando hable saldrá algo dulce de su boca o algo horrible que te dará ganas de alejarte de él.

—Tenemos que seguir las pistas del dueño de esto. Es decir —le explico—, que si solo seguimos el orden de las pistas y no tocamos nada diferente, podremos salir sin problemas.

—Sí, pero ¿por dónde empezamos?

—La llave. En otros lugares como este en los que he estado, en la llave hay pistas.

—¿Has jugado mucho a esto?

—Alguna vez, y no es la primera que entro sola. Pero antes mi vida no estaba en juego.

Busco algo en la llave hasta que veo que el llavero tiene un *pendrive* oculto.

—Si tiene esto, es que hay un ordenador escondido —propongo.

Will lo coge y miramos en la sala sin tocar nada.

Buscamos dónde podría estar el ordenador y vamos a lo evidente primero, el escritorio. Lo miramos y veo que hay un cajón en el que podría haber un ordenador. Y ahí está.

Demasiado fácil.

Nos pide la clave.

Miro por la sala y veo las diferentes pistas ocultas en fotos o cuadros.

—En varios cuadros y fotos antiguas se repite la imagen de un caballito de madera.

—¿Caballito? —pregunto.

Will asiente y lo mete en el ordenador.

Le da al Enter y suena una canción.

La música hace que se abra una pared secreta.

Nos acercamos y vemos una llave.

Ahora falta buscar la puerta.

Will mueve una estantería al fijarse en que en el suelo hay marcas de que ha sido arrastrada, y ahí está la puerta. Es tan fácil todo que me aburre, y así con el resto de las salas.

Will y yo hacemos muy buen equipo, como cuando jugamos juntos. Me escucha y yo a él, algo que nunca pensé que sucedería.

Estamos llegando al final y en nada podremos salir.

—Vamos a acabar con esto cuanto antes —le digo tocando una lámpara y tirando de ella. La he visto en cientos de pelis; es evidente que es aquí.

Tiro de ella y noto que el suelo cruje bajo mis pies.

Miro a Will un segundo antes de notar que caigo al vacío cuando desaparece el suelo.

Will trata de cogerme y casi lo consigue...

Me caigo sin freno y lo hago hacia lo que parece una fosa de agua.

Grito desesperada cuando noto que algo me acaricia el pie.

Trato de concentrarme y nadar como sé, pero no veo nada y eso me paraliza. Me trae a la mente amargos recuerdos. Nos veo a mi padre y a mí arrastrados por una riada que nos sorprendió cuando regresábamos a casa. Yo tenía apenas tres años y él dieciocho. Luchó con todas sus fuerzas para que nada malo me pasara mientras el agua nos arrastraba, hasta que nos cogimos a un árbol y, mientras yo lloraba aterrada, él me decía que íbamos a salir de aquella. Los truenos resonaban sobre nuestra cabeza. De repente, un grupo de personas hizo una cadena humana al vernos y nos sacó de allí demostrando una vez más que el hombre, si se lo propone y se une al resto, es más fuerte que la más dura de las tempestades.

Salimos ilesos físicamente, pero mentalmente quedé rota; lo revivo todo cada vez que oigo una tormenta.

Paralizada por el recuerdo, me hundo.

De repente, alguien tira de mí y me saca fuera de ese infierno de agua.

Al salir, me dejo caer sobre su pecho buscando aire con desesperación. Sé que es Will quien se ha tirado tras de mí. Podría haberse quedado ahí... pero se ha tirado a por mí sin saber qué nos esperaba en el fondo.

—Gracias... casi me hundo.

—De nada. ¿No sabes nadar?

—Sí... pero me recordó a la vez en que casi me ahogué. —Ahora mismo no puedo hablar de lo que me pasó tras el susto—. Me entró un poco de ansiedad al no ver nada. No tenías que haberte tirado.

—No sabía qué te esperaba.

—Por eso mismo.

—Por eso mismo me tiré.

No dice nada más, pero no puedo evitar sonreír.

—Tenemos que ver cómo salir de aquí.

Se separa de mí.

Busco mi móvil. Está mojado y no enciende.

Will hace lo mismo con el suyo, que sí va, porque seguramente sea sumergible.

—No hay cobertura, pero tendremos un poco de luz hasta que nos busquen.

—A mí no van a buscarme...

—¿Tu hermano sabe dónde has ido?

Niego con la cabeza.

—Y los que lo saben querían que me pasara esto.

—Pero a mí no. Me buscarán.

—Claro, porque Ashley es tu casi novia.

—Ella nunca será mi nada. Vamos.

Me levanto y empezamos a andar por donde parece que es la salida de la cueva.

—¿Y si nos perdemos más?

—No tenemos otra salida, Andy.

—¿No es mejor esperar a que entren a por ti y nos ayuden?

—Está subiendo el agua —me dice serio y me aterro—. No vamos a hundirnos. Soy demasiado importante para morirme hoy aquí.

Bufo y escucho su risa.

Me pongo a su lado.

—Guíame.

—No sé muy bien si irnos es lo mejor —me dice mostrando una inseguridad que me hace verlo como más humano, más accesible.

—Yo tampoco, pero mejor eso que quedarnos quietos.

Asiente y seguimos andando por la cueva iluminados por la luz del móvil de Will. Lo hacemos hasta que llegamos a una zona sin salida.

Me entra un poco de ansiedad.

—Andy, te necesito fuerte para salir de aquí —dice al notar que mi respiración se ha disparado y mi pecho sube y baja sin control—. Vamos, saldremos de esta.

Da media vuelta.

El agua ha empezado a cubrirnos los pies.



Decidimos regresar al lugar donde nos caímos. Cuando lo hacemos, el agua casi nos llega a la cintura. No tener miedo es casi imposible cuando todo esto me trae amargos recuerdos.

Will se detiene.

—Escucha. —Lo hago, aunque me cuesta oír algo entre los fuertes latidos de mi corazón—. El agua está cayendo, es como una cascada. Tiene que ser una salida.

—O algo peor...

—No podemos quedarnos quietos.

—Lo sé... Siento tener miedo.

—No le pidas perdón nunca a nadie por tener miedo.

—Lo dices porque seguro que nada te da miedo. Eres imperturbable.

—Si empiezas a andar, te cuento uno de mis miedos. —Empiezo a andar a su lado. Su cercanía me da seguridad y me hace olvidar que el agua nos cubre—. No me gusta que me toquen... No me gusta tocar a nadie.

Me lo dice entre dientes, como si le molestara admitir su debilidad. Eso me hace recordar cuando le tendí la mano en la mesa de billar, la miró y no la tocó. Yo no sabía que no le gustaba que lo tocaran.

—La otra noche me tocaste.

—Sí, a veces existen excepciones... pero no te creas especial. No es la primera vez que toco a alguien.

—No me creía especial o bueno, sí. Yo necesitaba que me devolvieras a la tierra y lo hiciste. Para mí fue especial ese momento —le confieso.

Seguimos andando; la cascada cada vez se oye más cerca y el agua nos cubre más. Me resbalo y Will, al que no le gusta tocar a nadie, me coge del brazo para que no me hunda.

Cuanto más conozco de él como persona, más razones encuentro para descubrir cada uno de sus secretos.

El agua empieza a arrastrarnos con fuerza y nos subimos hacia un lateral de la pared que aún no está cubierto por el agua. Andamos por ahí hasta que llegamos al final y se ve la cascada iluminada por la luz del atardecer que se cuele por una grieta en el techo.

—Tenemos que saltar y seguir la corriente —me dice.

—O quedarnos aquí...

—El agua ya está muy alta, no tardará en arrastrarnos; no es seguro.

Tiene razón. Noto que la fuerza del agua nos arrastra y que cada vez hay más y más agua, que de un momento a otro se lo llevará todo a su paso.

—Antes de saltar... cuéntame algo que no sepa nadie. Por si no sobrevivimos.

—Una excusa para sacarme más cosas —dice con una media sonrisa—. Un secreto a cambio de otro.

—Vale. —El agua nos golpea—. Mi hermano es en verdad mi padre, pero odia que la gente lo sepa, porque me tuvo con quince años y la gente lo juzga por eso.

Me mira sorprendido.

—Yo odiaba a mi padre —me cuenta con una voz que me da escalofríos—. Hay que saltar ya.

Dudo aterrada.

Me tiende una mano.

—Dos miedos en uno —le digo entrelazando los dedos con los suyos. Mi miedo a hundirme y su miedo a tocar a alguien.

Lo miro a los ojos un instante antes de asentir y saber que ha llegado el momento de jugárnoslo todo a una sola carta.

Contamos hasta tres y saltamos juntos sin saber qué nos deparará la caída. Pido para que, si nuestras manos se separan, solo lo hagan cuando estemos en tierra firme. Ahora él es mi ancla y yo quiero ser la suya.

# Capítulo 17

*Will*

Caemos al agua y nos vemos arrastrados por la corriente. Cojo con fuerza su mano para no perderla hasta que noto que algo me golpea la cabeza y me quedo aturdido.

Andy tira de mí y me coge con fuerza mientras me recupero. Lo hago al tiempo que me saca de este infierno. Nuestras manos se separan cuando tratamos de recuperar la respiración.

Miro hacia delante y veo una salida.

Al fin podemos escapar.

—¡Estás sangrando! —Andy me toca la frente olvidando que no soporto que me toquen—. Tienen que curarte. No es muy profundo, pero...

Me levanto y sus manos caen.

—Estoy bien. Vamos, es mejor que nos marchemos de aquí cuanto antes y... gracias. Me has salvado.

—Nos hemos salvado mutuamente. Somos un buen equipo.

Asiento porque negarlo sería contradecir lo evidente.

Una vez fuera, trato de ubicarme.

Andy hace lo mismo y ambos decidimos seguir el camino de la derecha esperando que la casa esté por allí y mi coche también.

Llegamos a la casa donde dejé mi coche. Por suerte, hay luz suficiente para poder llegar.

—Nadie está buscándonos... Todos se han ido. —Me mira.

—Nadie me vio entrar detrás de ti —le confieso—. Si te lo hubiera dicho, te habría entrado el pánico.

Saco las llaves de mi coche del bolsillo. Están empapadas y por eso tengo que usar la llave manual. Abro el maletero y busco ropa de mi maleta.

—Ten, ponte ropa seca. Nos queda media hora de viaje.

—Sí que tenías ganas de ver a tus amigos —me dice aceptando la ropa.

—O de jugar a esto —digo. No le confieso que me enteré de que ella también iba y de que Ashley tenía preparado perderla, que en realidad he acudido por eso.

Andy se va al otro lado del coche para cambiarse.

Yo hago lo mismo en mi lado.

Me quito la ropa mojada y me pongo la limpia.

Grita y voy hacia ella.

—Solo era una rata —dice dando saltitos.

Va medio vestida. Tiene enrollada la sudadera que le he dado y puedo ver su espalda desnuda y su tatuaje de una flor de almendro.

—No dejes que nadie del pueblo vea tu tatuaje.

—¿Por qué?

—No dejes que lo vean.

Se pone bien la ropa y me mira cuando la ignoro. Recojo la ropa mojada para dejarla en el maletero.

—¿Por qué, Will? —insiste y la conozco lo suficiente para saber que no parará de marearme con ello.

La culpa ha sido mía por abrir la boca.

—La gente del pueblo odia los almendros. Joanna plantó uno cuando llegó al pueblo y les recuerda a ella.

—Ah... Vaya chorrada.

—Lo es, pero no olvides que te han dejado entrar sola en una casa sabiendo el peligro que había y se han ido todos sin importarles tu suerte.

Lo recorre un escalofrío.

—Están todos locos... Incluso los mellizos, que creí mis amigos.

—En este pueblo nadie es amigo de nadie. Cada uno mueve sus cartas como mejor le conviene. No lo olvides.

—¿Incluido tú? —me pregunta y dudo qué responderle. Al final asiento, porque no estoy preparado para decirle que no y así estrechar más nuestra unión.

Entramos en el coche para regresar.

Hacemos el camino de vuelta en silencio.

Veo a Andy mirar el móvil varias veces. Está roto por la caída.

—Si lo meto en arroz, lo mismo consigo que vuelva en sí.

—Es un móvil viejo. Aaron podía haberte dado uno de los más nuevos.

—Fue un buen detalle que me lo diera. Ahora tendré que ver cómo arreglarlo.

Llegamos al pueblo y conduzco hacia su casa. Al llegar, la luz del porche está encendida.

—¿Quieres cenar algo? —me propone antes de salir—. Para agradecerte lo de esta tarde.

—No, gracias.

Asiento y me mira incómoda.

—Esto no nos convierte en amigos, ¿verdad? —Me mira a los ojos con intensidad. Me muero por decirle que sí, pero no sé ser esa persona.

—No.

Asiento y abre la puerta del coche para bajar.

—Buenas noches, Will. Gracias por haber estado ahí.

Se marcha hacia su casa con mi ropa puesta. Antes de entrar, me mira, tal vez esperando algo que no llegará por mi parte.

Hoy más que nunca odio ser así, odio en lo que me convirtió el hombre al que más he odiado y al que más se suponía que debía admirar y respetar.

## *Andrea*

Me despierto temprano y salgo por la puerta trasera de la casa.

Voy hacia lo que queda en el suelo de un viejo árbol cortado. Paso los dedos por él; casi seguro que aquí plantó Joanna ese almendro, que cortaron porque les recordaba a ella. Lo que no entiendo es por qué la pagaron con el árbol y dejaron la casa intacta. No tiene sentido.

Entro en la casa. Es domingo y no tengo clase; mejor, no tengo ganas de ver a nadie. De hecho, voy a hacer un bizcocho bien cargado de chocolate.

Por suerte, mi padre no está. Ha salido con sus nuevos amigos del trabajo para una comida en casa de uno de ellos. Mi padre tiene una gran facilidad para hacer amigos.

Pensar en mi progenitor me hace recordar lo que me dijo Will del suyo, que lo odiaba. No sé mucho de su padre; sé que murió, pero no cómo.

Mientras se hace el bizcocho, voy a por el portátil y busco información en internet. Pronto encuentro que murió en un accidente de coche por conducir borracho e ir a gran velocidad.

Era muy atractivo. Se parecía un poco a Will, aunque, si he de ser sincera, este lo supera en belleza.

Busco información de Will y apenas sale nada.

Me fijo en que no sale ningún reportaje que hable de que ayuda a los niños más necesitados, como me dijo. Me mintió. Cuanto más conozco a Will, más cambia la primera impresión que me dio al mirarlo, en la que solo vi a un chico increíblemente guapo, pero sin nada dentro que fuera interesante.

Me equivoqué.

Saco el bizcocho del horno justo cuando tocan a la puerta.

Voy a abrir y veo tras esta al mayordomo de Will con un paquete.

—Hola. Buenos días —le digo al hombre.

—Buenos días, joven Andy. Esto es para usted. De parte del señorito William.

—¿Para mí? —Cojo el paquete envuelto en papel de estraza marrón.

—Sí. Disfrútelo.

Empieza a irse, pero le digo que espere un momento.

Voy a la cocina a por el bizcocho y lo meto una caja de cartón para tartas. Se lo llevo al mayordomo y se lo tiendo.

—Para Will.

Asiente y se va.

Entro en casa creyendo que en la caja estará mi ropa limpia, que se quedó en su coche ayer. La abro y sí, está mi ropa, pero también un móvil nuevo de última generación con una nota:

Este es sumergible, porque intuyo que te meterás o te meterán en más problemas.

No acepto devoluciones.

Es un regalo por salvarme la vida ayer.

Will

Busco la nota de Will en mi cuarto tras dudar un rato si abrir o no el móvil, hasta que me fijo en que la caja ya estaba abierta y el móvil, operativo. Lo ha hecho aposta para que no pueda devolverlo. Le pongo mi tarjeta SIM, que, por suerte, sobrevivió a la tarde de ayer, y marco su móvil.

No tarda en cogérmelo.

—Buenos días, Andy —me saluda.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Intuición masculina. ¿Llamas para agradecerme el regalo del móvil?

—Llamo para decirte que no lo quiero...

—Yo he aceptado tu bizcocho, que, por cierto, está muy bueno. Tú puedes aceptar mi móvil.

—No es lo mismo.

—Para mí, sí. Lo tenía sin usar en mi casa. Tengo dinero suficiente para que el gasto de ese móvil sea equiparable a lo que es para ti el gasto de los ingredientes de tu bizcocho.

—Siempre que hablas dices algo que estropea lo que pienso de ti.

—Vaya, ¿ya no piensas que aparte de ser guapo y estar muy bueno soy buena persona?

—No estás tan bueno.

—Acabas de bajarme el ego —dice de broma—. ¿Estás bien?

—Sí, he dormido un poco. ¿Y tu golpe en la cabeza?

—Nada importante.

Nos quedamos en silencio.

—Will... ¿Y si demostrara que toda la leyenda que corre por este sitio no es más que un engaño turistas?

—Andy, ayer casi mueres. Recuérdalo cada vez que tengas ganas de cerrarles la boca con la verdad.

—¿Y si me ayudas? Somos buenos juntos desenterrando secretos.

—No puedo ayudarte. Ni quiero —añade y me recuerda que no somos amigos. No somos nada.

—Entiendo... Nos vemos en clase.

Cuelgo y me quedo mirando la casa. Decido registrarla una vez más. Tiene que haber algo escondido entre las paredes, algo que he pasado por alto.

Toco cada libro viejo, cada lámpara, pero no encuentro nada.

Cansada, voy a mi cuarto y veo que se me ha caído la ropa al suelo cerca del escritorio. Me agacho a cogerla y al levantarme me golpeo bastante fuerte con el cajón de la mesa.

Grito y me siento en el suelo para tocarme la zona dolorida. Al hacerlo, veo que ha caído al suelo un papel teñido por el paso del tiempo. Lo giro y leo una perfecta caligrafía que no pertenece a este siglo:

Te amo, mi Joanna Spark, aunque ellos  
creyeron extirpar de mí todo el amor.

William

Miro la nota firmada por el amor de Joanna, que descubro que se llama William; tal vez Will lleve su nombre por su antepasado. Saco el cajón y no veo nada más. Debí de quedarse al fondo de este y, con el golpe, caer al suelo.

Miro el escritorio y veo tallada en él una flor de almendro preciosa, con muchísimo detalle. Es lo único interesante que he encontrado en esta casa y tampoco me da pista alguna para seguir.

Estoy recogiendo un poco cuando tocan a la puerta.

Bajo a abrir y me encuentro con Aaron, que, al verme, da las gracias y me abraza con fuerza.

—Acabo de enterarme de la encerrona... No sabían si estabas bien... Yo... no lo sabía —me dice preocupado.

—Estoy bien. No pasó nada.

No sé por qué no le cuento que Will me salvó, por qué siempre oculto mis ratos con Will. Es como si quisiera guardarlos solo para mí.

—Son unos idiotas... No sé cómo podían saber que era peligroso y mandarte sola allí.

—Pues que se fastidien, porque estoy perfectamente.

—Ya lo veo. He pasado una noche muy liada y hasta que no he vuelto al pueblo no me he enterado de todo esto... no pude casi ni mirar el móvil. Lo siento. Yo te invité.

—Fue divertido y muy fácil. He jugado en otros sitios mucho mejor preparados que ese.

—Sí, por suerte van a cerrarlo definitivamente. Esta mañana ha salido la noticia.

—Me alegro.

—Te invito a comer lejos de este lugar. ¿Te apuntas?

—Vale, no tengo nada mejor que hacer.

Subo a cambiarme y a por mi móvil, y antes de bajar me bajo la aplicación de chat con Alma Oscura.

Entro y veo que no tengo mensajes de él, y eso coincide con lo que me ha contado Aaron. No sé por qué esta vez tener una pista más de que es él no me alegra tanto.

En el fondo, quería algo que me hiciera creer que puede ser otra persona... que puede ser Will.

Reconocer esto me pone nerviosa.

No quiero analizar por qué he pensado eso. No quiero saber la respuesta.

Bajo donde me espera Aaron y me marcho con él.

Entro a su coche y, al mirar por el retrovisor, veo a Will alejarse. ¿Iba a mi casa?

Aaron da la vuelta al coche para irnos y, al pasar por donde acabo de ver a Will, no hay ni rastro de él.

Sé lo que he visto, pero también sé que, si le pregunto, no me dirá la verdad o le restará importancia a esta.

Mientras me alejo, pienso que ojalá encontrara la forma de llegar hasta él, a ese chico que tiene miedo de que lo toquen y que, si he de ser sincera, yo me muero por acariciar.

## Capítulo 18

*Will*

Estoy en el *pub* con mis amigos o con los que se espera que sean mis amigos.

Ashley está a mi lado. No me toca. Todos saben que odio que la gente me toque, aunque ignoran por qué. De pequeño, cada vez que lo hacían, se lo decía y ya ni se molestan en intentarlo.

Nunca se lo he contado a nadie. La única que lo sabe es mi madre. Es nuestro secreto.

—Lástima que siga viva —dice Phoebe cuando ve entrar a Andy con Aaron al *pub* de su familia.

La miro sin que se dé cuenta y me pillá, porque ella también está observándome. Sé que se pregunta por qué fui esta mañana... Yo también lo hago. No entiendo por qué quería estar a su lado, más tras nuestra llamada y mi metedura de pata. No confío en ella. No me fio de sus intenciones... No debería sentir ese deseo cada vez más intenso de estar a su lado.

Veo el dolor en sus ojos por verme aquí, al lado de las personas que desean su mal.

Ella no lo entendería. Yo, sabiendo la verdad, a veces tampoco lo hago.

Aparto la mirada y me centro en mis amigos, tragándome las palabras que quiero decirles por lo del día anterior y la rabia que me corre por las venas. Aprieto los puños bajo la mesa y no dejo que nadie lo vea.

—No sé por qué Aaron empieza a irse con ella. Se nota que le gusta —protesta Ashley—. ¡Qué mal gusto tiene el pobre!

—Lo mismo quiere meterse entre sus grandes pechos...

Observo con rabia a Roman, que se queda pálido y aparta la mirada.

—Yo tengo mejores pechos. Mi padre pagó al mejor cirujano —dice Phoebe con frialdad, hablando de la cirugía que se hizo, una de ellas.

—Eso sin dudarlo —indica Roman comiéndosela con la mirada. Que estos dos se han liado más de una vez es un secreto a voces.

Siguen hablando.

Miro de reojo a Andy y veo a Aaron acariciándole la mejilla.

Ver que la toca me causa unos celos que nunca he experimentado por nada ni por nadie. Desconcertado por este sentimiento tan negativo, me marché de allí sin despedirme.

Ahora mismo no tengo ganas de fingir ante nadie.

Llego a mi casa buscando una salida y escapo por uno de los pasadizos secretos que descubrí de niño cuando buscaba libertad.

*Andrea*

Me tiro en la cama tras cenar con Aaron.

Hoy estaba muy cariñoso.

No me han disgustado sus atenciones, pero tampoco me han hecho sentir nada.

Hace tiempo me habría conformado con sentir algo, porque sabía que me iría antes de poder enamorarme y cualquier sentimiento era bueno antes de mi partida.

Ahora quiero más.



Ahora quiero sentirlo todo.

Cierro los ojos y mi mente recuerda a Will, nuestros encuentros. Lo que siento cuando lo tengo cerca... cuando no habla y me recuerda por qué no me gusta por mucho que me atraiga.

Miro mi móvil y veo un mensaje de Alma Oscura.

**Alma Oscura:**  
Hola, ¿qué tal la tarde?

**Andy:**  
Bien.

Pienso en si me lo pregunta porque es Aaron y quiere sacarme qué he sentido al estar a su lado.

**Alma Oscura:**  
¿Quieres tenerme cerca?

**Andy:**  
Claro.

Digo sorprendida por este cambio en la conversación. No lo esperaba. Aaron tal vez quiera dejar este juego y poner las cartas sobre la mesa.

**Alma Oscura:**  
Te espero mañana en la playa al atardecer.

Aparece como desconectado.

Siento que mi corazón martillea con fuerza ante la idea de verlo, de saber quién es, y me pregunto si cuando Aaron se descubra, estos latidos tan frenéticos pasarán a ser solo latidos de un corazón vivo y nada más.

Estoy nerviosa y el misterio me corre por las venas. Estoy deseando que llegue mañana; por eso, cuando me acuesto, me duermo con una sonrisa en la cara y el corazón latiéndome con una fuerza poseída por el misterio.

Llego a clase y me pongo al final.

Veó dos sitios libres. Uno es al lado de Will y no dudo en sentarme cerca de él.

Está apuntando algo en su libro y me mira de reojo.

—Tu móvil es una pasada... Hace unas cosas increíbles.

—Lo sé, es igual que el mío.

—Me gustaría pagártelo.

—Cuando hagas bizcocho, me mandas un trozo.

—Entonces te vas a hinchar. Hago muchos.

—No se te nota. Estás muy delgada.

—No estoy tan delgada y mi herma... mi padre se los lleva para sus compañeros.

—A los padres no los elegimos —me dice.

—Ya. Yo lo quiero más que a nadie. Iría a cualquier sitio por él, pero cada vez que me llama hermana, siento que él no haría lo mismo por mí —le confieso.

—Te entiendo. Es un capullo por no asumir su paternidad.

—No es un capullo.

—Lo es por no llamar a las cosas por su nombre.

—Habló el que tiene cientos de secretos a sus espaldas. —Nos miramos desafiantes—. Cuando creo que empiezo a comprenderte, dices algo que me recuerda las razones por las que nunca seremos amigos.

Me levanto y me cambio de sitio triste, porque me siento tonta cada vez que me acerco a Will por lo bueno que veo en él. Siento que me empeño en buscarle cosas buenas porque trato de explicar por qué está empezando a gustarme alguien que tiene esa personalidad tan horrible.

Necesito dar sentido a los fuertes latidos de mi pecho cada vez que lo tengo cerca.

La clase termina y me voy a la siguiente, donde me encuentro con Ani, una amiga de clase que se ha convertido en mi confidente. Empezamos a sentarnos juntas en algunas clases y acabamos por irnos juntas a almorzar. Al final, ella me contó que su padre acababa de divorciarse de su madre porque se había enamorado de su secretario y yo le conté cómo era mi vida.

—¿Qué tal te fue en el *escape room*? —me pregunta en la cafetería con un café cada una.

En ese momento me acuerdo de que Will acertó cuál era mi forma de tomar el café, pero tenía que dejarlo mal. No pude evitarlo.

—Casi me maté... horrible.

—¿En serio? Cuéntamelo, así me olvido de cómo ha sido conocer al novio de mi padre.

Ani entiende a su padre, pero no comprende cómo ha estado tantos años callando lo que sentía. Es como si ahora lo conociera realmente y tiene miedo de que le esconda secretos más gordos, ya que revelar este le ha costado casi diecinueve años. Y ahora no solo tiene que aceptar que su padre le ocultó esto por miedo, sino que sus padres, a los que adora, se han separado y su madre ha caído en una depresión porque sigue enamorada de su exmarido, el que en realidad nunca la ha deseado.

Se lo cuento sin mencionar a Will.

—Ya te lo dije. En ese pueblo están todos para que los encierren.

—Ya te digo.

—Tienes que vivir allí, pero pasar de ese lugar. Haz tu vida lejos y, cuando podáis, os buscáis un piso por aquí cerca.

—Ya. Es lo que tengo que hacer.

Miro hacia la entrada de la cafetería y veo entrar a los mellizos. Damon hace amago de saludarme, pero su hermana me gira la cara.

—Algunos viven toda la vida creyendo que están en el instituto. Inmaduros —dice al verlos.

—Ya debería de estar acostumbrada a decir adiós.

—A eso no se acostumbra nadie. La gente solo se endurece con cada despedida, pero en el fondo siempre espera que esto cambie.

Tiene razón.

Asiento y hablamos de las clases.

Aaron entra a la cafetería cuando estamos recogiendo para irnos. Me ve y me guiña un ojo, y me hace pensar si es su forma de decirme que esta tarde se sabrá la verdad de todo.

Lo saludo, pero en el fondo deseo que no sea él.

# Capítulo 19

*Andrea*

Llego a la playa poco antes del atardecer.

Me siento cerca del mar y observo esta maravilla de la naturaleza.

A la gente le encanta el amanecer porque es como si fuera un nuevo comienzo. Yo creo más en los atardeceres, en esos que, tras un largo día, observas con cientos de promesas de lo que está por venir y con la paz de que el día transcurrido ha ido bien.

El amanecer trae la incertidumbre de no saber qué va a pasar; el atardecer, la paz de que todo ha ido bien y puede ir a mejor.

Cuando te pasas la vida de un lado para otro, aprendes a valorar más la tranquilidad de la monotonía.

Miro el móvil cuando entra un mensaje.

Es Alma Oscura.

Estoy muy nerviosa. Siento un nudo en el estómago.

Lo leo:

**Alma Oscura:**  
Estoy cerca, pero quiero pedirte que cierres los ojos y solo sientas. ¿Es mucho pedir?

**Andy:**  
Pensé que íbamos a vernos.

**Alma Oscura:**  
Te dije tenerme cerca...  
Tú entendiste otra cosa.

**Andy:**  
¿Por qué no quieres acabar con esta incertidumbre?

**Alma Oscura:**  
Porque quiero que me veas a mí.

Sé que no se refiere a él físicamente, que se refiere a que saber quién es no me influya a la hora de que me caiga mejor o peor.

**Andy:**  
Vale. Voy a cerrar los ojos.

**Alma Oscura:**

Ok, aunque, por si los abres, he tomado precauciones. Confía en mí.

Dejo el móvil a mi lado y, con la emoción por el misterio corriéndome por las venas, cierro los ojos y espero.

No tardo en oír el ruido de una moto. Se detiene a mi lado, muy cerca. Espero notando que el aire me acaricia las mejillas. Esto de no saber qué pasará ahora altera mis sentidos.

Lo oigo bajar de la moto y aproximarse, y, cuando lo tengo cerca, no solo lo oigo; mi piel reacciona a su cercanía y se eriza.

Mi respiración se agita cuando lo siento sentarse a mi lado y cuando me pasa la mano por la mejilla, los latidos de mi corazón se disparan.

Nada de esto tiene sentido y atribuyo mis reacciones al misterio.

Noto que sus dedos me bajan por el cuello.

Estoy temblando por lo que siento y, cuando la deja cerca de mi pecho sin llegar a tocarlo, para notar los latidos de mi corazón, estos se disparan aún más.

Me doy cuenta de que confío en esta persona, porque sabía que no abusaría de mi confianza y que se detendrá antes, algo que carece de lógica.

Me coge la mano y noto el tacto suave de sus dedos.

La pone sobre su pecho y noto los latidos de su corazón, igual de rápidos que los míos.

Me emociona compartir este momento, saber que somos dos locos sintiendo lo mismo.

Deja caer mi mano.

—¿Puedo abrir los ojos solo un segundo? Vas protegido... Sé que no hablarás, por eso si es que sí, dame dos toques y los abriré un momento.

No sé bien por qué necesito ese segundo.

Espero y no pasa nada.

Me hago a la idea de que es que no, hasta que noto sus dedos en mis labios. Me da un toque justo ahí, tan suave como un beso y el segundo hace que mis ojos se abran.

Al hacerlo veo su mano alejarse rápido, pero no lo suficiente para no haber visto el tatuaje que llevaba en la muñeca. No sé qué era ni si era grande o pequeño, solo que Aaron sí tiene un tatuaje ahí y Will no.

Saber que Will está completamente descartado hace que vuelva a cerrar los ojos, contrariada por la desazón que siento. Al fin y al cabo, solo pedí un segundo y ha sido suficiente para darme cuenta de que esperaba ver algo que fuera parte de Will.

Siento más por él de lo que me gustaría. Me asusta este sentimiento, porque, cuando lo miro, no entiendo bien todos los pedazos que lo forman.

Lo oigo montarse en la moto y alejarse de allí.

Me quedo un rato asimilando lo sucedido y sin comprender cómo dos personas pueden hacerme sentir lo mismo, salvo que a una no la he visto.

Me marchó a mi casa y, al llegar por el camino del acantilado, veo a cuatro personas esperándome vestidas completamente de negro y con la cara tapada. Dan un paso hacia mí y echo a correr huyendo de este hatajo de locos.

Llego al acantilado.

Me siguen.

Miro hacia atrás y sé que o me enfrento a ellos o terminaré cayéndome. Estoy preparada para enfrentarme cuando el ruido de una moto se cuele en mis oídos y aparece ante nosotros interponiéndose entre estos cuatro locos y yo.

Se lo piensan mejor y se alejan corriendo de allí.

—Gracias —le digo a Alma Oscura, pues no tengo duda de que es él.

Me tiende una mano y voy hacia él para cogerla y así subirme a su moto.

Lo abrazo y, una vez más, ahí están mis sentimientos a flor de piel y esa cantidad de sensaciones que no sé cómo explicar.

Llegamos hasta la parte trasera de mi casa y lo abrazo un segundo más antes de bajarme y dejarlo ir.

Lo veo perderse en la noche con el miedo de no comprenderme y no tener explicación para mis sentimientos, cansada de este pueblo y de todas estas tonterías para que me marche.

Tal vez eso sería lo mejor.

Irme lejos de allí y de mis sentimientos encontrados.

## Capítulo 20

*Andrea*

Se lo cuento todo a Ani en la comida. No puedo seguir con todo esto solo para mí.

Hoy no he visto a Will, pero sí a Aaron, de lejos. Lo saludé y seguí a lo mío. Necesito ahora mismo ordenar mis ideas tras lo de ayer.

—Me quedo flipada. En serio... entre lo de tu pueblo y tu chico misterioso, esto te da para una novela.

—Sí, pero seguro que el autor ya tendría claro el final. Yo ahora mismo no sé hacia dónde ir.

—Yo que tú seguiría como si nada. Si tu chico misterioso es Aaron, cuando sepas la verdad y se unan en uno, verás si lo que sabes de Alma Oscura lo complementa y te hace olvidar lo que sientes por Will, que no me extraña... Está muy bueno, el tío.

—Sí, pero me pone de los nervios. A veces siento ganas de abrazarlo y otras de ahogarlo.

Se ríe.

—El amor es así de complicado. ¿De verdad queda descartado Will?

—No tiene tatuajes y cuando he bajado a su cochera tampoco había motos. La ropa del motero era de alguien rebelde, no de un pijo como él que va siempre con ropa de diseño. Aaron es así. Y tiene tatuajes y sabe cosas de mí que solo él conoce.

—Al menos ahora sabemos que es un hombre. Pero ¿has pensado que pueda ser alguien del pueblo que esté usando ese anonimato para hacerte daño?

—Sí.

—¿Y no te da miedo?

—Mucho, pero la vida se divide en decisiones, en acciones que marcan el quedarte quieto dudando o el actuar con el miedo de qué sucederá. Hace años que me guío por este segundo. Con mi hermano nunca tenía segundas oportunidades. Para poder experimentar algo, tenía que ser rápida. Ahora mismo he decidido contártelo todo y arriesgarme a que me traicionen.

—Creo que saber que puedes irte en cualquier momento es lo que te hace vivirlo todo al máximo, sin el miedo de tener que quedarte para recoger tus errores. No todos tenemos esa suerte.

—Puede ser.

—Yo veo a mi exnovio casi cada día y va de la mano de la chica con la que me puso los cuernos. Él es mi error con patas y no puedo huir de él.

Me río por cómo lo dice.

—Tal vez ahora sea diferente y nos quedemos... —le digo.

—No lo sé, porque o tu hermano la caga con una tía y quiere salir corriendo, como me has dicho, o los de tu pueblo te tiran por el acantilado y se quedan tan panchos.

—No creo que lleguen a tanto.

—No lo descartaría. Lo de anoche fue de película de terror.

—La verdad es que sí. ¿Me acompañas luego a comprar espray de pimienta?

—Por supuesto y conozco un sitio muy bueno, pero solo te llevaré si me dejas ir este fin de semana a dormir a tu casa. Me muerdo por ver todo esto en primera persona.

—Eso está hecho.

Me mira emocionada. Yo no lo estoy tanto de seguir allí, pero como no me quieren, eso aumenta mis ganas de seguir solo para fastidiarlos; además, mi padre está muy tranquilo. Casi no lo veo. Se pasa media vida con sus nuevos amigos y de fiesta, pero de momento no hemos tenido que salir corriendo porque se haya metido en la cama de quien no debía.

Me despido de ella y regreso a mi pueblo usando el autobús. Al llegar veo a cientos de turistas seducidos por todo el misterio que circula sobre él en las redes. Muchos están haciéndose *selfies* o *stories*.

Paso al lado de uno que está contándole a la cámara de su móvil algo que no sabía:

—Se dice que tras la muerte de la misteriosa de Joanna, su alma fue vagando por el pueblo y delante de cada casa de sus hasta ahora vecinos apareció un árbol de almendro. Si lo quitaban, al día siguiente aparecía otro.

Se calla y lo miro.

Al verme observarlo, se me acerca.

—Hola, ¿vives aquí? —Asiento—. ¿Es cierto todo lo que cuentan en redes sociales o no son más que leyendas para atraer turistas?

—Leyendas para turistas.

—Lo sabía, pero el misterio está de moda en las redes.

—¿Y lo que has contado de los almendros?

—Apareció la otra noche en la web del pueblo. Una leyenda nueva. A veces añaden información para que sigamos viniendo. No son más que tonterías. A mí no me engañáis, pero de cara a mis seguidores, bien puedo hacerme el tonto.

Se ríe y me deja claro que no tiene muchas luces, más cuando cambia el gesto y pone cara de aterrado para grabar otra historia en su canal como si le diera miedo estar aquí.

—Algunos creen que el fantasma de Joanna sigue esperando para vengarse de todos...

Su conversación se pierde y sigo andando hacia mi casa. Si algo tengo claro es que no existen los fantasmas, pero sí personas que se aprovechan del miedo para generar misterio.

Llego a mi casa y, horrorizada, veo que han tirado piedras a los cristales. Han roto un par de ellos.

Enfadada a más no poder, me pongo a recoger los trozos.

Voy hacia las ventanas para taparlas y veo que algo sobresale del marco de una de ellas. Tiro y me encuentro con una llave con la cabeza en forma de flor de almendro. Parece antigua, pero justo hoy que los del pueblo han subido la información de los almendros a su web, encontrar esto me parece mucha coincidencia. Por eso, aunque la guardo, no le doy importancia, por si fuera de los desgraciados que nos han roto las ventanas.

—¿Nos mudamos, Andy? —me pregunta mi padre buscándome al llegar casi a las once de la noche.

Lo miro acercarse a mí y se sienta en la cama.

—No les daré ese gusto.

—No me gusta saber que puedan hacerte algo.

—Son unos cobardes. No me atacarían. Ya lo habrían hecho.

Mi padre no sabe nada de lo de la otra noche; si lo supiera, sé que haríamos las maletas corriendo.



—Eso no me tranquiliza. —Mi padre me mira serio.

—Todo está bien y estamos ahorrando por primera vez en nuestra vida. No quiero perder esto. Es la primera vez que no tenemos que comprar con miedo a no tener para comer al día siguiente.

—Lo que me recuerda algo. —Me tiende unos billetes—. Quiero que te compres ropa nueva y que lo hagas sí o sí, o te tiraré la ropa vieja y te tocará vestirme con la mía.

—No serías capaz. —Me mira de una forma que deja claro que sí lo haría—. Vale, iré a comprarme algo.

—Hay una fiesta en la universidad este fin de semana. Ve y cómprate algo rompedor. Lo mismo conoces al amor de tu vida o a alguien que te alegre la noche.

—No me extraña que la gente se crea que eres mi hermano. Los padres de mis amigas nunca les dan esos consejos.

—Eso no lo sabes. Los tiempos han cambiado mucho. Sea como sea, date un capricho.

Asiento y, tras hablar un poco del trabajo y las clases, se marcha. Dejo el dinero en la mesita y pienso si debería gastarlo. Nunca he desperdiciado el dinero en tonterías. Sé que me hace falta renovar mi armario, pero me asfixia gastarme ahora lo que luego necesitaré.

Lo miro y, por una vez, decido ser egoísta. Solo por una vez.

El profesor nos pide un trabajo para el que no encuentro nada útil en los libros de la universidad. Estoy por rendirme cuando recuerdo la biblioteca a la que me llevó Will. Esa selección de libros sí podría ayudarme.

Lo busco en los sitios en los que suelo verlo y lo encuentro al lado de Roman. Al verme ir hacia él, se acerca.

—¿Me buscas?

—Puedo buscar a Roman o ir a otro lugar.

—Vamos conociéndonos e ibas mirándome con cara de querer algo de mí. ¿Qué necesitas?

—La dirección de la biblioteca que me enseñaste. Necesito ir.

—Vamos. —Will empieza a andar hacia donde se encuentran aparcados los coches—. ¿No me sigues?

—¿No puedes dármela aquí?

—No —dice sin más.

Lo sigo, aunque me pone de los nervios.

Voy imitando su voz cuando se gira para mirar si lo sigo y le hace gracia mi reacción.

Llegamos a su coche y lo abre.

—Tengo papel en la mochila, puedo apuntarlo e irme.

—No tengo nada que hacer y también quiero revisar unos libros. Podemos ir juntos y te ahorras el dinero del autobús.

—¿Esperas que quiera soportarte más tiempo del necesario? —pregunto entrando a su coche.

—Sí —dice una vez dentro.

Conduce callado y lo agradezco. Mi idea era verlo solo un segundo, no estar a su lado tanto tiempo. Si he de ser sincera, me gusta estar aquí, con él. Algo que no debería sentir.

Llegamos y Will, como el otro día, compra algo para comer. Esta vez yo también he comprado algo para compartir. Llegamos a donde están los libros y me pide las notas del trabajo.

Tras examinarlas, busca los libros que sabe que van a ayudarme, y así es.

Cojo notas y hago fotos con el móvil usando una aplicación de escáner.

Comemos mientras lo hago.

Estoy acabando cuando me doy cuenta de que Will lleva demasiado tiempo callado. Lo miro y se ha quedado dormido. Dormido sentado mirando hacia delante. Si hasta parece adorable y todo.

Me permito mirarlo sin sentir sus ojos aguijonearme y ponerme tan nerviosa.

Sus cejas son más oscuras que su pelo rubio. Sus pestañas, igual, y por eso sus ojos azules se ven más intensos. Tiene el gesto tan tranquilo que me hace verlo mucho más joven de lo que siempre aparenta. Solo es un año mayor que yo, pero, en ocasiones, siento que entre los dos hay toda una vida.

Me centro en sus labios, grandes, firmes y gruesos. Su barbilla tiene un pequeño hoyuelo que solo se ve según la luz. Sería muy guapo si sonriera más, porque ya lo es sin hacerlo.

—¿Has dejado ya de comerme con la mirada?

Me sobresalto cuando, al mirarlo a los ojos, veo que está despierto.

—¡Joder, qué susto!

—Yo sí que me he asustado al despertarme y verte ahí con esa cara de deseo... Pensaba que me saltarías al cuello y me violarías.

—¿Te crees muy gracioso? No te tocaría ni con un palo —lo pico y sonrío—. ¿No has dormido bien?

—No, demasiados recuerdos atormentándome —me dice sorprendiéndome.

—¿Como cuáles?

—Ya te he dicho demasiado. —Se pasa las manos por la cara y coge su refresco. Al ver que no le queda nada, se marcha a por más.

Lo veo irse preguntándome qué fantasmas lo han atormentado al cerrar los ojos. Me encantaría saberlo para ayudarlo a espantarlos.

Al poco, regresa con otra bebida con cafeína.

—Si pudieras pedir un deseo, solo uno... ¿qué pedirías? —me pregunta de repente al sentarse.

—¿Y esta tontería de juego?

—Es para no dormirme. Si te dejo estudiar, me dormiré otra vez.

—También podemos irnos...

—Necesito espabilarme más antes de conducir. —Asiento—. Responde.

—Que mi padre esté bien.

—¿No pedirías todo el oro del mundo? Con él casi puedes comprar la inmortalidad.

—Casi, pero no. Si tengo todo el oro pero a mi lado no están las personas a las que quiero, no tengo nada.

—Has respondido lo que toda candidata a *miss* diría; eso y la paz en el mundo, claro.

—Eres tonto. Y yo que creía que me lo preguntabas en serio...

Sonríe de medio lado.

—Puede que haya sido en serio... Otra pregunta.

—A ver si se te pasa pronto el sueño y nos vamos...

—Si te encanta este juego.

—Pues juguemos los dos. ¿Qué te atormenta al cerrar los ojos?

Apoya los brazos en la mesa y luego la cabeza entre ellos.

—Mi padre... Ya sabes que lo odio.

—¿Por qué?

Se gira y me mira con intensidad.

—Amas a tu padre. Yo odio al mío. ¿No crees que se debe a que ese cabrón hizo algo para convertir la devoción de un hijo en odio?

—¿Algo como qué? —le pregunto con el corazón latiéndome con fuerza.

—Nada. Olvídalo. Yo he sido mal hijo... —dice cambiando de tema—. Ya me conoces, soy un capullo.

Llevo la mano hasta él, porque sé que miente, porque trata de protegerse al contarme demasiado.

La dejo a pocos centímetros de su mejilla. No lo toco, porque sé que lo odia, pero mis dedos se mueren por acariciarlo, por darle mi apoyo, por decirle que, sea lo que sea, seguro que no fue todo culpa suya. Si un padre convierte el amor en odio, es que debe de haber hecho algo muy malo.

Se gira. No me toca, pero su aliento me acaricia los dedos. Noto en sus ojos la impotencia brillar un segundo. Es tan efímero que me pregunto si lo he imaginado.

No quito la mano y, cuando habla, sus palabras se me cuelan entre los dedos.

—¿Por qué te llama Andy? Es un nombre un poco masculino.

—Es cosa de mi padre... Creo que le habría gustado que fuera chico.

—Lo dudo. Te quiere tal como eres, y eso es lo que lo diferencia del resto de los padres que tratan de hacer que sus hijos sean como desean. —Eso me da una pista de lo que pudo pasar—. Yo voy a pensar en otra forma de llamarte.

Aparto la mano.

—¿Y eso?

—No me gusta ser como el resto y si sigues a mi lado... como amigos. Quiero ser diferente.

—Te gusta marcar la diferencia, pero vas vestido con ropa que no habla nada de tu propia persona.

—¿Y eso es porque mis pantalones no tienen rotos que cuenten historias? —Me saca la lengua—. Te encanta mi estilo de niño pijo. Te mueres por mis huesos.

—Ya te gustaría.

Me mira y no responde.

Me quedo con las ganas de su respuesta, porque este chico de ojos tristes y misteriosos me gusta más de lo que debería.

# Capítulo 21

*Will*

—¿No vas a venir? —le pregunto a mi madre por el móvil.

—No, voy a seguir de viaje un poco más. —Se queda en silencio al igual que yo—. Cuídate, hijo.

No le respondo y dejo el teléfono en la mesa de la cocina.

—¿Todo bien? —se preocupa Sebastian, que andaba cerca haciendo que limpiaba.

—Sí, como siempre.

Me mira a los ojos y sabe que miento. Él siempre ha sabido ver la verdad.

Recojo mis cosas y me marcho a la universidad sabiendo que ya he perdido un par de horas de clase. Por suerte, no es obligatorio estar en todas.

Llego a la cafetería y veo a Andy al fondo, con su nueva y única amiga, Ani.

Sonríen por algo que le cuenta Ani.

Como si Andy sintiera que la miro, se pone alerta y me busca. Una vez más, nuestras miradas se entrelazan y, aunque hay distancia entre los dos, es como si esta se acertara cuando estoy preso de sus ojos.

La saludo y sigo a lo mío, porque me cuesta aceptar este poder que ella tiene en mí, esta fuerza que me empuja hacia ella sin saber muy bien si quiero dejarme llevar.

El otro día la dejé en su casa sin más preguntas estúpidas. Quería saber más de ella, pero no me salía entablar una conversación sin más. Menos con ella, que a la mínima aprovecha la situación para saber más de mí.

Me hace sentir demasiado expuesto y vulnerable.

Me pido un café y la busco una vez más. Esta vez Aaron está a su lado desplegando su encanto, ese que ahora mismo desearía que se le atragantara.

—Eh... tío, cómo cuesta dar contigo —me saluda Roman—. ¿Vas a venir a la fiesta de este fin de semana?

—No me la perdería. —Se ríe y se marcha para hablar con uno de sus amigos, que son iguales que él.

—Hola —me dice Iván y por su cara sé que algo no va bien.

—Me debes una moto para poder venderla.

—La he perdido —confiesa serio—. La aposté y la he perdido. ¿Contento?

—No he dicho nada aún. ¿Acaso no tienes cabeza?

—Se me va cuando creo que puedo ganar...

—¿Contra quién jugaste?

—Contra el dueño de la moto. Lo que hicisteis Andy y tú no ha servido para nada. Saben cómo picarme...

—Solo se pica el que quiere. A veces no sé qué hacer contigo.

—Da igual. Todo ha vuelto a su curso. Es mejor pasar página. Ya he oído que vas a ir a la fiesta.

—Sí.

—Lo mismo hasta encuentras a una tía que te ponga y te quite esa amargura de encima.  
—Esta amargura es por ti —le suelto, pero sin querer miro a Andy y veo que está hablando muy sonriente con Aaron.  
—No le gusta ese idiota.  
—¿No le gusta a quién?  
—A Andy. Finge que le gusta, pero no lo mira como a ti.  
—A mí no me mira de ninguna manera y me da igual lo que haga con su vida...  
—Lo que tú digas, pero es como si se obligara a que le guste Aaron. Te apuesto lo que quieras a que le gustas tú.  
—No puedes apostar nada.  
—Es un decir.  
—Ya. Mejor vámonos. Aquí no hay nada interesante.  
—Eso, hazte el duro, pero a mí no me engañas. Te gusta Andy, aunque no quieras admitirlo.  
No le respondo porque no quiero. Andy me gusta más de lo que debería, más de lo que me gustaría y más de lo que querría, y, al fin y al cabo, es lo mismo y no lo es. Debería gustarme Ashley, ya que haría que mi vida fuera más fácil. Me gustaría no sentir nada por nadie. Los sentimientos lo complican todo y querría que todo fuera diferente, pero no lo es.  
Puedo admitir que me gusta, pero también que al mirarla no confío en ella ni tampoco en mí.  
La última vez que me sentí tan expuesto ante alguien, me hizo tanto daño que aún hoy quedan cicatrices imposibles de cerrar en mí. No sé si estoy preparado para bajar la guardia ante ella a riesgo de que me lastime como nadie antes.

## *Andrea*

Ani me lleva a una peluquería de su barrio. Vamos a comprar ropa tras pasar por la peluquería y luego va a venir a mi casa para dormir. Está emocionada. Yo espero que los del pueblo se estén quietos y no la lleen esta noche.

Me han hecho unas mechas finas para dar más brillo a mi pelo rubio y ahora me lo están cortando a capas sin perder su largo.

Al acabar me gusta lo que veo y Ani está encantada con su pelo. Le han dado mechas rosas que contrastan con su pelo castaño.

—Es genial. Gracias.

Pagamos y nos vamos a comprar ropa.

Me cuesta mucho dejarme llevar, pero al final Ani hace que me compre un par de vestidos y deje de lado lo de comprarme ropa práctica, excepto un par de vaqueros de mi talla y algunas camisetas.

Compramos para hacernos la cena y vamos con su coche hasta mi casa. Al entrar al pueblo, la gente nos mira. Hay turistas, pero parece que tienen un radar conmigo.

—Entonces la gente a los turistas les hace la pelota —asiento—, pero si te quedas a vivir, te tratan como el culo.

—Si te quedas a vivir y no estás casado con alguien, sí. Porque nada te une a este lugar.

—Y así llevan años y años echando a la gente.

—Eso parece. También puede ser un invento para que yo cuente mi experiencia en redes y les dé más publicidad. —Me encojo de hombros—. Paso de ellos y de sus tonterías.

—A mí me aparecen cuatro tíos vestidos de negro por la noche y me acojono.

—Da miedo no saber hasta dónde llegarían por sus creencias, pero hasta ahora solo juegan a asustarme.

—¿Y a tu hermano nunca le han hecho nada?

—No; por lo que sé, soy el punto débil. Pensarán que, si me aterro, querré irme y mi hermano me seguirá. A saber.

Llegamos a mi casa y Ani la mira impresionada.

Salgo del coche y cojo las cosas del maletero mientras ella sigue flipando con el lugar.

Entramos a mi casa y Ani me pide echar un vistazo a fondo. Dejo que lo haga mientras yo preparo la cena. Cuando estoy en la cocina, me llega un mensaje de Alma Oscura al móvil.

No le he escrito desde la otra noche, cuando nos vimos. Estoy desconcertada por lo que siento y porque, cuando tengo a Aaron delante, solo veo a un chico guapo y sexi que a mí no me hace sentir nada.

La otra opción es que sea uno de los que me atacaron, porque siempre sabe lo que me ha ocurrido, pero no lo veo haciendo eso, porque Aaron es de los que más pasa de las excentricidades de este pueblo. De hecho, lo pone nervioso que sean así.

Cojo el móvil y leo lo que me ha puesto:

**Alma Oscura:**

¿Trayéndote refuerzos para desvelar misterios?

**Andy:**

No, solo vamos a cenar y a ver pelis en mi cama.  
Noche de chicas.

**Alma Oscura:**

¿Mañana irás a la fiesta de la universidad?

**Andy:**

Sí, y me he comprado un vestido que me sienta espectacular.  
Me ha costado un poco malgastar el dinero en él, pero me consuelo en que lo usaré más veces.  
Hace tiempo aprendí a darles un toque diferente a los modelitos de una vez para otra.

**Alma Oscura:**

Seguro que te queda genial.  
Pasadlo bien.  
Yo estaré por allí, pero... no sabrás dónde.

**Andy:**

Cada vez tengo más claro quién eres.  
A ver si un día dejas de jugar y das la cara.

**Alma Oscura:**  
Cuando sepas quién soy, tal vez no quieras volver a escribirme.

**Andy:**  
No entiendo por qué.

**Alma Oscura:**  
Hablar con alguien así lo dota de una magia misteriosa que se termina cuando la realidad hace su aparición y explota esa burbuja.

Lo pienso y sé que tiene razón. Si es Aaron y me dice que es él, dudo que al escribirle sienta estos nervios en el estómago. Lo he intentado, pero al pensar en Aaron como Alma Oscura no siento lo mismo.

¿Y si fuera otra persona? Me aterra un poco pensar que pueda ser alguien que no conozco... que solo me observa.

**Andy:**  
Tienes razón.  
Buenas noches.

**Alma Oscura:**  
Te daré una pista.  
Hemos estado juntos muchas veces.

**Andy:**  
De este pueblo solo me hablan Aaron y Will, y este último no eres, porque no tiene tatuajes.  
Te delatas tú solo...

**Alma Oscura:**  
También has hablado con Damon; tal vez sea mi forma de protegerte o estar contigo sin hacerle daño a mi hermana.  
Y Roman siempre anda cerca. Lo mismo bajo esa pinta de capullo tengo un corazón de oro...

**Andy:**  
¿Y esos dos últimos tienen tatuajes en el brazo?

**Alma Oscura:**  
Damon, sí.  
Roman, descúbrelo.

Es cierto lo de Damon. Tiene uno pequeño en el brazo. Nunca había pensado en él, pero ahora que lo dice, todo encaja y tiene moto. ¿Por qué nunca lo he tenido en cuenta? Entonces

recuerdo que, cuando llegué, Alma Oscura no estaba en el pueblo y Damon sí. A no ser que me engañara para despistarme para que no sospechara de él... Es mejor no descartar a nadie.

**Andy:**  
¿Eres uno de ellos?

**Alma Oscura:**  
Sí, soy uno de los mencionados.

Saber que es uno de ellos me relaja. Si fuera Roman, hasta podría ser eso de que tiene una cara oculta.

Que Will quede descartado me deja una desazón en la tripa, porque es por el único que siento que me explotan cientos de cohetes en el interior cuando lo tengo cerca.

Hablamos un poco de la universidad y se me pasa el tiempo volando sin que me dé cuenta de que tengo que hacer la cena.

Me he relajado al saber que he acertado el círculo de posibilidades y hablo con él como siempre.

Dejo el móvil y me pongo a preparar algo para la cena.

Acabo y me sorprende que Ani tarde tanto en registrar mi casa. De hecho, no la oigo desde hace tiempo.

Voy a buscarla y no la encuentro. No hay rastro de ella, pero no he oído la puerta de la calle.

Su coche sigue en la puerta.

¿Qué ha podido pasarle?

Registro la casa por si se ha quedado atrapada, pero no la encuentro. No la oigo y no sé qué hacer.

Busco el móvil y llamo a mi padre. No tiene cobertura. Seguro que ya está de fiesta.

Veo el móvil de Will y lo llamo, porque ahora mismo no sé a quién recurrir.

—Hola... ¿Todo bien?

—¿Tan raro es que te llame?

—Sí, a menos que te mueras por mis huesos y quieras escuchar mi preciosa voz... por lo que ha pasado algo.

—Ha pasado algo... No encuentro a Ani. Es como si la casa se la hubiera tragado.

—Voy para tu casa. No hagas nada hasta que yo llegue, por si la cagas como la última vez que inspeccionaste una casa vieja.

—No sé para qué te llamo...

—Porque soy el mejor o, mejor dicho, admito que juntos somos un buen equipo. Estate quieta.

—No estoy sorda.

Cuelgo.

Will me pone de los nervios y, por desgracia, en más de un sentido.



## Capítulo 22

*AndREA*

Will no tarda en llamar a mi puerta.

Le abro y mi tonto corazón no deja de latir como un loco por su cercanía. Va vestido como siempre, con esa ropa de marca que parece sacada de un sastre privado por lo bien que le queda. Hoy lleva un jersey azul y unos chinos color caqui.

—¿Has dejado ya de devorarme con la mirada?

—No te soporto. —Sonríe de medio lado—. Estás muy bueno. Lástima que abras la boca y la cagues.

—Todo no puede ser perfecto —me dice antes de fijarse en mi pelo—. Me gustaba más antes...

—Que te den, Will. ¿Buscamos a Ani?

Se lo digo molesta porque una tonta parte de mí quería que me viera guapa. Soy patética.

—Claro y otra pregunta. ¿Por qué no has llamado al perfecto de Aaron? Se os ve muy bien juntos.

—¿Celoso, Will?

—¿De ti? En tus mejores sueños. —Le saco la lengua y subimos a la primera planta, porque antes de dejar de oír a Ani estaba por arriba.

—Llamé a mi padre y lo tiene apagado. Luego a ti.

—Qué honor que pienses en mí cuando una casa vieja puede matarnos de nuevo.

—Pues no la cagues y así saldremos vivos de esta.

—No la cagues tú, que te gusta mucho adelantarte a todo.

Bufo, me giro a mirarlo y está riéndose.

Acabo por sonreír también.

Dejamos la charla y nos centramos en encontrar a Ani.

La buscamos por la primera planta y no encontramos nada.

Subimos a mi cuarto y, aunque es grande, se me hace pequeño con Will allí. Le enseño lo que vi bajo el escritorio, pero, al tocarlo, no sale nada. Voy a buscar la llave que guardé en mi caja de música junto a la nota y no la encuentro.

—No está la llave y recuerdo que le dije a Ani que la había guardado aquí. ¿Crees que ha podido encontrar la cerradura?

—Puede ser. Ahora tenemos una pista y hay que buscar una cerradura.

Movemos cuadros de mi cuarto y muebles, algunos como la estantería o el escritorio están pegados al suelo y la pared, y no se pueden sacar. Descargamos todo los que están pegados o anclados y registramos el resto de las plantas. Al llegar a la primera parte, veo que el armario ropero de debajo de la escalera está medio abierto.

—Yo siempre lo cierro.

—¿No decías que la habías oído por arriba? ¿Qué andabas haciendo para no enterarte?

—Hablar por el móvil... Se ve que me abstraje demasiado.

Llevada por un impulso y aun sabiendo que odia que lo toquen, le cojo la mano, esa en la que

le vi a Alma Oscura el comienzo de un tatuaje, y le levanto el jersey.

No hay nada.

—¿Se puede saber qué haces? —me interroga tenso.

—Lo siento, Will... He ignorado que odias que te toquen porque quería saber si tenías un tatuaje.

—Luego me cuentas por qué. Ahora vamos a seguir con la búsqueda.

Entramos en el ropero y saco los abrigos y la ropa que guardamos en él.

Al fondo hay una pared que parece cerrada.

Will me da luz con su móvil y veo escondida una cerradura. No tenemos la llave, así que no sé cómo narices abrirla.

—Apártate. Con suerte no la ha cerrado y puede ser fácil abrir la puerta sin que esté la llave puesta.

Golpea la puerta varias veces hasta que esta cede y se abre mostrando la entrada a un sótano. No hay luz, por lo que cojo una linterna y le tiendo otra a él.

—Quédate aquí por si se cierra la puerta.

—Ni de coña —respondo.

—Cabezota —rumia antes de ir a buscar por la casa algo para que la puerta no se cierre. Trae una mesita pequeña y la deja ahí—. Intenta no separarte de mí.

—Lo mismo digo —señalo pasando ante él, adelantándome.

—Me cuesta creer que sigas viva viendo que te lanzas de cabeza a todo.

—Porque soy muy buena en lo que hago.

—O tienes una flor en el culo.

—Tengo un culo precioso, sí.

Bajamos y alumbramos el sótano con las linternas.

No está Ani.

Empiezo a ponerme nerviosa, porque es como si se la hubiera tragado la tierra. ¿Y si le ha pasado algo?

—Busca con cuidado y no toques nada. —Asiento y enfoco con la linterna en busca de alguna pista que nos lleve a otra sala secreta—. ¡Qué diablos!

—¿Qué pasa?

Busco a Will y lo veo mirando unos cuadros.

—Nada. Me pareció ver una rata.

—¿Una rata?!

—¿Te dan miedo?

—Me dan respeto y sus colas me dan repelús...

—Pues seguro que aquí hay ratas. Puedes subir a la casa y ya sigo buscando yo.

—Y que encuentres un tesoro y no pueda atribuirme el mérito... Vas listo.

—Sea como sea, lo mejor es que cuando encontremos a Ani, no bajéis más a este sitio. Puede haber ratas —me da un escalofrío— o el suelo puede hundirse. Y solo son muebles viejos.

—¿Y si aquí hay algo que esclarece el misterio?

—No hay misterio, Andy, solo un montón de tonterías para los turistas y un montón de idiotas a los que les gusta asustar a la gente porque se las creen. No hay nada importante.

Miro a mi alrededor y solo hay muebles viejos destrozados por el paso del tiempo. Ya

decidiré qué hacer más adelante; de momento, quiero encontrar a Ani.

Will se mueve por la sala y al hacerlo oigo que el suelo de madera cruje.

—Hay algo aquí —digo pasando por encima y vuelve a crujir.

Aparto una manta vieja y vemos una trampilla.

Tiramos de esta y se abre otro pasadizo ante nosotros.

Will salta y me tiende una mano; podría bajar sola, pero no lo hago porque quiero tocarlo. Cojo su mano y tira de mí. Al caer no calculo bien y caigo sobre su pecho. Me quedo un segundo cerca de él.

Noto su corazón acelerado. No le soy tan indiferente como quiere aparentar y él a mí tampoco.

—Aparta —me dice alejándose.

—Perdón.

—No pasa nada, pero no olvides que odio que me toquen.

—Cómo olvidarlo, si me lo dices cada dos por tres.

Llamo a Ani y espero que responda; cuando lo hace, casi lloro de la emoción.

—¡Aquí! ¡Ayúdame! —me grita aterrada.

Voy hacia ella y casi me caigo, pero Will me coge a tiempo.

El suelo está húmedo.

Seguimos el camino y llegamos a un embarcadero muy pequeño de piedra; tal vez una salida para que los habitantes de la casa pudieran huir en plena noche si los asaltaban.

Busco a Ani y veo sus manos sujetas a unas cuerdas.

Voy hacia ella.

—No puedo subir...

Llegamos hasta donde está y, sin pensarlo un instante, Will me da la mano antes de agacharse para coger a Ani. Me usa como sujeción, porque el suelo está muy resbaladizo. Que confie en mí así me gusta.

Sube a Ani y esta, al verme, me abraza con fuerza.

—Creí que acabaría por caerme... No dejé de gritar, pero no me oías y al final guardé mis fuerzas para no caerme.

—¿Y se puede saber cómo has acabado aquí? —la interroga Will andando hacia la salida.

Hacemos lo mismo con cuidado y nos alejamos de esta zona.

—Quise ver hasta dónde llevaba esto y me resbalé. Por suerte, pude sujetarme a la cuerda, pero, cuando trataba de subir, no era capaz de alzar mi peso. El miedo me tenía paralizada. Temía que, si me movía mucho para lograrlo, la cuerda se rompiera y me cayera al mar... Me siento ridícula.

—No lo hagas —digo—. A mí las tormentas me anulan y no sé reaccionar.

—Bueno, al menos no soy la única a la que el miedo la atonta.

—No.

Llegamos al sótano y subimos a la casa.

—Se me ha olvidado el móvil en el sótano —dice Will una vez que estamos arriba y echa mano para buscarlo—. Voy a por él.

—Vale.

Subimos a mi cuarto y le tiendo toallas limpias para que se dé una ducha caliente y se

reconforte.

Bajo cuando Will sube del sótano. Me sorprende que haya tardado tanto.

—¿Husmeando entre las antigüedades?

—No, peleando con una rata para que no subiera a la casa.

—Lo que me recuerda... ¿Crees que alguna ha podido colarse?

—Sí. Ahora vengo y te traigo de mi casa algo para evitar que tengas ratas o insectos, o dudo que duermas esta noche.

—No tienes por qué hacerlo.

—No, la verdad es que no.

Se marcha sin decir nada más.

Cuando regresa, Ani ya está conmigo en el salón y, aunque casi se cae, está emocionada por la aventura, por haber encontrado ese pasadizo secreto.

Ayudamos a Will a instalarlo todo y me quedo más tranquila, la verdad.

—Bueno, yo me marchó —nos informa—. A ser posible, no os matéis.

—¿Qué majo eres! —dice Ani—. Gracias por salvarme.

—De nada. La culpa es de Andy, que se ha pensado que somos amigos y me ha llamado para joderme la noche.

—¿Ves? Esta es una de las razones por las que no lo soporto —le indico a Ani.

—Soy encantador.

—Igual que un grano en el culo —señalo en la puerta.

—En el fondo no puedes vivir lejos de mí.

—Es un placer meterme contigo, qué le vamos a hacer.

Me mira con una sonrisa.

—Mentí, no te queda mal el peinado, pero... tampoco es para tirar cohetes.

—Idiota.

Se marcha y, al girarme, Ani me mira alzando las cejas.

—Te mueres por sus huesos.

—Ni de coña.

—Y hasta creo que a él le gustas...

—A él solo le gusta su reflejo.

—No. Creo que le gustas tú.

—No nos soportamos...

—La verdad es que lo vuestro parece una lucha de egos constante, pero creo que en parte es para ocultar con ello la verdad.

No le digo que puede que tenga razón, porque por alguna extraña razón con Will siempre digo lo primero que se me pasa por la cabeza y casi siempre es para ocultar lo que siento cuando lo tengo delante.

Es más fácil pelear que hacer el amor.

¿Hacer el amor? Estoy muy mal.

Miro a Ani y nos centramos en lo sucedido esta noche, porque, si pienso en Will, acabaré por encontrar cientos de excusas para no reconocer lo mucho que me gusta, y una de ellas se llama Alma Oscura, por el que siento ahora mismo sin conocerlo lo mismo que por Will, solo que al primero no me dan ganas de cerrarle la boca cada dos por tres.

## Capítulo 23

*Andrea*

A primera hora de la mañana, tras desayunar algo, bajamos a investigar al sótano secreto. Tras un rato viendo objetos viejos y rotos, nos desanimamos. Yo esperaba encontrar algo más interesante.

—Los cuadros no son muy allá —dice Ani—. Casi todos son de almendros. Tenía obsesión por ellos.

—Sí, eso parece.

—Lo que llama la atención es este que está roto. —Voy hacia ella y veo un cuadro cortado al que le han quitado el lienzo—. Lo mismo el almendro que seguro que mostraba no le gustó.

—Seguramente —señalo sin darle mucha importancia.

Este lugar está lleno de cosas inservibles.

Vamos hacia el embarcadero con cuidado y a la luz de día sé que la piedra está mojada, y observamos que hay unas escaleras en la piedra para llegar hasta el mar. Antes de llegar a ellas, Ani se resbaló y se cogió a una cuerda que había sujeta a un anclaje de hierro oxidado; al estar la roca mojada, le costaba subir sin resbalarse.

Tuvo suerte, porque habría caído al mar y a las rocas que se atisaban.

—Lo miro y me dan taquicardias de pensar lo que podría haber pasado.

—Es mejor que regresemos. No hay nada interesante que ver aquí.

Asiente y subimos a mi casa.

Anoche me costó dormir pensando que encontraríamos algo interesante; ahora me embarga la desilusión de que todo sea tan normal. Hasta he comprendido el sentido del embarcadero, porque antes tenían pasadizos o embarcaderos secretos para poder huir sin ser vistos.

Damos una vuelta por el pueblo y en la plaza vemos a Will con sus amigos. Nos mira y no nos saluda, algo que esperaba, pero que no puedo evitar que me siente mal.

Apartamos la mirada y, tras hacerle una ruta turística por la zona, vamos a donde está el pueblo cercado.

—El muro es muy alto.

—Sí —respondo—. Está claro que no querían que nadie entrara.

—Lo mismo porque está lleno de más almendros maravillosos y así se los quedan para ellos solos —dice recordando lo que hemos visto por internet en la web del pueblo—. Lo mismo las casas tienen vías de escape.

—Seguramente, pero dudo que las encontremos. Lo mejor es dejarlo estar todo.

—Sí, pero porque creo que ahora mismo es darnos contra una pared y, al fin y al cabo, lo que pasara aquí no nos atañe.

—Exacto.

—Ahora volvamos a tu casa para comer y ponernos arrebatadoras.

Regresamos. Estamos solas.

Mi padre no ha venido a dormir. Me mandó un mensaje para decirme que estaba bien, pero que no iba a pasar la noche en casa. Seguramente ha conocido a una mujer... Espero que de

verdad esté soltera.

Ani me arregla el pelo. Maneja la plancha que da gusto. Yo soy un desastre con ella y la que tengo es tan barata que me lo achicharra, pero por suerte ha traído la suya. Me maquilla, aunque le digo que estoy bien con poco maquillaje y, cuando me miro al espejo, me cuesta reconocerme al principio; tras unos segundos, me gusta mucho lo que veo.

Me ha resaltado los ojos y los labios.

Parezco otra así vestida, con el pelo arreglado y maquillada.

Me siento como desnuda. Con mi otra ropa es como si todo estuviera como siempre; así me siento expuesta a reacciones que no controlo.

—No te mires más, que estás espectacular.

Asiento y recojo mi bolso con mi móvil dentro para irnos.

Ani ya ha recogido sus cosas porque tras la fiesta regresa a su casa.

Yo pediré un taxi para volver.

Llegamos a la fiesta, que es en un *pub* de moda de la ciudad, cerca de la universidad.

Está llena de gente. De gente que no me conoce. Tal vez sea el mejor momento para disfrutar y dejar de pensar en todo lo que me preocupa.

Andamos hacia la pista de baile después de coger algo para beber y, tras beberlo de un trago, bailo con Ani como sé, como me gusta, como siempre evito hacer por prejuicios. Hoy estoy libre de ataduras; las inseguridades son una de las más grandes sogas que nos asfixian.

## *Will*

Observo a Andy bailar mientras oigo a mis amigos hablar de tonterías.

Ashley no para de insinuármeme y de sugerir que vayamos a un sitio más privado para los dos, algo que no pienso hacer nunca. Me hago el tonto, como si no la oyera.

Lo hago mientras veo a Andy bailar sin que nadie se dé cuenta.

Está preciosa, como siempre. Ya puede ponerse una bolsa de basura, que al mirarla siempre la veo bonita y es algo que me fastidia, pero a lo que empiezo a acostumbrarme.

Andy me atrae y mucho, y, por si no se notase, solo tengo que hablar para demostrarlo... o mejor dicho, parecer idiota. Siempre he sido así, pero es la primera vez que encuentro a alguien que me sigue el juego y hace que me divierta en vez de que me sienta mal por ser tan capullo.

Sé casi seguro que esta mañana han estado investigando. La puede el misterio. Lo vi en sus ojos. Por eso tuve que inventarme lo del móvil y romper con la navaja de mi llavero ese cuadro. Si lo hubiera visto, todo se habría complicado demasiado.

Es mejor que nadie lo vea.

Yo lo he escondido en un lugar secreto al que nadie tiene acceso y nadie sabrá de su existencia.

Andy se percata de que la miro y me observa con una intensidad que parece que el resto de las personas se evaden. Al menos lo hacen en mi mente.

Solo existe ella y esa sonrisa que le sale por el alcohol ingerido.

Baila y lo hace solo para mí. Lo veo en sus ojos.

Me cuesta no acercarme a ella, no bailar con ella, no abrazarla... No tardo en recordarme que yo no sé ser esa persona. Solo sé mirar, ver la vida pasar entre anhelos y desconfianzas. Entre miedos y la seguridad de que siempre estaré solo.

Pero Aaron sí sabe y se acerca tras ella. Le pone el brazo en la cintura antes de bailar con ella. Espero que Andy lo rechace, que le diga que ese baile era para mí... pero no lo hace, aunque sí me mira un segundo, como si esperara algo de mí o como si me dijera *lo siento*.

Aguanto un poco más sin mirar a la feliz pareja antes de irme para buscar un poco de soledad en la parte trasera del *pub*.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando veo salir a Andy.

Pienso que me busca hasta que veo que lleva un papel en la mano y lo lee como si buscara algo.

Mira hacia los balcones de las casas colindantes al tiempo que alguien vuelca un cubo sobre ella.

Grito y voy hacia ella, pero es tarde.

Cuando llego, Andy está cubierta de lo que parece sangre.

Tiembla y más cuando dejan caer una nota que puedo leer claramente y ella no ve por estar pringada de sangre: «Márchate del pueblo o la próxima sangre que se derramará será la tuya».

Tira el papel que llevaba en la mano y cae junto al otro. Puedo leer en él que la citaban aquí para decirle algo importante sobre el pueblo.

Era un engaño para que cayera en la trampa.

Aparto las dos notas con el pie para que no las lea, se pierdan con la sangre y queden ilegibles.

—¿De verdad llegarían tan lejos? —pregunta tratando de limpiarse todo eso, dejando claro que la ha leído.

—Es posible.

—Tal vez debería irme.

—Seguramente sí —le respondo, pero en el fondo solo espero que si lo hace no sea lejos.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas. Está cansada de todo esto.

La entiendo.

Están llevando estas tonterías demasiado lejos. Cada vez odio más mi pueblo o quizá siempre lo he hecho.

Le seco las lágrimas con cuidado.

—No estoy llorando.

—Puedo guardarte el secreto.

Sonríe.

Abro la boca para decirle que la llevo a casa, algo que sí puedo hacer, aunque lo que de verdad deseo es poder abrazarla sin miedo.

—¡Andy! —Aaron aparece y, al verla así, la abraza sin que le importe mancharse, haciendo con facilidad lo que a mí me cuesta tanto y no porque lo desee menos.

—Eh... No salpiques, que vas a mancharme —le digo, porque al abrazarla la sangre ha salido disparada por la fuerza con la que la ha cogido entre los brazos.

Me alejo sabiendo que se irá con él, que no tengo nada que hacer.

Ojalá nunca la hubiera conocido, ojalá nunca hubiera venido a nuestro pueblo... Era más feliz cuando vivía sin saber el significado de la palabra amar.

# Capítulo 24

*Andrea*

Me ha costado mucho dormir esta noche.

Me debato entre contárselo todo a mi padre para que así recojamos y nos marchemos de aquí... o callarme.

Lo de ayer me dejó deprimida. Fue cruel y desmedido.

No le encuentro sentido a tanta crueldad y lo triste es que no es la primera vez que he sufrido acoso por parte de alguien que se cree superior. Siempre me ha dado igual, porque como sabía que me quedaría poco en ese lugar, no me preocupaba, pero ayer me dio por pensar si mi vida sería así siempre. Estoy cansada de ser siempre el blanco perfecto para esto. Ya me pregunto si me lo hacen porque no me quieren aquí o porque necesitan a alguien en quien canalizar su vida de mierda para sentirse superiores.

Me cuesta levantarme, por lo que bebí y por mi baja moral.

Aaron me trajo a casa, fue muy amable. Me abrazó y... no sentí nada. Si él es Alma Oscura, la realidad es que solo me impacta cuando no lo tengo cerca.

Oigo unos pasos en la escalera que da a la calle y la puerta cerrarse tras estos. Me levanto asustada hasta que veo Will aparecer por ahí.

Mi corazón se dispara y mis sentidos se acentúan siendo muy conscientes de él.

—¿Cómo has entrado?

—He llamado al timbre y creo que está roto, porque no se oía. Como no respondías, busqué una llave de repuesto. En la puerta principal no había. Tuve más suerte con la que da a tu cuarto.

—¿Y qué haces aquí? ¿Ver si sigo aquí?

—Sí... e invitarte a pasar el día conmigo. —Lo miro sorprendida porque me pida algo así—. No me mires así. Yo soy el primer sorprendido de saber que quiero soportar más tu presencia.

—¿Si no dices algo borde, te explota la cabeza?

—Puede... —me dice con una sonrisa—. Ahora vístete y vámonos. Quién sabe, pero lo mismo hasta te diviertes a mi lado.

—Lo dudo, pero ese plan es mejor que el mío de quedarme en la cama todo el día.

—¿Tu padre no está?

—No... Le gusta estar siempre lejos de donde vivimos. Ya estoy acostumbrada a estar sola.

—Nadie se acostumbra a eso, solo intenta pensar que sí —me dice y asiento porque tiene razón.

Cojo ropa para cambiarme y me voy al servicio. Regreso con mis vaqueros nuevos y una de las camisetas que compré, azul, de media manga.

Will me mira y por la forma en que lo hace, viéndolo a él tan peripuesto, no sé si debería ir más arreglada.

—¿Me cambio?

—Da igual lo que te pongas. Siempre pareces tú.

Lo dice de una forma que deja claro que me ponga lo que me ponga no cambio, pero no en el buen sentido.



—Genial —indico seria.

Empezamos bien nuestra salida.

No sé ni por qué lo sigo hasta su coche. Debería decirle que no... Debería no dejar de sentir que en su mirada se concentra todo lo que siempre he soñado, sobre todo en lo que calla, en lo que dice cuando cree que nadie se da cuenta.

Nos alejamos del pueblo y respiro aliviada. No quiero estar cerca de las personas que llevan hasta tal extremo las supersticiones.

Es curioso que una persona que altera tanto mis sentidos y me pone tan nerviosa me haga sentir tanta tranquilidad a su lado. No tiene sentido, pero aquí estoy, relajada, en el coche de Will, mirando por la ventana y confiando en él como jamás pensé que lo haría la primera vez que nos vimos.

Llegamos a un restaurante donde se lee: «Vive una experiencia única. Directa a tu paladar».

—Este se pasa de mi presupuesto.

—Del mío no y hace tiempo que quiero venir, pero no me apetecía hacerlo solo, así que digamos que te pago para que me hagas compañía.

—¿Te doy un consejo? Si lo que vas a decir es así de borde, mejor te muerdes la lengua.

—Es mi forma amable de decir que quiero que me acompañes... por favor —dice entre dientes.

—Solo si me dejas pagar mi parte.

—¿Intentas impresionarme o que piense que no estás a mi lado por mi dinero? Seamos realistas. No sé ni por qué me soportas. Lo mismo solo lo haces para que me fije en ti y en tus encantos, y así acabar conquistándome hasta que te quedes con todo mi dinero.

Le pongo la mano en la boca.

—Me voy, Will.

—Lo siento —me dice sincero—. Pero en realidad pienso que quieres engañarme o que, a la hora de la verdad, te alejarás de mí.

—¿Y por qué me buscas?

—¿Y por qué vienes conmigo? —No tengo explicación para eso igual que él para mi pregunta—. No puedo evitar ser así... No me enorgullezco de serlo —admite—. ¿Comemos juntos? Prometo morderte la lengua... alguna vez.

—Vale, pero si te soporto hasta la cena, yo elijo dónde cenamos y pago yo.

—Hecho. Como de todo.

Parece feliz, muy feliz. Me doy cuenta de que sus ojos azules relucen con un brillo especial hasta que se percata de ello y se pone serio. Sé lo que he visto y Will quería comer conmigo aunque tenga miedo de que solo esté a su lado por su dinero.

Me pregunto cuántas veces le habrá pasado que la gente solo ha visto de él lo que tiene en el banco, no lo que tiene en el interior. Al contrario que lo que le ocurre a él, si alguien se acerca a mí es porque quiere, no porque quiere algo económico.

Entramos en el restaurante. Es muy bonito. Lástima que nos lleven a una sala preciosa para comer a oscuras.

—No sé por qué se han molestado en decorar el sitio —le digo a Will una vez que nos sentamos a una mesa alejada del resto.

—Si vieras que es unantro de mierda, te levantarías y te irías por miedo a que la cocina esté

peor.

—No sé si fiarme de comer a oscuras.

—Me he informado muy bien de este lugar. Como sabes, no confío mucho en la gente...

—Me he dado cuenta.

—Si te he traído aquí es porque sé que es de fiar y que todo será de calidad. Confía en mí.

—¿Como tú lo haces en mí?

—Confío un poquito más en ti que cuanto te conocí. —Sonrío por su forma de decirlo—.

Disfruta.

Le hago caso y, cuando entran todos los comensales para hoy, las luces se apagan. Una voz muy suave nos dice que ahora, privados de la vista, el resto de nuestros sentidos van a intensificarse.

Estoy nerviosa y comer a oscuras me inquieta, tal vez porque mi comida no siempre ha sido deliciosa y por eso siempre me ha gustado saber qué me metía a la boca.

—Tranquila, Andy —me susurra.

—¿Cómo sabes que estoy nerviosa?

—Estás moviendo las piernas y me estás dando golpecitos.

—Lo siento.

—Tal vez no te lo creas, pero nunca te haría daño intencionadamente.

—Te creo y no entiendo bien por qué.

—Soy irresistible.

—No eres tan guapo como te piensas.

—La belleza no es mi mejor cualidad.

—¿Y cuál es?

—La inteligencia.

—Y eso te lo dices tú solo. —Se ríe—. Eres tan listo que nos has metido en un lugar a oscuras a que nos den lo que sea de comer y como tontos nos lo metemos en la boca.

—Si quieres, todo lo que traigan lo pruebo yo antes y, si no me muero, lo comes tú.

—Me parece un buen trato. Estamos aquí por ti.

Traen el primer plato. Nos dicen lo que es con cientos de tecnicismos rimbombantes que no entiendo.

—Espuma de patatas con caldo de pollo —me explica Will.

—¿Y para eso tanto bombo? Es una sopa de toda la vida.

—Voy a probarla. Espero no morir.

Espero atenta a que Will me diga algo mientras busco la cuchara. No dice nada.

—¿Will?

—Has tardado treinta segundos en preguntar. Qué poca paciencia tienes...

—Eres muy lento comiendo sopa.

—Está muy buena. Adelante, te va a gustar.

—Gracias.

Me atrevo a probar la sopa y he de reconocer que está muy buena. Me trae a la mente el recuerdo de una de nuestras antiguas vecinas, una señora mayor que tenía a su familia fuera y cada vez que volvía del colegio me decía que si le hacía el favor de comer con ellos. Siempre aceptaba, porque sabía que en mi casa había poco para llevarse a la boca.

Me encantaba estar allí con ellos. A veces me imaginaba que eran mis abuelos y que me querían.

Nos fuimos demasiado pronto y ya no volví a saber de ellos.

—Estás muy callada.

—Me ha traído a la mente un recuerdo... He tenido la suerte de conocer a mucha gente buena y he tenido la mala suerte de decir adiós a demasiadas personas que siempre habría querido tener a mi lado. Estoy cansada de ir siempre con la casa a cuestas.

—Todo eso con una sopa... Cuando llegue el postre, que será de chocolate, lo mismo te acuerdas de tu primera noche de sexo.

—Idiota. Te digo algo profundo y tú siempre me recuerdas que estoy hablando con don insensible.

—No soy insensible, es que no sé qué decir cuando la gente espera de mí algo más. Quieres que te diga que es una mierda viajar tanto, pero yo siento que tengo que estar atado a mi pueblo... A mí me gustaría poder moverme. No como vosotros, que no paráis de ir de un lado para otro, pero me gustaría poder volar lejos.

—Eso lo dices porque tienes un sitio al que volver.

—Odio mi pueblo y a la gente que hay allí.

—Vaya, odias a todo el mundo.

—A mi madre no y mi mayordomo ha sido más un padre que el mío propio. Y a Iván lo soporto —dice con una risita en la voz.

—¿Y por qué finges que te caen bien?

—¿De verdad finjo, Andy? Me has visto con ellos, ¿parezco el rey de la fiesta?

—¿Y por qué vas con ellos?

—Para que me dejen en paz. Si no quieres destacar, mézclate con la multitud.

—Tienes dinero. Puedes ir donde quieras.

—Seguramente lo haga. Estoy cansado de ver siempre a la misma gente.

Saber que está pensando en irse me pone triste. Me recuerdo que, si él no se va, cuando mi padre la cague y tengamos que salir corriendo será la primera vez que me cueste seguirlo sin más.

Nos traen el segundo plato y, cómo no, nos lo presentan con unos tecnicismos que me dan la risa. Trato de sofocarla y casi lo consigo.

—Solo hacen su trabajo —me dice Will dejando claro que me ha oído.

—Tradúceme qué vamos a comer.

—Helado de ensalada.

—¿Helado de ensalada?

—Sí.

—¡Qué asco!

—Déjate llevar.

—Cuando lo pruebes tú —le recuerdo.

Will no tarda en decirme que está bueno.

Lo pruebo y lo dejo estar.

—¿A qué te ha recordado esta vez?

—A que odio las ensaladas y que no me gusta el helado.

—Ya sé otra cosa más de ti.

—¿A ti te gustan?

—Como de todo. Me gusta todo.

—¿Y tu plato favorito?

—No te lo digo. A ver si esta noche lo aciertas cuando me invites.

—Das por hecho que voy a soportarte hasta entonces.

—Sé que lo harás. Soy un encanto... cuando quiero.

Sus palabras me hacen reír y he de admitir que me siento cada vez más relajada pese a no ver nada.

Nos traen más platos y Will los prueba todos.

No están mal, pero salvo el primero, que me ha traído recuerdos, el resto son demasiado finos y elaborados para mí. Nunca he comido cosas así.

Anuncian el postre y seguidamente retumba un trueno.

Me tenso.

Con el segundo trueno ya estoy apretando con fuerza la mesa, hasta que Will me coge la mano y la acaricia.

Noto su tacto y aquí, a oscuras, es lo mismo que sentí por Alma Oscura. Saber que no es él me llena de pena y me hace sentir dividida por sentir lo mismo por dos personas.

—Andy, no es real.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—No puedo hablar —le digo entre dientes. Will me acaricia las manos mostrándome una dulzura que siempre oculta y sé que para él es un esfuerzo tocarme—. ¿Me dirás tú por qué no te gusta que te toquen?

—No.

—Entonces yo tampoco.

La tormenta para y nos traen el postre, que entiendo que es de chocolate.

Will lo prueba.

—Está muy bueno. —Lo pruebo y está delicioso—. ¿Qué recuerdos te trae? ¿Una noche de sexo? —insiste.

—Ya es la segunda vez que lo mencionas. Te mueres por saber si soy virgen o no...

—La verdad es que no. Es solo curiosidad. Tu pasado es cosa tuya.

—Sí y no. No me puede recordar a una noche de sexo. A buen entendedor...

—Vamos, que eres virgen.

—Eres un bruto.

—Es culpa tuya por no llamar a las cosas por su nombre.

—¿Y tú eres virgen? —indago recalcando la palabra—. Aunque supongo que sí, porque no te gusta que te toquen.

—No lo soy —dice divertido—. Tuve una novia hace poco...

No dice más, pero su tono de voz ha cambiado.

—¿Qué pasó?

—Nada que quiera contar ahora, pero me acosté con ella, una vez, y fue una mierda.

—¿Eres asexual?

—No, simplemente no he encontrado a nadie que haga que lo que siento por ella eclipse el

miedo que siento en cuanto alguien me toca.

Que me confiese eso me hace sentir muy cerca de él y me da pena que sea así, porque el motivo no tiene que ser bonito.

La luz se enciende y la gente aplaude.

Yo solo tengo ojos para Will.

Se levanta y recoge sus cosas.

Sé que necesita espacio, por eso me distraigo y me quedo rezagada dejando que pueda recomponerse tras esa confesión. A alguien a quien le cuesta decir lo que piensa y que usa la bordería como escudo, decir algo tan sensible le hace sentir vulnerable. Que haya confiado así en mí hace que me crea especial... y sé que cada segundo que paso a su lado estoy más y más enamorada de él.

Lo triste es que, cuando lo pienso, una parte de mí se acuerda de mi amigo misterioso y lo que sentí a su lado, pues fue muy real y es lo mismo que cuando Will me toca. Si no fuera imposible, rogaría para que fueran la misma persona.

Solo eso le daría sentido a lo que siento.

## Capítulo 25

*Will*

Andy tarda en salir. He pagado la cuenta y ahora estoy en mi coche esperándola. Sé que lo ha hecho aposta para darme espacio y que me conozca así de bien me gusta y me inquieta.

Me da miedo lo que puede hacer conmigo alguien que me importa, ya que puede hundirme con más facilidad que ninguna otra persona.

Sonríe mirándome a los ojos cuando llega hasta el coche. Me he puesto las gafas; ella solo ve su reflejo, pero yo solo tengo ojos para ella.

—¿Adónde vamos?

—A unas ruinas.

—¿De verdad? —Asiento entrando en el automóvil—. ¡Me encanta! Pero ¿no vas muy arreglado?

—Solo vamos a mirar, no voy a tirarme al suelo...

—Pues yo sí. Me encanta tocarlas. Suerte que voy con unos cómodos vaqueros.

—Y nuevos.

—Sí... Tal vez debería evitar romperlos.

—Si se te rompen, te compro otros.

—No, Will. No quiero tu dinero.

—Como quieras —le digo molesto porque haya creído que mi intención era comprarla con mi dinero.

—No me gustan las limosnas de la gente.

—Pues bien que cogiste mi móvil...

—Que te puedes meter por el culo cuando pares y me baje —me dice enfadada, pero cuando hace amago de salir, cierro el coche desde mi puerta—. Déjame salir, Will —me ordena con el móvil en la mano; lo deja en la guantera.

—No, quiero pedirte perdón. Lo que quería decir es que quiero que disfrutes y si por culpa de mis planes tus pantalones se rompen, te compraré otros iguales. Lo del móvil ha estado fuera de lugar... Lo siento.

—Lo acepté porque no tenía dinero para otro y por si mi padre me necesitaba o yo a él. No quiero tu dinero, Will.

Me mira fijamente. Sé que la he cagado.

—Mi ex solo me quería por mi dinero —le suelto—. Si a eso le sumas que acostarme con ella fue una mierda, que nuestros besos eran fríos y fingidos, y que la pillé acostándose con otro, diciéndole que estaba a punto de engañarme del todo para sacarme una gran fortuna, pues espero que comprendas que me cuesta... entender que alguien estaría a mi lado por mí, sabiendo que soy muy difícil de tratar. Ya sé que parezco un bruto sin sentimientos.

—No, eres un bruto, y eso no te justifica, Will. Te entiendo, pero yo no soy ella ni soy la persona que te hizo ser así. No merezco pagar los platos rotos de otros. —Duda, pero pone la mano sobre la mía—. Aunque te entiendo... Cuando tratas de dar oportunidades a la gente para seguir adelante, olvidando lo que te asusta, te la dan y eso te hace ser más receloso, más

desconfiado, porque es más fácil seguir con todo igual que darlo todo por alguien que vuelva a traicionarte. ¿La querías?

—Creí que sí. No me dio tiempo a descubrir si podría llegar a hacerlo.

—¿Y qué es lo que más te afectó? Seguro que no es la primera vez que alguien se te acerca por tu dinero.

Aprieto las manos en el volante. Miro la carretera y no sé hasta dónde puedo decirle para no sentirme débil.

—Me dolió porque era la primera persona con la que bajaba la guardia, la primera que dejaba que me tocara... y me engañó por dinero. En el fondo, fue culpa mía que lo hiciera. No fui muy buen novio... Ya sabes lo capullo que puedo ser. Te he dado muchas razones para no querer saber de mí.

—No fue culpa tuya, Will. Y sí, me has dado muchas razones, pero siempre veo algo en ti que me hace volver. Si decides estar con alguien y acepta como eres, no puede echarte en cara que no seas de otra manera. Si no le gusta cómo eres, no debería estar a tu lado.

—La gente siempre acepta las cosas si tiene intereses ocultos.

—No todos somos iguales. Yo esperaré por ti. —Se da cuenta de lo que ha dicho y trata de rectificar. No puedo evitar sonreír—. Quiero decir en el hipotético caso de que me gustaras y fuéramos algo más, y eso...

—No cuela. Te has delatado —digo para ver la verdad en sus ojos y la veo. Se pone roja y no sabe dónde meterse.

No le soy tan indiferente como creía.

—No me he delatado. Ya te gustaría a ti que me gustaras.

No insisto más porque tengo miedo de forzar las cosas y alejarla de mí. Por eso pongo el coche en marcha y le dejo creer que me ha engañado. A veces lo mejor es hacerse el tonto.

Paro a por unos cafés para llevar y se lo pido igual que el primero que le hice. Cuando lo prueba en el coche, no dice nada de lo que me dijo ese día.

—¿Me mentiste, Andy?

—¿Sobre el café? —dice divertida—. Sí. No esperarías que te diera la razón, ¿no? —Me saca la lengua—. Qué mal perder tienes. Me has traído el café con poca leche aposta.

—Por supuesto.

Se ríe y es como un bálsamo. Pongo el coche en marcha y voy hacia las ruinas que descubrí hace años.

Lo paro y me mira impactada.

—¿Y dónde están?

—He tratado de que inviertan en ellas, pero el dueño de las tierras no quiere y están echándose a perder; no solo eso, hay muchos robos y cuando se intente declarar Patrimonio de la Humanidad, ya no quedará casi nada.

—Es una lástima.

Salimos del coche y la llevo al lugar donde encontré los restos de una casa de más de dos mil años.

—Por internet se comentaba que por esta zona hubo un asentamiento, pero no tenían claro dónde. Escuché que cayeron unas lluvias torrenciales y al día siguiente vine en busca de algo, sabiendo que el agua habría removido la tierra.

—¿Y qué encontraste? —se interesa agachándose para tocar las piedras de este antiguo hogar.

—La piedra que viste en mi casa con las marcas de los carros.

—Lo que más me gustó de tu casa. Es horrible.

—¿Mi casa?

—Sí, no parece un hogar, parece un museo lleno de cosas sin sentido y que queréis que todo el mundo, al verla, sepa que tenéis mucho dinero.

—Yo no la he decorado.

—¿Te gusta?

—No, por eso paso más tiempo en la cocina o en mi cuarto que en el resto de las estancias.

—No me extraña. ¿No has tratado de comprar las tierras?

—No, aunque me habría gustado.

—¿Y eso?

—Demasiadas cosas sabes de mí hoy. Esta me la guardo.

—Vale. —Se pone a mirar, removiendo cada poco algunas rocas pequeñas.

Me siento mientras la observo disfrutar como una enana. Iría con ella para hacer lo mismo, pero ella no tiene las cadenas que me asfixian a su alrededor. Es más libre de lo que yo seré jamás teniendo más dinero en el banco que ella.

Se gira y me sonrío.

Si no estuviera ya enamorado de ella, creo que caería rendido en este instante.

Es preciosa.

La observo con miedo de lo que siento y sin saber qué hacer con estos sentimientos. Nunca he sentido esto por nadie. Por mi ex solo sentía un fuerte deseo que esperaba que llegara a más. Bajé mis barreras porque deseaba sentir algo parecido al amor y me engañó. Tal vez por eso tengo tanto miedo de lo que podría hacer Andy si supiera lo que siento o qué pasaría si me engañara.

Cuanto más me importa, más aterrado me siento.

Se sienta a mi lado en la roca alta en la que estoy y me mira feliz.

—Es una lástima que se pierda toda esta riqueza cultural.

—Sí. ¿Por qué estudias Arqueología?

—Cuando era pequeña, en uno de los lugares en los que estuvimos, nuestro vecino era arqueólogo. No tenía hijos y, cuando regresaba del colegio, me decía que fuera a su casa. Sabía que mi padre no llegaba hasta tarde y no quería dejarme sola siendo tan pequeña.

—¿Cuántos años tenías?

—Cinco, más o menos.

—¿Y volvías sola del colegio?

—No era una niña normal. Cuando otros niños pensaban en los juguetes que se comprarían, yo pensaba en cómo ayudar a mi padre para conseguir dinero para comer. Era muy madura para ser una niña y este hombre me cuidaba mientras mi padre trabajaba.

»Me contaba historias de sus viajes. Me mostraba sus tesoros, que casi siempre eran piedras que a simple vista no contaban nada. Me explicaba todo lo que no se ve de un vistazo. Podía pasarme horas escuchándolo. Me encantaba ese lugar. Sobre todo lo de desenterrar secretos ocultos, misterios... Encajar las piezas hasta resolver el misterio. Él había ayudado en la búsqueda de muchos secretos y yo sabía que quería ser así. Ayudar a encontrar tesoros ocultos...



Entonces empecé a ir a la biblioteca y a leer aventuras de ese estilo.

—¿Pasaste mucho tiempo cerca de ese hombre?

—No. Creo que llegó a ser un año. Lo eché mucho de menos tras irnos, pero siempre llegaba otro vecino o vecina amable que quería ayudarme dándome lo poco que tenía o en el trabajo de mi padre alguien siempre andaba pendiente de mí. Descubrí que la gente que apenas tiene nada da más que la que lo tiene todo, que solo da lo que le sobra.

—En eso te doy la razón. ¿Sabes quién es tu madre?

—No, nunca ha tratado de buscarme ni yo a ella. Dejó claro cuando me dejó con mi padre que no quería saber nada de nosotros. Tuve suerte de que mi padre, a pesar de tener solo quince años, luchara por mí.

—Sí.

—Es un poco loco, un donjuán... pero siempre está ahí para mí. Pase lo que pase, somos un equipo.

—Tienes suerte de tener esa unión con tu padre.

—Sí. —Busca mi mirada—. Gracias por escucharme. No se te da tan mal.

—Es fácil. Te quedas callado mientras piensas en otras cosas y asientes cuando es el momento. —Me golpea en el brazo, de broma, porque sabe que miento. Lo hace hasta que se da cuenta de que ha sobrepasado mis límites—. No me molesta. Por alguna extraña razón no me acuerdo de lo poco que me gusta sentir a otra persona cuando estoy cerca de ti. ¿Nos vamos?

—¿Te dejo unos minutos? Puedo hacerme la tonta un rato...

—Vale... —Ando unos pasos y me giro para mirarla—. Gracias a ti por entenderme. Soy muy difícil.

—Eres como esos misterios ocultos que me gusta descubrir. Me pregunto si cuando llegue al final de todos ellos habrá un tesoro esperándome.

—No, yo solo guardo carbón —le indico de broma.

Me alejo porque necesito tomar aire, respirar y centrarme. Andy me altera de tal forma que siento que estar a su lado es como saltar por un precipicio constantemente. No sé cómo manejar lo que siento sin sentirme tan expuesto.

Me siento desnudo ante sus ojos.

Si tuviera que confesar ahora mismo otro miedo, sería ella.

## Capítulo 26

*Andrea*

Will conduce sin rumbo fijo.

Miro cómo conduce. Me encanta ver sus manos al volante. Me ha pillado varias veces observándolo y solo sonrío. Estoy atrapada en sus ojos, en sus gestos; cada segundo que pasa me gusta más y más.

No me imagino en otro lugar que no sea a su lado ahora mismo.

Dejo de mirarlo y me centro en el paisaje, y entonces veo algo que me hace saltar en mi asiento como una niña.

—¡Vamos a la feria!

—Eso es para niños.

—No, es para todos los públicos. Lo dice en la entrada.

—¡Qué graciosa!

—Anda, vamos. Hace tiempo que no voy a una.

—¿Desde cuándo?

—Desde que mi padre dejó de trabajar en la tómbola. Se lio con la mujer de su jefe y... tuvimos que salir en medio de la noche mientras este lo buscaba porque su mujer le contó que la había forzado a caer en sus redes. Siempre culpan a mi padre de meterse en su cama. Él es más tonto por creerlas cuando le aseguran que no tienen pareja o van a divorciarse.

—Es muy tonto, sí.

—Creo que solo busca pertenecer a alguien.

—Ya te pertenece a ti.

—Yo lo sé. Él no. ¿Me llevas?

—Vale. Pero paso de montar en nada. Solo voy a mirar.

—Vale. Acepto el trato.

Conduce hasta la feria y aparca cerca. Salgo y lo miro emocionada. Al menos, ahora lo veo así. De niña me pasaba horas en la caravana, sola, esperando a que mi padre regresara hasta dormirme en el viejo sofá, incapaz de irme a la cama sin él.

Al llegar me cogía en brazos, me daba un beso y me metía a la cama con él.

Solo teníamos una cama para los dos y yo era feliz. Me gustaba dormir tranquila a su lado.

Andamos por la feria, Will pone mala cara y le saco la lengua.

—En el fondo te encanta todo esto. ¿Has venido alguna vez?

—No. Soy virgen.

—Te estoy desvirgando. Tranquilo, que lo haré despacio para que no te duela —bromeo.

—Estoy anestesiado por tantas luces y sonido.

Vamos hacia la tómbola y por suerte no conozco a nadie.

—De niña me gustaba perderme en la emoción de la gente cuando ganaba. Seguramente no usarían el premio, pero merecía la pena por esos instantes de felicidad. Ese subidón de adrenalina ante el triunfo.

—¿Alguna vez lo experimentaste?

—No. Valoro mucho el dinero. No me gusta despilfarrarlo y todo esto es un engaño. Sin darte cuenta, acabas por pagar más de lo que cuesta lo que te llevas a casa.

—Yo no.

Will va hacia los dardos y le pregunta si entra cualquier premio.

—Vas tan de sobrado que me encantaría que perdieras para bajarte los humos.

Sonríe y, tras pagar, me tiende los dardos.

—Eran para ti. Sé que no voy a perder al apostar por ti.

La forma que tiene de decirlo me da escalofríos. Me recuerdo que habla del juego e intento concentrarme, algo difícil con él tan cerca.

—Deja las emociones a un lado, Andy. Solo concéntrate en explotar los tres globos.

Me lo dice al oído y mi piel se eriza.

Lo miro. Está muy cerca.

Mis labios están a un suspiro de los suyos. Me muero por besarlo. El deseo me recorre.

Miro hacia los globos y trato de concentrarme.

Tiro y acierto los dos primeros; el último lo veo tan fácil que pierdo.

—¡No me lo puedo creer! —grito.

—Nunca des una batalla por ganada antes de librarla. Hasta el más leve aleteo de un pájaro puede cambiar el resultado.

Paga otra mano y coge los dardos.

Me los tiende.

—Esta vez evita estar cerca de mí...

—Acabas de admitir que te pongo nerviosa. —Agrando los ojos cuando me doy cuenta—. Tranquila, te guardaré el secreto.

—Creído.

Me centro en tirar bien esta vez y, aunque acierto las dos primeras veces, no doy nada por perdido hasta que pincho el tercer globo. Doy saltitos y elijo un pequeño oso marrón que parece enfadado.

—Ten —le digo a Will.

—¿Quieres que te sujete este oso tan feo?

—No, quiero regalártelo... Es un gruñón, como tú.

—¿Y yo para qué quiero un oso? —Lo coge como si quemara.

—¿No puedes fingir que te hace ilusión el detalle? —Le quito el oso y empiezo a andar—.

Desagradecido.

Sigo andando, molesta con él por ser tan insensible y conmigo por ser tan tonta de hacerle un regalo así.

Cuando llevo un rato andando, me giro para mirarlo y no lo veo. ¿Dónde se ha metido? Lo busco y vuelvo sobre mis pasos hacia donde lo vi por última vez cuando lo observo venir hacia mí con algo escondido tras la espalda.

Al llegar hasta mí, saca un peluche como el que yo gané para él, pero en vez de ser en color marrón, este es rosa.

—Si yo tengo que soportar ese oso feo y gruñón, tú también. —Me da el oso rosa y me quita el que yo he cogido para él.

Miro el osito impactada por el detalle.

Will no la ve, pero en mi cara aparece una sonrisa. Es el primer osito que alguien me consigue en una feria.

Lo sigo por el recinto y no le propongo que montemos en nada porque sé que dirá que no.

Llegamos a los puestos de comida y nos sentamos donde tienen de todo. Cojo una carta para ver si adivino qué le gusta a Will.

—¿Hamburguesas? —Me mira y, por la forma de hacerlo, sé que no es su comida favorita—. ¿Pizza? ¿Bocadillos? ¿Patatas fritas? —pregunto a la espera de ver algo diferente en sus ojos azules que me indique que esa es su comida favorita, pero nada. Leo la carta y pruebo con una cosa más—. ¿Sándwich mixto? —Noto que su mirada cambia casi imperceptiblemente—. ¿En serio es tu comida favorita?

—Yo no he dicho nada.

—Te lo he notado. A mí también me gustan mucho.

Voy a pedir dos sándwiches con algo de bebida y patatas fritas, y no tardan en prepararlos.

Tras pagar, regreso a la mesa con todo en una bandeja. Will me la coge al llegar a su lado y la pone en la mesa para repartir las cosas.

Cuando se pone kétchup en el sándwich, lo miro asombrada.

—Te faltó este detalle.

—No se me ocurrió pensar que fueras a desgraciarlo.

Se ríe.

—Así está mejor. —Le da un bocado y noto que lo disfruta.

Hago lo mismo. Disfruto de esta sencilla cena más que de la del sitio raro de esta mañana, donde no podía ver lo que me llevaba al estómago.

—¿Por qué es tu comida favorita? —Espero que no me responda, pero cuando deja el sándwich en la mesa para responderme, me pilla por sorpresa.

—Es lo único que sabe hacer bien mi madre. Me los hacía de pequeño cuando no podía dormir. Era nuestro secreto.

Me imagino a un Will pequeño en esa cocina tan grande al lado de su madre porque no podía dormir. Cuando habla de ella, se nota que la quiere.

—Mi padre cocinaba fatal, pero aprendió con la práctica —le confieso.

—¿Y tú, sabes cocinar?

—Sí, aprendí a cocinar. Trabajaba mucho, por lo que cuando me hice un poco mayor, solía irse con los amigos del trabajo y me tocó aprender a cocinar para no comer siempre alimentos precocinados.

—¿Y tu afición por los bizcochos?

—Por otra vecina que tuve —confieso—. Llegué una tarde llorando del colegio y, al verme, me metió a su casa y me pidió que la ayudara a preparar un bizcocho de chocolate. En realidad me guiaba mientras yo lo hacía sola. Me relajé tanto haciéndolo y viendo el resultado que desde entonces, cuando algo me inquieta, hago bizcocho y cuanto más chocolate echo, más cabreada o molesta estoy.

—¿Por qué llorabas?

—¿De todo lo que te he contado solo te has quedado con eso? —Asiente—. No es la primera vez que no se me quiere en un sitio. Yo era siempre la nueva y era fácil meterse con alguien así. Costaba encajar en un sitio donde todas las piezas estaban ya unidas. ¿Y a ti qué tal se te dio el

colegio?

—Bien, solo en mi casa. Mi padre decía que no había buenos profesores en el colegio y que mejor me daban clases en casa los que él elegía. No estuve rodeado de gente hasta el instituto.

—¿Y qué tal la experiencia?

—Bien. La gente no se mete conmigo. Por norma general, me hacen la pelota y ríen todas mis gracias. Me lamen en culo para conseguir que los invite a las fiestas de mi casa o si salimos de fiesta, les pague algo.

—¿Y no te cansa?

—Soy así.

—No lo creo. Pienso que es un escudo.

—Tal vez, porque yo, al contrario que tú, espero lo peor de la gente y tú, con un montón de mierda a tus espaldas, sigues esperando que la gente te sorprenda para bien. ¿Quién es más listo de los dos? Yo al menos puedo detener el golpe. Tú estás expuesta a cada embestida.

—Prefiero ser como soy, porque la gente siempre te sorprende si la dejas.

—Sí, pero para mal.

—¿Yo te estoy sorprendiendo para mal?

—Tú eres un caso perdido... En verdad no sé qué hago perdiendo el tiempo contigo.  
—Pongo los ojos en blanco—. Ni tú qué haces perdiendo el tiempo con alguien como yo.

Lo miro a los ojos y veo una vulnerabilidad que no suele sacar a flote nunca.

—Quién sabe, lo mismo acabo enamorándome de cada uno de tus defectos, que como son tantos, me atan a ti de por vida —lo digo en tono de broma, pero sabiendo que estoy confesándole la verdad.

—Pues tengo muchos... Lo mismo me amas eternamente, así que ten cuidado.

—Correré el riesgo.

La intensidad de la mirada de Will me pone la piel de gallina. Hace que todo desaparezca y que, aunque estemos rodeados de música, solo oiga mi corazón martillearme con fuerza los oídos.

Miro hacia los puestos de comida, incapaz de retener más su mirada sin delatarme, y tengo una idea.

Le digo que me espere y voy hacia uno de ellos.

Compro el postre y le indico que me lo ponga para llevar.

—¿Qué es eso?

—Vamos a tu coche y te lo enseño. —Will lo recoge todo y vamos hacia su automóvil. Entramos y le digo que no arranque—. Tú me has hecho comer a oscuras, ahora quiero darte el postre a oscuras.

—¿Vas a darme de comer como si fuera un crío?

—Sí. No protestes tanto y cierra los ojos. Confía en mí un poquito.

Le cuesta, pero al final cierra los ojos.

Abro los dulces. Uno es un *brownie* y el otro, una tarta de queso.

Los pruebo antes para ver si están buenos.

—¿La prueba consiste en oír cómo te los comes?

—¿Prefieres que te los dé sin verificar si están buenos? —No dice nada más y solo espera—. Abre la boca.

—¿Vas a besarme?

—Ya te gustaría... Intentaré no tocarte...

—Ya te he dicho que tú eres la excepción —rumia entre dientes, no contento con este detalle—. Intenta no mancharme.

—¿Cómo podría cometer un pecado tal como manchar tu ropa hecha a medida?

—Intenta no caer en la tentación, que nos conocemos —me dice divertido.

Lo observo así, con los ojos cerrados, a la espera de probar lo que he comprado. Parece más joven, menos serio... Más accesible.

Will abre la boca y le acerco el postre a los labios.

Por no mancharlo, uno de mis dedos acaba en su boca. Esperaba quitarlo sin más, pero lo dejo ahí, tentada por la suavidad de sus labios.

Degusta el postre y, antes de apartarse, me da un pequeño mordisco en el dedo, que me recorre por completo.

Espero que hable.

—No está mal —dice abriendo los ojos.

—Hay otro...

—¿También lo quieres con mordisco?

—Ha sido sin querer. Mi dedo no tenía que estar ahí, en tu boca...

—Lo mío no. —Cierra los ojos—. A ver si tienes narices de ponerlo ahí de nuevo.

—¿Volverías a morderme?

—Tal vez haga algo mucho peor.

Como primero le di la tarta de queso, ahora es el turno del *brownie*.

Llevo un pedazo hasta su boca sin tocarla, hasta que la abre y decido correr el riesgo. En esta ocasión soy yo la que le da una ligera caricia en esos labios que en más de una ocasión he mirado preguntándome a qué sabrían sus besos.

Aparto la mano y él abre los ojos sorprendido por mi atrevimiento.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

—No —dice cogiendo mi mano y llevándola a su boca. Me lame donde han quedado restos del dulce. Tengo que contenerme para no cerrar los ojos por el placer de sentir que me acaricie los dedos de esa forma—. Quedaba un poco y era mío.

No digo nada. No puedo.

Terminamos el postre, pero esta vez cada uno cogiendo su parte sin incidentes.

Will pone el coche en marcha cuando acabamos.

—¿Volvemos a casa? —pregunto como si me diera pena.

Lo nota por cómo me mira.

—¿No quieres?

—Sí... Es solo que... ¿Mañana encontrarás cientos de excusas para no aceptar que juntos no lo pasamos tan mal?

—No lo sé —me responde sincero.

Tal vez por eso la vuelta a casa no es tan rápida como esperaba. Sé que está haciendo tiempo, y que haga esto me deja claro que al día siguiente pasaremos a no ser más que dos extraños.

Para en mi casa.

Todo está apagado.

—Bueno, pues... gracias por el paseo —digo antes de bajarme del coche.

—¿Si te besara te apartarías? —me pregunta de golpe.

Mi corazón da un vuelco y por un segundo pienso que he entendido mal sus palabras.

Lo miro a los ojos antes de perderme en sus labios. Me muero por besarlo.

Alza la mano y me acaricia la mejilla despacio.

Cierro los ojos, porque lo que siento es tan fuerte que no puedo mentirle. A él no.

—Me encantaría besarte y no pensar en lo que siento por otra persona segundos después. No te mereces un beso compartido.

—Solo sería un beso, no el prelude de nada.

—Para mí no sería solo un beso, Will. Me importas...

—Pero hay otro. Lo pillo. ¿Tiene más dinero que yo?

—Para. No soy tu enemiga y me da igual el dinero. Lo que de verdad importa no puede comprarlo el dinero.

—Puedes irte y ser muy feliz con Aaron. Yo no soy el segundo plato de nadie.

—¿Por qué lo entiendes todo mal?

—Será porque te explicas como un puñetero libro cerrado.

Lo miro y me doy cuenta de que se siente muy expuesto, de que ha dado el paso de besarme cuando no sabe si hacerlo le gustará o le recordará sus temores.

—Will, me importas mucho... Me gustas. Pero conocí a alguien por internet, alguien que no sé quién es y por el que siento lo mismo que por ti —le confieso y entonces sí tengo su atención.

Se lo explico todo a Will y le cuento que lo vi sin saber quién era, pero que, cuando me tocó, sentí algo especial.

—A veces hay que tomar decisiones. Elegir lo que ves o lo que imaginas que será —me dice.

—Lo sé... pero esta noche no tengo esa decisión tomada. Y sé que seguramente contigo no habrá una segunda oportunidad.

—¿Y te la juegas?

—Sí, porque si la hubiera... quiero darte el beso que te mereces y no uno con dudas o mentiras. Quiero besarte solo a ti.

—Eres una romántica. Yo no estoy ofreciéndote nada.

—Yo tampoco. Tal vez me vaya mañana... Nunca lo sé a ciencia cierta. Solo tenemos el hoy.

—Cierto, y hoy me rechazas.

—No lo entiendes...

—Sí lo hago. Solo es que me cuesta entender a alguien como tú. Nunca he conocido a una persona que aparentemente fuera tan sincera.

—No lo soy con todos, solo con quienes me importan.

Me acerco con dudas y le doy un beso en la mejilla.

Nos miramos a los ojos muy cerca.

Quiero más, deseo más, pero Will es todo o nada y si solo tenemos un beso, quiero que sea especial y no con dudas.

Se lo debo.

—Tendrás la respuesta cuando al pensar en quién podría ser ese chico misterioso pienses en quién querrías que fuera. Eso es lo real. El resto solo son imaginaciones tuyas de la realidad que deseas.

—Lo sé. —No quiero irme, temo que al día siguiente todo cambie. Tal vez por eso me atrevo a preguntarle—. ¿Puedo abrazarte?

—Inténtalo. Yo siempre podré apartarme.

Me acerco y lo abrazo con cuidado, como el que abraza a un cachorro abandonado y teme que este rechace su protección. Le paso las manos por el pecho. Su corazón late muy rápido, tanto como el mío. Noto su nerviosismo, lo reconozco porque yo sé lo que es tener miedo. Alzo los ojos y los entrelazo con los suyos, que puedo ver gracias a la luz del coche.

Me pierdo en ellos mientras llevo las manos a su espalda para cerrar este abrazo.

Nuestras respiraciones se acompañan al igual que nuestros corazones.

Will no me abraza, pero sé que es porque no puede ahora mismo, no porque no quiera.

Que me deje estar así, sabiendo lo que le cuesta, me hace sentir especial.

Llevo la cabeza al hueco de su cuello. Cierro los ojos perdida entre los latidos de su corazón y su perfume. Me encanta cómo huele.

Me cuesta mucho poner fin al abrazo.

—No me alejes, Will... No te quiero lejos.

—Lo intentaré —me responde tocando levemente mi espalda—. Es mejor que te vayas.

Me separo aceptando que ya ha tenido suficiente.

—Gracias por dejar que me pierda un segundo entre tus brazos.

—Eres una cursi...

—Te encanta cómo soy —le digo sacándole la lengua.

Salgo del coche y lo miro una última vez antes de irme.

Se queda hasta que entro en la casa y me cuesta mucho dejarlo ir sin pedirle ese beso prometido que sé que tal vez haya perdido para siempre.



## Capítulo 27

*Andrea*

—¿Y no lo cogiste del cuello y le comiste la boca? —me interroga Ani cuando se lo cuento en el descanso entre clases.

Hoy Will no ha venido, pero eso no ha evitado que no haya dejado de pensar en él.

—No, porque me importa de verdad y si nos besamos, quiero que sea sin dudas, aunque solo sea un beso.

—No me extraña que sigas virgen. La gente de hoy en día no piensa como tú —me pica—. No te entiendo, pero te respeto. Yo lo habría besado y luego ya habríamos visto.

—Yo no puedo ser así.

—Me doy cuenta. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Decidirme.

Asiente y mira hacia la puerta.

—Parece que tu hermano te busca.

Miro a mi padre y alzo la mano para que me vea.

Llega y se sienta a nuestro lado. Le guiña un ojo a Ani, que por suerte no ha caído bajo sus encantos.

—Estaba buscándote para decirte que esta noche Sophie nos ha invitado a cenar en su casa.

—Me pone nerviosa esa mujer...

—A mí también, por eso no puedes escaparte. —Se toma lo que queda de mi café—. A las nueve te quiero allí puntual.

—Eso debería ir por ti, que no paras en casa.

—Tengo una vida muy ajetreada. —Me da un beso en la mejilla y se aleja. Antes de salir ha saludado a varias jóvenes que se lo comen con la mirada.

—Tu hermano es un creído.

—Sí, no lo he visto un solo día sin ligar con alguien.

—¿Nunca ha tenido novia seria?

—No que yo recuerde. Aunque ha intentado tener algo más con alguna que otra, siempre salieron mal. Sobre todo porque tiene un imán para las mujeres casadas.

Se ríe y seguimos hablando de las clases y de todo un poco.

Al regresar a mi pueblo, veo, mientras ando por las calles, que están decorándolas para lo que parece una verbena o una fiesta. Ahora mismo están poniendo luces por la plaza.

Paso por la casa de Will y me pregunto si estará ahí. No hago amago de llamarlo, pero no por falta de ganas. Tengo ganas de verlo y de ver en qué ha quedado lo nuestro.

Llego a mi casa y hago tiempo hasta la hora de la cena. Como ando inquieta, termino por hacer un par de bizcochos.

—¿Dos? —pregunta mi padre al llegar.

—Tenía hambre —digo a modo de excusa mientras corta un trozo para comérselo.

—Los dos sabemos que no. ¿Todo bien, Andy?

—Sí, genial... Nada importante que contar. ¿Y tú?

—Nada importante tampoco.

Nos miramos sabiendo que callamos cientos de cosas, pero él nunca me ha enseñado a contarle lo que me preocupa. Él nunca me ha contado lo que le inquieta y yo nunca he sabido romper esa barrera que nos separa.

Llegamos a casa de Sophie a las nueve en punto y en cuanto nos ve, nos saluda con cariño. Luego no deja de mirarnos de esa forma tan inquietante que me pone los pelos de punta. A veces me pregunto si le gusto o si me mira así porque quiere saber de qué forma empezar a diseccionarme. Con la locura que reina en este pueblo, ya no me extrañaría nada, ni tampoco que ella fuera una de las personas que se visten de negro para atormentarme.

—¿Qué fiesta se celebra en el pueblo? —pregunta mi padre cuando ya estamos los tres sentados a la mesa.

—La fiesta del otoño. Todo el mundo tiene que ir de blanco y marrón.

—Seguro que se mueren por vernos por allí —dice mi padre.

—Yo os invito. Nadie puede quitaros ese derecho. —Sonríe de forma sincera y me siento mal por un segundo por no poder estar a su lado sin ponerme nerviosa—. El sábado será la gran noche del baile y seguro que allí estará todo el pueblo. Nadie se pierde esa celebración.

—Iremos, entonces —señalo.

Si todo el mundo va a estar allí, tal vez sea el momento de tomar decisiones, ya que Alma Oscura y Will estarán en el mismo lugar.

Es hora de dar un paso más.

Tocan a la puerta cuando estamos degustando el postre. Es Damon, que, al verme, sonríe y me pregunta si podemos hablar en jardín de su tía.

—Claro.

Salimos y nos sentamos en un banco.

—Mi hermana no sabe que estoy hablando contigo. No he sabido cómo hacerlo para poder seguir siendo tu amigo y no enfadarla. Lo siento, Andy.

Su confesión me pilla por sorpresa y miro el tatuaje de su muñeca. ¿Y si fuera él? No habrá más que lo que he inventado por la red.

—No te preocupes. Te entiendo. No a Ashley y cómo maneja a tu hermana por culpa de esa manía que me tiene y que no entiendo, aunque supongo que va mucho más allá de que sea solo una forastera.

—Es por Will.

—¿Por Will?

—Sí, se metió contigo y Will dijo que parara, que delante de él no quería que nadie te criticara.

Me sorprende.

—¿Y eso cuándo fue?

—Antes de que jugarais al billar. Todos supimos ver que Will, que nunca ha dado la cara por nadie, la daba por ti, que ni te conocía.

—Es raro, la verdad. —No puedo evitar sonreír y me toca morderme los labios para no delatarme.

—Sí, por eso para Ashley eres una amenaza.

—Lo mismo ella y sus amigas son las encargadas de romper mis cristales y asustarme

vestidas de negro.

—¿Han hecho eso? —me interroga alarmado y asiento—. Si no es ella, es alguien que, como Ashley, te quiere muy lejos de aquí.

—Ahora tengo más claro que nunca que es ella y sus celos. Gracias por contármelo.

—De nada, pero ten cuidado, Andy. No todo es lo que parece, y menos en este lugar —me advierte y decido ser precavida, por si acaso.

Antes de coger de la cocina de su tía una botella de aceite, una excusa que le ha dado a su hermana para venir y así poder hablar conmigo, me promete que encontrará la forma de hablar conmigo.

Ya en mi cama, escribo a Alma Oscura:

**Andy:**  
Buenas noches. ¿Irás a la fiesta de otoño?

**Alma Oscura:**  
Allí estaré... ¿Te gustaría verme?

**Andy:**  
¿Con tu casco de moto?

**Alma Oscura:**  
No, cara a cara. Descubrir quién soy.

Mi corazón da un vuelco.

**Andy:**  
Sí, dime dónde quieres que nos veamos y allí estaré.

**Alma Oscura:**  
A las diez en la fuente de la plaza del pueblo.  
No tardes.

**Andy:**  
Tú tampoco...  
Al fin te pondré cara.

**Alma Oscura:**  
¿Y eso qué cambiaría?

**Andy:**

Tal vez todo o... quizá nada. Pero no puedo negar que siento algo por ti.  
Ya lo notaste el día que nos vimos, mis latidos no mentían. Algo que, cuando sepa quién eres, tal vez se disipe porque la realidad extinga la magia que da el anonimato.

**Alma Oscura:**

Es posible. La vida es lo que vivimos, no lo que creemos vivir.  
Nos vemos el sábado... a menos que cambies de idea.

**Andy:**

Lo mismo digo.  
Nos vemos.  
Al fin.

## Capítulo 28

*Andrea*

Ha llegado el día de la fiesta y de saber al fin quién es Alma Oscura.

Estoy muy nerviosa, porque no sé quién será y porque, al pensar quién quiero que sea, solo aparece la cara de Will.

Will me ha mandado un mensaje para decirme que estará en la fiesta, que ha vuelto de viaje.

Termino de maquillarme y de arreglarme el pelo con la plancha lo mejor que sé. Al final, como no me convence suelto, me hago una trenza lateral algo despeinada. Me rizo algunos pelos que quedan sueltos y me miro al espejo.

«Al menos, estoy presentable», pienso.

Me pongo el vestido blanco de media manga y de largo hasta la rodilla. Ani me lo ha dejado, dice que se lo compró aunque le quedaba pequeño y nunca se lo ha puesto. La he advertido de dónde puede acabar y en qué estado, pero parece que no le importa, porque iba a donarlo de todos modos en su próxima limpieza de armario. Para mí es perfecto y el cinturón marrón bajo el pecho, a juego con mis botas marrones, realza mi busto y me estiliza.

Me miro al espejo y me gusta lo que veo, pero no la mirada ausente que tengo. No dejo de darle vueltas a quién será Alma Oscura y lo hago porque solo sería feliz si fuera Will. Eso es algo que tengo claro.

Alzo la vista y me doy cuenta de que, sin quererlo, tengo la respuesta. Si solo espero que sea Will, sea quien sea Alma Oscura, no es la persona que quiero, la persona que busco.

Yo ya he elegido querer solo a Will.

Cojo mi móvil y salgo corriendo para buscarlo sin saber si, cuando le cuente todo esto, me rechazará; pero me da igual, porque he tomado mi decisión. He entendido que nunca amé a dos personas a la vez, ya que siempre quise solo a Will y cuando hablaba con Alma Oscura una parte de mí esperaba que fuera él, por muchas cosas que indicaran lo contrario.

La decisión estaba tomada hacía mucho tiempo.

Si una persona no te gusta en el cara a cara, no va a gustarte más porque te hable a través del anonimato. La magia de no saber quién era me hacía sentir, no la persona en sí. La verdad es la que te rodea, no la que vives en las redes.

Llego a la plaza y no veo a Will por ningún lado.

Son las nueve y media, y queda media hora para que Alma Oscura dé la cara.

Me siento en la fuente, donde hemos quedado, y decido ser sincera con Alma Oscura.

**Andy:**

No voy a presentarme a la cita porque me da igual quién seas; porque, en el fondo, siempre he esperado que fueras Will e incluso ahora lo único que quiero es que delante de mí solo esté él, aunque eso tal vez me enfade por su silencio al no decirme la verdad el otro día.

Un abrazo y gracias por ser mi amigo a través de la pantalla.  
Sé feliz.

Lo mando y me levanto para buscar a Will de nuevo.

Lo veo venir hacia mí tan guapo como siempre, con el pelo rubio hacia atrás intentando cobrar vida propia y esa mirada penetrante que, si la dejas, te recorre entera.

Va vestido con una camisa blanca remangada y unos pantalones de pinzas marrones.

Esta noche no hace nada de frío a pesar de estar ya en otoño.

—Estaba buscándote —digo muy nerviosa cuando lo tengo delante.

—Aquí me tienes.

—He quedado con Alma Oscura... —le suelto y pone mala cara—. Bueno, ya no. Iba a verlo, pero entonces me di cuenta de que en el fondo deseaba que fueras tú, a pesar de que eso es imposible. Pero si deseaba que fueras tú, es porque no concebía sentir nada por otra persona. Me da igual quien sea, a mí me gustas solo tú —le digo valiente, sabiendo que puede reírse, rechazarme o burlarse.

Le aguanto la mirada y veo que no se lo cree del todo.

—¿Qué es lo que más te gusta de mí?

—No es tu dinero, si es tu segunda pregunta; de hecho, tu mundo pijo me pone nerviosa, me recuerda lo diferentes que somos. Me gustaría más que fueras un chico normal con una vida sencilla y no ver de un simple barrido la cantidad de cosas que nos separan.

—Pero no lo soy y puedo asegurarte que sí pertenecemos a mundos diferentes.

—Gracias por tu sinceridad —le suelto molesta.

—No lo entiendes. A mí me da igual, pero a los demás no. —Por la forma en que lo dice, sé que hay mucho escondido tras sus palabras—. ¿Por qué te gusto, Andy? —me repite.

—Pues, la verdad, no lo sé, porque me irritas y a veces me dan ganas de cerrarte esa bocaza con las manos y que no digas nada borde. —Sonríe—. No sé por qué me gustas o por qué, cuando te miro, una sonrisa se esconde tras mis labios, pero sí sé que me gusta estar a tu lado y que cada vez entiendo más la verdad oculta tras tus palabras y sé leerla en tus ojos. Creo que quería que fueras Alma Oscura porque él te complementaba de alguna forma. Era como si diera voz a lo que callas cuando estamos juntos.

—Sigues pensando en él.

—No, sigo creyendo que hay mil razones por las que no deberías gustarme, por las que debería sentir esto mismo por otra persona, pero inexplicablemente solo me guío por una razón.

—¿Cuál?

—Soy feliz a tu lado. Así de sencillo.

—Ser feliz no es sencillo y menos conmigo —admite.

—Cuando te miro veo más de lo que se ve y hace que comprenda tus defectos y rarezas.

—¿Te das cuenta de lo que dices a cambio de nada?

—Sí, porque tal vez mañana no esté aquí... Aunque, por primera vez, me costaría irme sin más. Estoy enamorada de ti —le digo valiente—. Aunque no entienda las razones, sí entiendo lo que siento cuando te tengo cerca.

—Es fácil confesarse cuando puedes ser la que se marche. Quedarse a recoger los destrozos de tu confesión es lo complicado.

—Es posible, pero tal vez no me vaya de este lugar y tenga que verte la cara y recordar tu rechazo... Eso me hace valiente.

—Eres muy valiente, tanto que seguramente acabes matándote tú sola por tu imprudencia. —Pongo los ojos en blanco y sonrío—. Puede que tú también me gustes... un poco —mi corazón da un vuelco— y tampoco tengo razones para ello. Eres un poco insoportable.

Me entra la risa.

—Se supone que cuando te gusta alguien todo es perfecto y de color de rosa, y nosotros estamos diciendo que los defectos del otro lo hacen insoportable.

—Somos diferentes. No todo sigue unos patrones. —El reloj de la plaza da las diez—. ¿A qué hora has quedado con tu amigo misterioso? —me pregunta porque algo en mi mirada me ha delatado al dar las horas.

—Ahora.

—¿No vas a mirar a ver quién aparece?

—Le he mandado un mensaje.

—Puede que no lo haya leído.

—Tengo todo lo que quiero delante de mí y, si él quisiera, me gustaría darle ese beso que hace unos días rechacé. Ahora no tengo dudas de lo que siento.

—Él no quiere —bromea pasando su mano por mi mejilla—. No soy fácil... Estoy muy roto, Andy —me confiesa y mis ojos se llenan de lágrimas—. Tal vez quiera abrazarte y en vez de eso te aleje de mí. Tal vez quiera decirte que te quiero y calle porque nunca se lo he dicho a nadie. Es posible que me muera por besarte cada vez que te vea, pero solo pueda decirte hola. Y es muy probable que te ame como a nadie y tal vez nunca lo sepas porque no sepa expresarlo. No es que ahora sienta nada de eso...

—Te ha quedado muy bien todo sin tu coletilla —le digo notando sus dedos en la mejilla—. Sé cómo eres y quiero conocer cada parte de ti. No tengo prisa. Solo paciencia para poder ser la que sane tus heridas.

—Tal vez eso no pase.

—Quizá... Tal vez... Posiblemente... —indico repitiendo sus dudas—. Nadie lo sabe. Yo solo sé que me importas aquí y ahora.

—Si alguien puede desentrañar todos los secretos que me componen y todo lo que oculto, eres tú, pero puede que no te guste lo que descubras.

—No dudes más, Will. A veces hay que saltar sin más al vacío y arriesgarse... Como en esa cueva, donde o saltábamos o nos dejábamos llevar por el agua. Yo elegí saltar a tu lado para luchar por la vida que deseaba y eso es lo que hago ahora.

Busco su otra mano y entrelazo poco a poco los dedos entre los suyos.

—Joder... Me pones muy difícil no saltar cuando te miro, tanto que me hace olvidar las razones por las que debería salir corriendo y ponerle fin a esto. Haces que solo quiera perderme

en tus ojos una vez más, aunque eso signifique ahogarme.

—Entonces, saltemos juntos —le digo firme.

—Saltemos —dice antes de acercarse a mi boca.

Noto sus labios posarse sobre los míos como un dulce aleteo de mariposa. Es tan dulce y a la vez tan intenso que acabo por contener el aire sin darme cuenta. Cuando su boca busca la mía con más intensidad, siento tal explosión de emociones que me cuesta recordar que estoy viva y que esto no es un sueño.

Es real.

Mi boca se amolda a la suya y todo desaparece. No existe nada a mi alrededor, salvo este chico que me vuelve loca en más de un sentido.

Su beso es muy dulce, como el de quien lo da con la seguridad de que tiene todo el tiempo del mundo o con el miedo de precipitar las cosas y perderlo todo.

Me pierdo en sus labios, en su sabor, en el calor de su cuerpo a pocos centímetros del mío. Quiero más... Lo quiero todo, pero no seré yo la que lo haga, no cuando sé del miedo de Will, y sé que está dando un gran paso.

Se separa y me mira con una sonrisa tímida.

Se da cuenta de que algunas personas nos miran, pero no le da importancia y me lleva a la pista de baile donde bailan otras parejas.

—¿Lo adivino si digo que te gusta bailar?

—Me encanta y más si es con un chico bocazas muy guapo.

—Tú tampoco te quedas corta en lo de bocazas.

Me río más feliz de lo que me he sentido nunca.

Bailamos a la vista de todos, ajenos a la gente que empieza a mirarnos como si fuéramos el peor de sus males.

Me siento en una nube. Es como si en vez de bailar estuviera volando.

Se acerca y me besa de nuevo.

No quiero que este beso acabe nunca, pero lo hace cuando la voz de una mujer se cuele entre nuestros oídos.

—¡William Henderson! Ven aquí ahora mismo.

Will se pone tenso y, antes de separarse, veo el enfado en sus ojos. Mira hacia una mujer rubia, no muy mayor, que nos mira muy molesta.

—No soy un niño...

—Lo eres y no tendría que recordarte ciertas cosas. ¿Vienes conmigo? —No es una sugerencia, sino una amenaza.

Esta mujer es muy guapa, pero la seriedad en su mirada y su comportamiento hacen que la encuentre detestable.

—Iré luego a tu casa. —Will mira a nuestro alrededor y la gente nos observa molesta, enfadada, como si besar a Will y bailar con él hubiera sido lo peor que he hecho aquí.

Esperaba que les molestara, pero lo que veo en los ojos de más de uno me aterra.

Will mira tras de mí. Me giro y veo a Ashley, que claramente parece que echa chispas por los ojos.

—¿Acaso en este maldito pueblo nunca se ha visto un baile?

Cuando digo *maldito*, la gente me mira como si me hubieran salido dos cabezas. Algunos



hasta se llevan las manos a la boca.

—¿Si te pidiera que te fueras a tu casa y me esperaras lo harías?

—No.

—Por favor, Andy. Solo por esta vez hazme caso. —Will parece muy preocupado y he de admitir que todo esto me pone muy nerviosa.

No sé qué acaba de pasar. Solo he decidido declararme al chico que me gusta y parece que el resto del pueblo me ha condenado por esto. Nada tiene sentido en este lugar.

Asiento y Will me dice que lo siga hasta su casa.

Su madre entra muy enfadada.

Will llama a su mayordomo y le pide que me lleve a casa.

—Puedo cuidarme sola.

—Lo sé, pero no me fío de ellos. Iría yo, pero temo que a mi madre le dará un ataque si no lo hago y eso complicará más las cosas. —Me mira con intensidad—. Luego te lo cuento todo, ¿vale?

Sé que ese *todo* significa muchas cosas, por lo que asiento nerviosa ante lo que pueda decirme.

Me marcho cuando se aleja para ver qué quiere su madre, la que, desde este instante, ya me cae mal.

Su mayordomo me sigue hasta casa y me pide que no deje entrar a nadie. Todo esto parece sacado de una película de terror. Entro y veo a mi padre recogiendo.

—¿Qué pasa?

—Nos vamos. Recoge tus cosas.

—¿Has vuelto a cagarla? —pregunto triste.

—Sí y mucho. Nos marchamos.

—No quiero irme, papá.

—¿Qué?

—Que quiero quedarme.

—¿Quieres quedarte en este lugar? —Asiento—. ¿Es por la carrera?

—Entre otras cosas. No puedo seguirte esta vez... Estoy saliendo con alguien que me importa de verdad. ¿No puedes quedarte y afrontar tus errores? Alguna vez deberás hacerlo. La respuesta no está en la huida.

—Es fácil dar consejos cuando no estás en mi situación. Yo me marcho, Andy, y si fueras lista, me seguirías, porque yo soy el único hombre que de verdad va a quererte pase lo que pase.

Que me diga eso me duele. Él puede equivocarse mil veces, pero si yo decido quedarme por amor, soy una insensata.

—Me marcho y espero que sea contigo —dice mientras sube a su cuarto para recoger sus cosas.

Esto no puede estar pasando...

Me siento en el sofá, nerviosa. No puedo irme. No ahora. La idea de quedarme sola me aterra, aunque tristemente siempre estoy sola.

Estoy pensando en volver a hablar con mi padre cuando alguien mete por la rejilla del hueco de las cartas un sobre marrón.

Voy hacia él esperando que sea de Will.

Lo giro y leo: «Esta es la verdad sobre quién es y qué ha querido de ti Alma Oscura».  
Lo abro sintiendo que lo que hay aquí dentro puede cambiarlo todo.

## Capítulo 29

*Andrea*

Lo primero que me encuentro es una foto de Will en la que no parece él. De hecho, si me dijeran que es su gemelo, podría creérmelo, ya que parece su opuesto. Está montado sobre una moto, con la camisa de manga corta blanca. Lleva unos vaqueros desgastados y unas botas, y lo más impactante es que en su brazo hay unos tatuajes que le llegan hasta el cuello.

«Esto no es real. Es un montaje», pienso, porque hacerlo es lo fácil.

Will no es así.

Paso la foto y hay otra con el número de teléfono de los tatuadores y me dice: «Si no te lo crees, llámalos. O mejor, pregúntale a Iván».

Paso la siguiente hoja sabiendo que el cariz que está tomando esto no me gusta nada. En la siguiente solo hay una frase: «Will siempre fue Alma Oscura y todos lo sabíamos. Era nuestra coartada para que te fueras si todo lo demás salía mal».

Paso la página y aparecen conversaciones de los dos escaneadas, algo que solo tendría que ser de él, a no ser que los hubiera puesto al tanto de todo. Está hasta la última de hoy, donde le digo que no iré.

Se me cierra el estómago. Estoy temblando.

Con lágrimas en los ojos y el corazón roto por lo tonta que me siento, llego a la última página escrita.

¿De verdad esperabas que alguien hablara sin más contigo, sin una razón? Siempre supimos que, de los dos, tú eras la más inocente, la más débil, la que cree que siguen existiendo personas buenas a pesar de todo lo que has vivido.

Preguntaste por un libro que odiamos.

Will habló contigo y nos lo contó todo. Todo estaba guionizado para que te enamoraras de él; saber la verdad te destrozaría y haría que te fueras.

¿No viste raro que Will te siguiera a la casa del juego? ¿O que Aaron no pudiera ir? Él sabía el riesgo que corríais, pero también cómo salir de él; así parecería tu salvador. Tu amiga no se quedó atrapada por casualidad; estaba ahí para que llamaras a Will. ¿Acaso esperabas que Ani fuera tu amiga de verdad? Pues no, aliada nuestra, novia en secreto de alguien del pueblo. Ella sabía de ese pasadizo y nunca corrió peligro. Bajo ella había una barca, por si se caía, y Will lo sabía todo.

Te hemos asustado cuando ha sido necesario para que corrieras a sus brazos, para darte la estocada final, para que te des cuenta de que en este pueblo solo vas a encontrar dolor.

No queremos a los forasteros. No os queremos y, por supuesto, Will nunca te ha querido ni te querrá. Solo se ha reído de ti mientras esperaba para darte la estocada final, mientras te contaba mentiras, como que no le gusta que lo toquen. Es porque no soportaba que lo tocaras.

Adiós, bonita, que te vaya bien. En este lugar no se te ha perdido nada.

Saber la verdad me destroza.

Todo encaja.

Todo cobra un sentido diferente.

Solo pueden saber esto si Will les ha dado la clave. No existe otra explicación y, mirando la foto de Will, viendo lo diferente que es, bien me creo que todo ha sido un engaño para reírse de mí y para que me marche.

Temblando, empiezo a recoger mis cosas. Ha llegado el momento de irme, pero por primera vez lo hago tan rota, tan destrozada, que siento que va a costarme mucho recomponer los pedazos en los que se ha partido mi alma.

Terminamos de meter todo en el coche con rapidez; es lo que tiene estar acostumbrados a salir corriendo, que no dejamos las cosas muy lejos por si tenemos que irnos.

Mi padre no me ha preguntado por mi cambio de actitud ni por qué de vez en cuando me he limpiado las lágrimas.

Entro en el coche y veo la tormenta que se acerca. Al mirarla, no lo hago con miedo, porque por primera vez me doy cuenta de que la crueldad de las personas es más destructiva que lo que producen las lluvias a su paso.

Me voy sabiendo que hay tormenta en mi corazón y que tal vez nunca consiga ver el sol que se abre paso tras esta.

Nunca me he sentido tan devastada ni tan hundida.

Sin darme cuenta, he dejado que la tormenta que se creaba a mi alrededor me atrape por completo y me destruya.

## Capítulo 30

No muy lejos de allí, cuatro personas observaban que Andy y su padre al fin se iban.

Habían vencido.

Habían ganado una vez más.

Su pueblo estaba a salvo. Los secretos que se escondían allí seguirían guardados por siempre jamás.

Una de ellas se giró hacia el cuadro que encontraron cuando la chica llegó, lo que había hecho que recurrieran a medidas más extremas. Se perdió en los ojos del lienzo donde estaba pintada una sonriente Joanna Spark... idéntica a Andy. El parecido era tan exacto que no cabía duda de que eran familia, de que Andy era una descendiente de Joanna, de la que hasta ese momento se creía que había muerto sin descendencia.

Su llegada no podía traer nada bueno.

Su partida al fin les daba paz.

Todo había acabado.

Y si se atrevía a volver... tomarían medidas más drásticas. Al fin y al cabo, los accidentes no paran de suceder.

# Agradecimientos

A mi familia, por ser parte de esta aventura y por animarme siempre a ir hacia adelante y nunca abandonar mis sueños, a luchar por lo que de verdad importa en esta vida: ser feliz.

A mi editorial, Ediciones Kiwi, por estar siempre ahí.

A Merche, por ser mi amiga y mi apoyo siempre, y una gran mujer a la que admiro mucho.

A Clara, Natalia y Mari, por estar siempre ahí, libro tras libro, y ser mis amigas.

A mis sobrinos, porque sois parte de mi vida.

Y a todos los lectores que han hecho posibles estos diez años de carrera y, sobre todo, que siga teniendo la misma ilusión que cuando empecé.

Gracias por darles una oportunidad a mis letras.